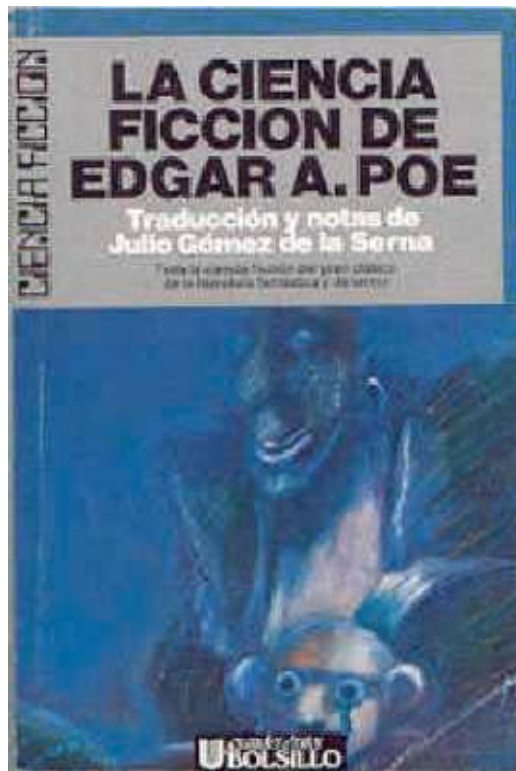


LA CIENCIA FICCIÓN DE EDGAR ALLAN POE



Edgar Allan Poe



Edgar Allan Poe

Traducción: Julio Gomez de la Serna
© 1985 Ultramar editores S. A.
Mallorca 49 - Barcelona
ISBN: 84-7386-375-5
Edición Digital: Bizien
R5 10/02

ÍNDICE

Manuscrito hallado en una botella
La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall
La conversación de Eiros y Charmion
Un descenso al Maelström
Coloquio entre Monos y Una
Una Historia de las Montañas Ragged
Revelación mesmérica
Breve charla con una momia
El poder de las palabras
El sistema del doctor Brea y el profesor Pluma
El caso del señor Valdemar
Mellonta tauta
Von Kempelen y su descubrimiento

MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA

Qui n'a plus qu'un moment à vivre
N'a plus rien à dissimuler.
Auinault - Atys.

Sobre mi país y mi familia tengo poco que decir. Un trato injusto y el paso de los años me han alejado de uno y malquistado con la otra. Mi patrimonio me permitió recibir una educación poco común y una inclinación contemplativa permitió que convirtiera en metódicos los conocimientos diligentemente adquiridos en tempranos estudios. Pero por sobre todas las cosas me proporcionaba gran placer el estudio de los moralistas alemanes; no por una desatinada admiración a su elocuente locura, sino por la facilidad con que mis rígidos hábitos mentales me permitían detectar sus falsedades. A menudo se me ha reprochado la aridez de mi talento; la falta de imaginación se me ha imputado como un crimen; y el escepticismo de mis opiniones me ha hecho notorio en todo momento. En realidad, temo que una fuerte inclinación por la filosofía física haya teñido mi mente con un error muy común en esta época: hablo de la costumbre de referir sucesos, aun los menos susceptibles de dicha referencia, a los principios de esa disciplina. En definitiva, no creo que nadie haya menos propenso que yo a alejarse de los severos límites de la verdad, dejándose llevar por el ignes fatui de la superstición. Me ha parecido conveniente sentar esta premisa, para que la historia increíble que debo narrar no sea considerada el desvarío de una imaginación desbocada, sino la experiencia auténtica de una mente para quien los ensueños de la fantasía han sido letra muerta y nulidad.

Después de muchos años de viajar por el extranjero, en el año 18... me embarqué en el puerto de Batavia, en la próspera y populosa isla de Java, en un crucero por el archipiélago de las islas Sonda. iba en calidad de pasajero, sólo inducido por una especie de nerviosa inquietud que me acosaba como un espíritu malévolos.

Nuestro hermoso navío, de unas cuatrocientas toneladas, había sido construido en Bombay en madera de teca de Malabar con remaches de cobre. Transportaba una carga de algodón en rama y aceite, de las islas Laquevidas. También llevábamos a bordo fibra de corteza de coco, azúcar morena de las Islas Orientales, manteca clarificada de leche de búfalo, granos de cacao y algunos cajones de opio. La carga había sido mal estibada y el barco escoraba.

Zarpamos apenas impulsados por una leve brisa, y durante muchos días permanecemos cerca de la costa oriental de Java, sin otro incidente que quebrara la monotonía de nuestro curso que el ocasional encuentro con los pequeños barquitos de dos mástiles del archipiélago al que nos dirigíamos.

Una tarde, apoyado sobre el pasamanos de la borda de popa, vi hacia el noroeste una nube muy singular y aislada. Era notable, no sólo por su color, sino por ser la primera que veíamos desde nuestra partida de Batavia. La observé con atención hasta la puesta del sol, cuando de repente se extendió hacia este y oeste, ciñendo el horizonte con una angosta franja de vapor y adquiriendo la forma de una larga línea de playa. Pronto atrajo mi atención la coloración de un tono rojo oscuro de la luna, y la extraña apariencia del mar. Éste sufría una rápida transformación y el agua parecía más transparente que de costumbre. Pese a que alcanzaba a ver claramente el fondo, al echar la sonda comprobé que el barco navegaba a quince brazas de profundidad. Entonces el aire se pasó intolerablemente caluroso y cargado de exhalaciones en espiral, similares a las que surgen del hierro al rojo. A medida que fue cayendo la noche, desapareció todo vestigio de brisa y resultaba imposible concebir una calma mayor. Sobre la toldilla ardía la llama de una vela sin el más imperceptible movimiento, y un largo cabello, sostenido entre dos

dedos, colgaba sin que se advirtiera la menor vibración. Sin embargo, el capitán dijo que no percibía indicación alguna de peligro, pero como navegábamos a la deriva en dirección a la costa, ordenó arriar las velas y echar el ancla. No apostó vigías y la tripulación, compuesta en su mayoría por malayos, se tendió deliberadamente sobre cubierta. Yo bajé... sobrecogido por un mal presentimiento. En verdad, todas las apariencias me advertían la inminencia de un simún. Transmití mis temores al capitán, pero él no prestó atención a mis palabras y se alejó sin dignarse a responderme. Sin embargo, mi inquietud me impedía dormir y alrededor de medianoche subí a cubierta. Al apoyar el pie sobre el último peldaño de la escalera de cámara me sobresaltó un ruido fuerte e intenso, semejante al producido por el giro veloz de la rueda de un molino, y antes de que pudiera averiguar su significado, percibí una vibración en el centro del barco. Instantes después se desplomó sobre nosotros un furioso mar de espuma que, pasando por sobre el puente, barrió la cubierta de proa a popa.

La extrema violencia de la ráfaga fue, en gran medida, la salvación del barco. Aunque totalmente cubierto por el agua, como sus mástiles habían volado por la borda, después de un minuto se enderezó pesadamente, salió a la superficie, y luego de vacilar algunos instantes bajo la presión de la tempestad, se enderezó por fin.

Me resultaría imposible explicar qué milagro me salvó de la destrucción. Aturdido por el choque del agua, al volver en mí, me encontré estrujado entre el mástil de popa y el timón. Me puse de pie con gran dificultad y, al mirar, mareado, a mi alrededor, mi primera impresión fue que nos encontrábamos entre arrecifes, tan tremendo e inimaginable era el remolino de olas enormes y llenas de espuma en que estábamos sumidos. Instantes después oí la voz de un anciano sueco que había embarcado poco antes de que el barco zarpara. Lo llamé con todas mis fuerzas y al rato se me acercó tambaleante. No tardamos en descubrir que éramos los únicos sobrevivientes. Con excepción de nosotros, las olas acababan de barrer con todo lo que se hallaba en cubierta; el capitán, y los oficiales debían haber muerto mientras dormían, porque los camarotes estaban totalmente anegados. Sin ayuda era poco lo que podíamos hacer por la seguridad del barco y nos paralizó la convicción de que no tardaríamos en zozobrar. Por cierto que el primer embate del huracán destrozó el cable del ancla, porque de no ser así nos habríamos hundido instantáneamente. Navegábamos a una velocidad tremenda, y las olas rompían sobre nosotros. El maderamen de popa estaba hecho añicos y todo el barco había sufrido gravísimas averías; pero comprobamos con júbilo que las bombas no estaban atascadas y que el lastre no parecía haberse descentrado. La primera ráfaga había amainado, y la violencia del viento ya no entrañaba gran peligro; pero la posibilidad de que cesara por completo nos aterrorizaba, convencidos de que, en medio del oleaje siguiente, sin duda, moriríamos. Pero no parecía probable que el justificado temor se convirtiera en una pronta realidad. Durante cinco días y noches completos -en los cuales nuestro único alimento consistió en una pequeña cantidad de melaza que trabajosamente logramos procuramos en el castillo de proa- la carcasa del barco avanzó a una velocidad imposible de calcular, impulsada por sucesivas ráfagas que, sin igualar la violencia del primitivo Simún, eran más aterrorizantes que cualquier otra tempestad vivida por mí en el pasado. Con pequeñas variantes, durante los primeros cuatro días, nuestro curso fue sudeste, y debimos haber costeado Nueva Holanda. Al quinto día el frío era intenso, pese a que el viento había girado un punto hacia el norte. El sol nacía con una enfermiza coloración amarillenta y trepaba apenas unos grados sobre el horizonte, sin irradiar una decidida luminosidad. No había nubes a la vista, y sin embargo el viento arreciaba y soplaban con furia despareja e irregular. Alrededor de mediodía -aproximadamente, porque sólo podíamos adivinar la hora- volvió a llamarnos la atención la apariencia del sol. No irradiaba lo que con propiedad podríamos llamar luz, sino un resplandor opaco y lúgubre, sin reflejos, como si todos sus rayos estuvieran polarizados. Justo antes de hundirse en el mar turgente su fuego central se apagó de modo abrupto, como por obra de un poder

inexplicable. Quedó sólo reducido a un aro plateado y pálido que se sumergía de prisa en el mar insondable.

Esperamos en vano la llegada del sexto día -ese día que para mí no ha llegado y que para el sueco no llegó nunca. A partir de aquel momento quedamos sumidos en una profunda oscuridad, a tal punto que no hubiéramos podido ver un objeto a veinte pasos del barco. La noche eterna continuó envolviéndonos, ni siquiera atenuada por la fosforescencia brillante del mar a la que nos habíamos acostumbrado en los trópicos. También observamos que, aunque la tempestad continuaba rugiendo con interminable violencia, ya no conservaba su apariencia habitual de olas ni de espuma con las que antes nos envolvía. A nuestro alrededor todo era espanto, profunda oscuridad y un negro y sofocante desierto de ébano. Un terror supersticioso fue creciendo en el espíritu del viejo sueco, y mi propia alma estaba envuelta en un silencioso asombro. Abandonarnos todo intento de atender el barco, por considerarlo inútil, y nos aseguramos lo mejor posible a la base del palo de mesana, clavando con amargura la mirada en el océano inmenso. No habría manera de calcular el tiempo ni de prever nuestra posición. Sin embargo teníamos plena conciencia de haber avanzado más hacia el sur que cualquier otro navegante anterior y nos asombró no encontrar los habituales impedimentos de hielo. Mientras tanto, cada instante amenazaba con ser el último de nuestras vidas... olas enormes, como montañas se precipitaban para abatirnos. El oleaje sobrepasaba todo lo que yo hubiera imaginado, y fue un milagro que no zozobráramos instantáneamente. Mi acompañante hablaba de la liviandad de nuestro cargamento y me recordaba las excelentes cualidades de nuestro barco; pero yo no podía menos que sentir la absoluta inutilidad de la esperanza misma, y me preparaba melancólicamente para una muerte que, en mi opinión nada podía demorar ya más de una hora, porque con cada nudo que el barco recorría, el mar negro y tenebroso adquiría más violencia. Por momentos jadeábamos para respirar, elevados a una altura superior a la del albatros... y otras veces nos mareaba la velocidad de nuestro descenso a un infierno acuoso donde el aire se estancaba y ningún sonido turbaba el sopor del "kraken".

Nos encontrábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando un repentino grito de mi compañero resonó horriblemente en la noche. "¡Mire, mire!" exclamó, chillando junto a mi oído, "¡Dios Todopoderoso! ¡Mire! ¡Mire!". Mientras hablaba percibí el resplandor de una luz mortecina y rojiza que recorría los costados del inmenso abismo en que nos encontrábamos, arrojando cierto brillo sobre nuestra cubierta. Al levantar la mirada, contemplé un espectáculo que me heló la sangre. A una altura tremenda, directamente encima de nosotros y al borde mismo del precipicio líquido, flotaba un gigantesco navío, de quizás cuatro mil toneladas. Pese a estar en la cresta de una ola que lo sobrepasaba más de cien veces en altura, su tamaño excedía el de cualquier barco de línea o de la compañía de Islas Orientales. Su enorme casco era de un negro profundo y sucio y no lo adornaban los acostumbrados mascarones de los navíos. Una sola hilera de cañones de bronce asomaba por los portañolas abiertas, y sus relucientes superficies reflejaban las luces de innumerables linternas de combate que se balanceaban de un lado al otro en las jarcias. Pero lo que más asombro y estupefacción nos provocó fue que en medio de ese mar sobrenatural y de ese huracán ingobernable, navegara con todas las velas desplegadas. Al verlo por primera vez sólo distinguimos su proa y poco a poco fue alzándose sobre el sombrío y horrible torbellino. Durante un momento de intenso terror se detuvo sobre el vertiginoso pináculo, como si contemplara su propia sublimidad después se estremeció, vaciló y... se precipitó sobre nosotros.

En ese instante, no sé qué repentino dominio de mí mismo surgió de mi espíritu. A los tropezones, retrocedí todo lo que pude hacia popa y allí esperé sin temor la catástrofe. Nuestro propio barco había abandonado por fin la lucha y se hundía de proa en el mar. En consecuencia, recibió el impacto de la masa descendente en la parte ya sumergida de su

estructura y el resultado inevitable fue que me vi lanzado con violencia irresistible contra los obenques del barco desconocido.

En el momento en que caí, la nave viró y se escoró, y supuse que la consiguiente confusión había impedido que la tripulación reparara en mi presencia. Me dirigí sin dificultad y sin ser visto hasta la escotilla principal, que se encontraba parcialmente abierta, y pronto encontré la oportunidad de ocultarme en la bodega. No podría explicar por qué lo hice. Tal vez el principal motivo haya sido la indefinible sensación de temor que, desde el primer instante, me provocaron los tripulantes de ese navío. No estaba dispuesto a confiarme a personas que, a primera vista me producían una vaga extrañeza, duda y aprensión. Por lo tanto consideré conveniente encontrar un escondite en la bodega. Lo logré moviendo una pequeña porción de la armazón, y así me aseguré un refugio conveniente entre las enormes cuadernas del buque.

Apenas había completado mi trabajo cuando el sonido de pasos en la bodega me obligó a hacer uso de él. Junto a mí escondite pasó un hombre que avanzaba con pasos débiles y andar inseguro. No alcancé a verle el rostro, pero tuve oportunidad de observar su apariencia general. Todo en él denotaba poca firmeza y una avanzada edad. Bajo el peso de los años le temblaban las rodillas, y su cuerpo parecía agobiado por una gran carga. Murmuraba en voz baja, como hablando consigo mismo, pronunciaba palabras entrecortadas en un idioma que yo no comprendía y empezó a tantear una pila de instrumentos de aspecto singular y de viejas cartas de navegación que había en un rincón. Su actitud era una extraña mezcla de la terquedad de la segunda infancia y la solemne dignidad de un Dios. Por fin subió nuevamente a cubierta y no lo volví a ver.

Un sentimiento que no puedo definir se ha posesionado de mi alma; es una sensación que no admite análisis, frente a la cual las experiencias de épocas pasadas resultan inadecuadas y cuya clave, me temo, no me será ofrecida por el futuro. Para una mente como la mía, esta última consideración es una tortura. Sé que nunca, nunca, me daré por satisfecho con respecto a la naturaleza de mis conceptos. Y sin embargo no debe asombrarme que esos conceptos sean indefinidos, puesto que tienen su origen en fuentes totalmente nuevas. Un nuevo sentido... una nueva entidad se incorpora a mi alma.

Hace ya mucho tiempo que recorrí la cubierta de este barco terrible, y creo que los rayos de mi destino se están concentrando en un foco. ¡Qué hombres incomprensibles! Envueltos en meditaciones cuya especie no alcanzo a adivinar, pasan a mi lado sin percibir mi presencia. Ocultarme sería una locura, porque esta gente no quiere ver. Hace pocos minutos pasé directamente frente a los ojos del segundo oficial; no hace mucho que me aventuré a entrar a la cabina privada del capitán, donde tomé los elementos con que ahora escribo y he escrito lo anterior. De vez en cuando continuaré escribiendo este diario. Es posible que no pueda encontrar la oportunidad de darlo a conocer al mundo, pero trataré de lograrlo. A último momento, introduciré el mensaje en una botella y la arrojaré al mar.

Ha ocurrido un incidente que me proporciona nuevos motivos de meditación. ¿Ocurren estas cosas por fuerza de un azar sin gobierno? Me había aventurado a cubierta donde estaba tendido, sin llamar la atención, entre una pila de flechaduras y viejas velas, en el fondo de una balandra. Mientras meditaba en lo singular de mi destino, inadvertidamente tomé un pincel mojado en brea y pinté los bordes de una vela arrastradera cuidadosamente doblada sobre un barril, a mi lado. La vela ha sido izada y las marcas irreflexivas que hice con el pincel se despliegan formando la palabra descubrimiento.

Últimamente he hecho muchas observaciones sobre la estructura del navío. Aunque bien armado, no creo que sea un barco de guerra. Sus jarcias, construcción y equipo en general, contradicen una suposición semejante. Alcanzo a percibir con facilidad lo que el navío no es, pero me temo no poder afirmar lo que es. Ignoro por qué, pero al observar su extraño modelo y la forma singular de sus mástiles, su enorme tamaño y su excesivo velamen, su proa severamente sencilla y su popa anticuada, de repente cruza por mi

mente una sensación de cosas familiares y con esas sombras imprecisas del recuerdo siempre se mezcla la memoria de viejas crónicas extranjeras y de épocas remotas.

He estado estudiando el maderamen de la nave. Ha sido construida con un material que me resulta desconocido. Las características peculiares de la madera me dan la impresión de que no es apropiada para el propósito al que se la aplicara. Me refiero a su extrema porosidad, independientemente considerada de los daños ocasionados por los gusanos, que son una consecuencia de navegar por estos mares, y de la podredumbre provocada por los años. Tal vez la mía parezca una observación excesivamente insólita, pero esta madera posee todas las características del roble español, en el caso de que el roble español fuera dilatado por medios artificiales.

Al leer la frase anterior, viene a mi memoria el apotegma que un viejo lobo de mar holandés repetía siempre que alguien ponía en duda su veracidad. «Tan seguro es, como que hay un mar donde el barco mismo crece en tamaño, como el cuerpo viviente del marino.»

Hace una hora tuve la osadía de mezclarme con un grupo de tripulantes. No me prestaron la menor atención y, aunque estaba parado en medio de todos ellos, parecían absolutamente ignorantes de mi presencia. Lo mismo que el primero que vi en la bodega, todos daban señales de tener una edad avanzada. Les temblaban las rodillas achacosas; la decrepitud les inclinaba los hombros; el viento estremecía sus pieles arrugadas; sus voces eran bajas, trémulas y quebradas; en sus ojos brillaba el lagrimeo de la vejez y la tempestad agitaba terriblemente sus cabellos grises. Alrededor de ellos, por toda la cubierta, yacían desparramados instrumentos matemáticos de la más pintoresca y anticuada construcción.

Hace un tiempo mencioné que había sido izada un ala del trinquete. Desde entonces, desbocado por el viento, el barco ha continuado su aterradora carrera hacia el sur, con todas las velas desplegadas desde la punta de los mástiles hasta los botalones inferiores, hundiendo a cada instante sus penoles en el más espantoso infierno de agua que pueda concebir la mente de un hombre. Acabo de abandonar la cubierta, donde me resulta imposible mantenerme en pie, pese a que la tripulación parece experimentar pocos inconvenientes. Se me antoja un milagro de milagros que nuestra enorme masa no sea definitivamente devorada por el mar. Sin duda estamos condenados a flotar indefinidamente al borde de la eternidad sin precipitarnos por fin en el abismo. Remontamos olas mil veces más gigantescas que las que he visto en mi vida, por las que nos deslizamos con la facilidad de una gaviota; y las aguas colosales alzan su cabeza por sobre nosotros como demonios de las profundidades, pero como demonios limitados a la simple amenaza y a quienes les está prohibido destruir. Todo me lleva a atribuir esta continua huida del desastre a la única causa natural que puede producir ese efecto. Debo suponer que el barco navega dentro de la influencia de una corriente poderosa, o de un impetuoso mar de fondo.

He visto al capitán cara a cara, en su propia cabina, pero, tal como esperaba, no me prestó la menor atención. Aunque para un observador casual no haya en su apariencia nada que puede diferenciarlo, en más o en menos, de un hombre común, al asombro con que lo contemplé se mezcló un sentimiento de incontenible reverencia y de respeto. Tiene aproximadamente mi estatura, es decir cinco pies y ocho pulgadas. Su cuerpo es sólido y bien proporcionado, ni robusto ni particularmente notable en ningún sentido. Pero es la singularidad de la expresión que reina en su rostro... es la intensa, la maravillosa, la emocionada evidencia de una vejez tan absoluta, tan extrema, lo que excita en mi espíritu una sensación... un sentimiento inefable. Su frente, aunque poco arrugada, parece soportar el sello de una miríada de años. Sus cabellos grises son una historia del pasado, y sus ojos, aún más grises, son sibilas del futuro. El piso de la cabina estaba cubierto de extraños pliegos de papel unidos entre sí por broches de hierro, y de arruinados instrumentos científicos y obsoletas cartas de navegación en desuso. Con la cabeza

apoyada en las manos, el capitán contemplaba con mirada inquieta un papel que supuse sería una concesión y que, en todo caso, llevaba la firma de un monarca. Murmuraba para sí, igual que el primer tripulante a quien vi en la bodega, sílabas obstinadas de un idioma extranjero, y aunque se encontraba muy cerca de mí, su voz parecía llegar a mis oídos desde una milla de distancia.

El barco y todo su contenido está impregnado por el espíritu de la Vejez. Los tripulantes se deslizan de aquí para allá como fantasmas de siglos ya enterrados; sus miradas reflejan inquietud y ansiedad, y cuando el extraño resplandor de las linternas de combate ilumina sus dedos, siento lo que no he sentido nunca, pese a haber comerciado la vida entera en antigüedades y absorbido las sombras de columnas caídas en Baalbek, en Tadmor y en Persépolis, hasta que mi propia alma se convirtió en una ruina.

Al mirar a mi alrededor, me avergüenzan mis anteriores aprensiones. Si temblé ante la ráfaga que nos ha perseguido hasta ahora, ¿cómo no horrorizarme ante un asalto de viento y mar para definir los cuales las palabras tomadas y simún resultan triviales e ineficaces? En la vecindad inmediata del navío reina la negrura de la noche eterna y un caos de agua sin espuma; pero aproximadamente a una legua a cada lado de nosotros alcanzan a verse, oscuramente y a intervalos, imponentes murallas de hielo que se alzan hacia el cielo desolado y que parecen las paredes del universo.

Como imaginaba, el barco sin duda está en una corriente; si así se puede llamar con propiedad a una marea que aullando y chillando entre las blancas paredes de hielo se precipita hacia el sur con la velocidad con que cae una catarata.

Presumo que es absolutamente imposible concebir el horror de mis sensaciones; sin embargo la curiosidad por penetrar en los misterios de estas regiones horribles predomina sobre mi desesperación y me reconciliará con la más odiosa apariencia de la muerte. Es evidente que nos precipitamos hacia algún conocimiento apasionante, un secreto imposible de compartir, cuyo descubrimiento lleva en sí la destrucción. Tal vez esta corriente nos conduzca hacia el mismo polo sur. Debo confesar que una suposición en apariencia tan extravagante tiene todas las probabilidades a su favor.

La tripulación recorre la cubierta con pasos inquietos y trémulos; pero en sus semblantes la ansiedad de la esperanza supera a la apatía de la desesperación.

Mientras tanto, seguimos navegando con viento de popa y como llevamos todas las velas desplegadas, por momentos el barco se eleva por sobre el mar. ¡Oh, horror de horrores! De repente el hielo se abre a derecha e izquierda y giramos vertiginosamente en inmensos círculos concéntricos, rodeando una y otra vez los bordes de un gigantesco anfiteatro, el ápice de cuyas paredes se pierde en la oscuridad y la distancia. ¡Pero me queda poco tiempo para meditar en mi destino! Los círculos se estrechan con rapidez... nos precipitamos furiosamente en la vorágine... y entre el rugir, el aullar y el atronar del océano y de la tempestad el barco trepida... ¡oh, Dios!... ¡y se hunde...!

LA INCOMPARABLE AVENTURA DE UN TAL HANS PFAALL

Con el corazón lleno de furiosas fantasías,
De las que soy el amo,
Con una lanza ardiente y un caballo de aire,
Errando voy por el desierto
(La canción de Tomás el loco)

Según los informes que llegan de Rotterdam, esta ciudad parece hallarse en alto grado de excitación intelectual. Han ocurrido allí fenómenos tan inesperados, tan novedosos, tan

diferentes de las opiniones ordinarias, que no cabe duda de que a esta altura toda Europa debe estar revolucionada, la física conmovida, y la razón y la astronomía dándose de puñadas.

Parece ser que el día... de... (ignoro la fecha exacta), una vasta multitud se había reunido, por razones que no se mencionan, en la gran plaza de la Bolsa de la muy ordenada ciudad de Rotterdam. La temperatura era excesivamente tibia para la estación y apenas se movía una hoja; la multitud no perdía su buen humor por el hecho de recibir algún amistoso chaparrón de cuando en cuando, proveniente de las enormes nubes blancas profusamente suspendidas en la bóveda azul del firmamento. Hacia mediodía, sin embargo, se advirtió una notable agitación entre los presentes; restalló el parloteo de diez mil lenguas; un segundo más tarde, diez mil caras estaban vueltas hacia el cielo, diez mil pipas caían simultáneamente de la comisura de diez mil bocas, y un grito sólo comparable al rugido del Niágara resonaba larga, poderosa y furiosamente a través de la ciudad y los alrededores de Rotterdam.

No tardó en descubrirse la razón de este alboroto. Por detrás de la enorme masa de una de las nubes perfectamente delineadas que va hemos mencionado, vióse surgir con toda claridad, en un espacio abierto de cielo azul, una sustancia extraña, heterogénea pero aparentemente sólida, de forma tan singular, de composición tan caprichosa, que escapaba por completo a la comprensión, aunque no a la admiración de la muchedumbre de robustos burgueses que desde abajo la contemplaban boquiabiertos. Qué podía ser? En nombre de todos los diablos de Rotterdam, ¿qué pronosticaba aquella aparición? Nadie lo sabía; nadie podía imaginarlo; nadie, ni siquiera el burgomaestre, Mynheer Superbus Von Underduk, tenía la menor clave para desenredar el misterio. Así, pues, ya que no cabía hacer nada más razonable, todos ellos volvieron a colocarse cuidadosamente la pipa a un lado de la boca y, mientras mantenían los ojos fijamente clavados en el fenómeno, fumaron, descansaron, se contonearon como ánades, gruñendo significativamente, y luego volvieron a contonearse, gruñeron, descansaron y, finalmente... fumaron otra vez.

Entretanto el objeto de tanta curiosidad y tanto humo descendía más y más hacía aquella excelente ciudad. Pocos minutos después se encontraba lo bastante próximo para que se lo distinguiera claramente. Parecía ser... ¡Sí, indudablemente era una especie de globo! Pero un globo como jamás se había visto antes en Rotterdam. Pues, permítaseme preguntar, ¿se ha visto alguna vez un globo íntegramente fabricado con periódicos sucios? No en Holanda, por cierto; y, sin embargo, bajo las mismísimas narices del pueblo -o, mejor dicho, a cierta distancia sobre sus narices- veíase el globo en cuestión, como lo sé por los mejores testimonios, compuesto del aludido material que a nadie se le hubiera ocurrido jamás para semejante propósito. Aquello constituía un egregio insulto al buen sentido de los burgueses de Rotterdam.

Con respecto a la forma del raro fenómeno, todavía era más reprensible, pues consistía nada menos que en un enorme gorro de cascabeles al revés. Y esta similitud se vio notablemente aumentada cuando, al observarlo más de cerca, la muchedumbre descubrió una gran borla o campanilla colgando de su punta y, en el borde superior o base del cono, un círculo de pequeños instrumentos que semejaban cascabeles y que tintineaban continuamente haciendo oír la torada de Betty Martin. Pero aún había algo peor. Colgando de cintas azules en la extremidad de esta fantástica máquina, veíase, a modo de navecilla, un enorme sombrero de castor parduzco, de ala extraordinariamente ancha y de copa hemisférica, con cinta negra y hebilla de plata. No deja de ser notable que muchos ciudadanos de Rotterdam juraran haber visto con anterioridad dicho sombrero, y que la entera muchedumbre pareciera contemplarlo familiarmente, mientras la señora Grettel Pfaall, al distinguirlo, profería una exclamación de jubilosa sorpresa, declarando que el sombrero era idéntica al de su honrada marido en persona.

Ahora bien, esta circunstancia merecía tenerse en cuenta, pues Pfaall, en unión de tres camaradas, había desaparecido de Rotterdam cinco años atrás de manera tan súbita como inexplicable, y hasta la fecha de esta narración todas las tentativas por encontrarlos habían fracasado. Es verdad que se descubrieron algunos huesos que parecían humanos, mezclados con un montón de restos de raro aspecto, en un lugar muy retirado al este de la ciudad; y algunos llegaron al punto de imaginar que en aquel sitio había tenido lugar un horrible asesinato, del que Hans Pfaall y sus amigos habían sido seguramente las víctimas. Pero no nos alejemos de nuestro tema.

El globo (pues ya no había duda de que lo era) hallábase a unas cien pies del suelo, permitiendo a la muchedumbre contemplar con bastante detalle la persona de su ocupante. Por cierto que se trataba de un ser sumamente singular. No debía de tener más de dos pies de estatura, pero, aun siendo tan pequeño, no hubiera podido mantenerse en equilibrio en una navecilla tan precaria, de no ser por un aro que le llegaba a la altura del pecho y se hallaba sujeto al cordaje del globo. El cuerpo del hombrecillo era excesivamente ancho, dando a toda su persona un aire de redondez singularmente absurdo. Sus pies, claro está, resultaban invisibles. Las manos eran enormemente anchas. Tenía cabello gris, recogido atrás en una coleta. La nariz era prodigiosamente larga, ganchuda y rubicunda; los ojos, grandes, brillantes y agudos; aunque arrugados por la edad, el mentón y las mejillas eran generosos, gordos y dobles, pero en ninguna parte de su cabeza se alcanzaba a descubrir la menor señal de orejas. Este extraño y diminuto caballero vestía un amplio capote de raso celeste y calzones muy ajustados haciendo juego, sujetos con hebillas de plata en las rodillas. Su chaqueta era de un tejido amarillo brillante; un gorro de tafetán blanco le caía garbosamente a un lado de la cabeza. Y, para completar su atavío, un pañuelo rojo sangre envolvía su garganta, volcándose sobre el pecho en un elegante lazo de extraordinarias dimensiones.

Habiendo bajado, como ya dije, a unos cien pies del suelo, el anciano y menudo caballero se vio acometido por un intenso temblor, y no pareció nada dispuesto a continuar su descenso a tierra firme. Arrojando con gran dificultad una cantidad de arena contenida en una bolsa de tela que extrajo penosamente, logró mantener estacionario el globo. Procedió entonces, con gran agitación y prisa, a extraer de un bolsillo de su capote una respetable cartera de tafete. La sopesó con desconfianza, mientras la miraba lleno de sorpresa, pues su peso parecía dejarlo estupefacto. Finalmente la abrió y, sacando de ella una enorme carta atada con una cinta roja, que ostentaba un sello de cera del mismo color, la dejó caer exactamente a los pies del burgomaestre, Mynheer Superbus Von Underduk.

Su Excelencia se inclinó para recogerla. Pero el aeronauta, siempre muy agitado y sin que nada más lo detuviera por lo visto en Rotterdam, procedió a efectuar activamente los preparativos de partida, y, como para ello era necesario soltar parte del lastre a fin de ganar altura, dejó caer media docena de sacos de arena sin preocuparse de vaciar su contenido, y todos ellos cayeron infortunadamente sobre las espaldas del burgomaestre, arrojándolo al suelo no menos de media docena de veces, a la vista de todos los habitantes de Rotterdam. No debe suponerse, empero, que el gran Underduk dejó pasar impunemente esta impertinencia del diminuto caballero. Se afirma, por el contrario, que en el curso de su media docena de caídas, emitió no menos de media docena de furiosas bocanadas de humo de la pipa, a la cual se mantuvo aferrado con todas sus fuerzas y a la cual está dispuesto a seguir aferrado (Dios mediante) hasta el día de su fallecimiento.

En el ínterin el globo remontó como una alondra y, alejándose sobre la ciudad, terminó por perderse serenamente detrás de una nube similar a aquella de la cual había emergido tan divinamente, borrándose para las miradas de los buenos ciudadanos de Rotterdam. La atención se concentró, por lo tanto, en la carta, cuyo descenso y consecuencias habían resultado tan subversivas para la persona y la dignidad de su excelencia Von Underduk. Este funcionario no había descuidado en medio de sus movimientos giratorios

la importante tarea de apoderarse de la carta, la cual, luego de atenta inspección, resultó haber caído en las manos más apropiadas, por cuanto hallábase dirigida al mismo burgomaestre y al profesor Rubadub, en sus calidades oficiales de presidente y vicepresidente del Colegio de Astronomía de Rotterdam. Los susodichos dignatarios no tardaron en abrirla y hallaron que contenía la siguiente extraordinaria e importantísima comunicación:

«A sus Excelencias Von Underduk y Rubadub, Presidente y Vicepresidente del Colegio de Astrónomos del Estado, en la ciudad de Rotterdam.

»Vuestras Excelencias han de acordarse quizá de un humilde artesano llamado Hans Pfaall, de profesión remendón de fuelles, quien, junto con otras tres personas, desapareció de Rotterdam hace aproximadamente cinco años, de una manera que debió considerarse entonces como inexplicable. Empero, si place a vuestras Excelencias, yo, autor de esta comunicación, soy el aludido Hans Pfaall en persona. Mis conciudadanos saben bien que durante cuarenta años residí en la pequeña casa de ladrillos emplazada al comienzo de la callejuela denominada Sauerkraut, donde vivía en la época de mi desaparición. Mis antepasados residieron igualmente en ella durante tiempos inmemoriales, siguiendo como yo la respetable y por cierto lucrativa profesión de remendón de fuelles; pues, a decir verdad, hasta estos últimos años, en que las gentes han perdido la cabeza con la política, ningún honesto ciudadano de Rotterdam podía desear o merecer un oficio mejor que el mío. El crédito era amplio, jamás faltaba trabajo y no había carencia ni de dinero ni de buena voluntad. Pero, como estaba diciendo, no tardamos en sentir los efectos de la libertad, los grandes discursos, el radicalismo y demás cosas por el estilo. Personas que habían sido los mejores clientes del mundo ya no tenían un momento libre para pensar en nosotros. Todo su tiempo se les iba en lecturas acerca de las revoluciones, para mantenerse al día en las cuestiones intelectuales y el espíritu de la época. Si había que avivar un fuego, bastaba un periódico viejo para apantallararlo, y, a medida que el gobierno se iba debilitando, no dudo de que el cuero y el hierro adquirirían durabilidad proporcional, pues en poco tiempo no hubo en todo Rotterdam un par de fuelles que necesitaran una costura o los servicios de un martillo.

»Imposible soportar semejante estado de cosas. No tardé en verme pobre como una rata; como tenía mujer e hijos que alimentar, mis cargas se hicieron intolerables, y pasaba hora tras hora reflexionando sobre el método más conveniente para quitarme la vida. Los acreedores, entretanto, me dejaban poco tiempo de ocio. Mi casa estaba literalmente asediada de la mañana a la noche. Tres de ellos, en particular, me fastidiaban insoportablemente, montando guardia ante mi puerta y amenazándome con la justicia. juré que de los tres me vengaría de la manera más terrible, si alguna vez tenía la suerte de que cayeran en mis manos.; y creo que tan sólo el placer que me daba pensar en mi venganza me impidió llevar a la práctica mi plan de suicidio y hacerme saltar la tapa de los sesos con un trabuco. Me pareció que lo mejor era disimular mi cólera y engañar a los tres acreedores con promesas y bellas palabras, hasta que un vuelco del destino me diera oportunidad de cumplir mi venganza.

»Un día, después de escaparme sin ser visto por ellos, y sintiéndome más abatido que de costumbre, pasé largo tiempo errando por sombrías callejuelas, sin objeto alguno, hasta que la casualidad me hizo tropezar con el puesto de un librero. Viendo una silla destinada a uso de los clientes, me dejé caer en ella y, sin saber por qué, abrí el primer volumen que se hallaba al alcance de mi mano. Resultó ser un folleto que contenía un breve tratado de astronomía especulativa, escrito por el profesor Encke, de Berlín, o por un francés de nombre parecido. Tenía yo algunas nociones superficiales sobre el tema y me fui absorbiendo más y más en el contenido del libro, leyéndolo dos veces seguidas antes de darme cuenta de lo que sucedía en torno de mí. Como empezaba a oscurecer, encaminé mis pasos a casa. Pero el tratado (unido a un descubrimiento de neumática que un primo mío de Nantes me había comunicado recientemente con gran secreto) había

producido en mí una impresión indeleble y, a medida que recorría las oscuras calles, daban vueltas en mi memoria los extraños y a veces incomprensibles razonamientos del autor.

»Algunos pasajes habían impresionado extraordinariamente mi imaginación. Cuanto más meditaba, más intenso se hacía el interés que habían despertado en mí. Lo limitado de mi educación en general, y más especialmente de los temas vinculados con la filosofía natural, lejos de hacerme desconfiar de mi capacidad para comprender lo que había leído, o inducirme a poner en duda las vagas nociones que había extraído de mi lectura, sirvió tan sólo de nuevo estímulo a la imaginación, y fui lo bastante vano, o quizá lo bastante razonable para preguntarme si aquellas torpes ideas, propias de una mente mal regulada, no poseerían en realidad la fuerza, la realidad y todas las propiedades inherentes al instinto o a la intuición.

»Era ya tarde cuando llegué a casa, y me acosté en seguida. Mi mente, sin embargo, estaba demasiado excitada para poder dormir, y pasé toda la noche sumido en meditaciones. Levantándome muy temprano al otro día, volví al puesto del librero y gasté el poco dinero que tenía en la compra de algunos volúmenes sobre mecánica y astronomía práctica. Una vez que hube regresado felizmente a casa con ellos, consagré todos mis momentos libres a su estudio y pronto hice progresos tales en dichas ciencias, que me parecieron suficientes para llevar a la práctica cierto designio que el diablo o mi genio protector me habían inspirado.

»A lo largo de este período me esforcé todo lo posible con conciliarme la benevolencia de los tres acreedores que tantos disgustos me habían dado. Lo conseguí finalmente, en parte con la venta de mis muebles, que sirvió para cubrir la mitad de mi deuda, y, en parte, con la promesa de pagar el saldo apenas se realizara un proyecto que, según les dije, tenía en vista, y para el cual solicitaba su ayuda. Como se trataba de hombres ignorantes, no me costó mucho conseguir que se unieran a mis propósitos.

»Así dispuesto todo, logré, con ayuda de mi mujer y actuando con el mayor secreto y precaución, vender todos los bienes que me quedaban, y pedir prestadas pequeñas sumas, con diversos pretextos y sin preocuparme (lo confieso avergonzado) por la forma en que las devolvería; pude reunir así una cantidad bastante considerable de dinero en efectivo. Comencé entonces a comprar, de tiempo en tiempo, piezas de una excelente batista, de doce yardas cada una, hilo de bramante, barniz de caucho, un canasto de mimbre grande y profundo, hecho a medida, y varios otros artículos requeridos para la construcción y aparejamiento de un globo de extraordinarias dimensiones. Di instrucciones a mi mujer para que lo confeccionara lo antes posible, explicándole la forma en que debía proceder. Entretanto tejí el bramante hasta formar una red de dimensiones suficientes, le agregué un aro y el cordaje necesario, y adquirí numerosos instrumentos y materiales para hacer experimentos en las regiones más altas de la atmósfera. Me las arreglé luego para llevar de noche, a un lugar distante al este de Rotterdam, cinco cascos forrados de hierro, con capacidad para unos cincuenta galones cada uno, y otro aún más grande, seis tubos de estaño de tres pulgadas de diámetro y diez pies de largo, de forma especial; una cantidad de cierta sustancia metálica, o semimetálica, que no nombraré, y una docena de damajuanas de un ácido sumamente común. El gas producido por estas sustancias no ha sido logrado por nadie más que yo, o, por lo menos, no ha sido nunca aplicado a propósitos similares. Sólo puedo decir aquí que es uno de los constituyentes del ázoe, tanto tiempo considerado como irreductible, y que tiene una densidad 37,4 veces menor que la del hidrógeno. Es insípido, pero no inodoro; en estado puro arde con una llama verdosa, y su efecto es instantáneamente letal para la vida animal. No tendría inconvenientes en revelar este secreto si no fuera que pertenece (como ya he insinuado) a un habitante de Nantes, en Francia, que me lo comunicó reservadamente. La misma persona, por completo ajena a mis intenciones, me dio a conocer un método para fabricar globos mediante la membrana de cierto animal, que no deja pasar la menor partícula del

gas encerrado en ella. Descubrí, sin embargo, que dicho tejido resultaría sumamente caro, y llegué a creer que la batista, con una capa de barniz de caucho, serviría tan bien como aquél. Menciono esta circunstancia porque me parece probable que la persona en cuestión intente un vuelo en un globo equipado con el nuevo gas y el aludido material, y no quiero privarlo del honor de su muy singular invención.

«Me ocupé secretamente de cavar agujeros en las partes donde pensaba colocar cada uno de los cascos más pequeños durante la inflación del globo; los agujeros constituían un círculo de veinticinco pies de diámetro. En el centro, lugar destinado al casco más grande, cavé asimismo otro pozo. En cada uno de los agujeros menores deposité un bote que contenía cincuenta libras de pólvora de cañón, y en el más grande un barril de ciento cincuenta libras. Conecté debidamente los botes y el barril con ayuda de contactos, y, luego de colocar en uno de los botes el extremo de una mecha de unos cuatro pies de largo, rellené el agujero y puse el casco encima, cuidando que el otro extremo de la mecha sobresaliera apenas una pulgada del suelo y resultara casi invisible detrás del casco. Rellené luego los restantes agujeros y sobre cada uno coloqué los barriles correspondientes.

»Fuera de los artículos enumerados, llevé secretamente al depósito uno de los aparatos perfeccionados de Grimm, para la condensación del aire atmosférico. Descubrí, sin embargo, que esta máquina requería diversas transformaciones antes de que se adaptara a las finalidades a que pensaba destinarla. Pero, con mucho trabajo e inflexible perseverancia, logré finalmente completar felizmente todos mis preparativos. Muy pronto el globo estuvo terminado. Contendría más de cuarenta mil pies cúbicos de gas y podría remontarse fácilmente con todos mis implementos, y, si maniobraba hábilmente, con ciento setenta y cinco libras de lastre. Le había aplicado tres capas de barniz, encontrando que la batista tenía todas las cualidades de la seda, siendo tan resistente como ésta y mucho menos cara.

»Una vez todo listo, logré que mi mujer jurara guardar el secreto de todas mis acciones desde el día en que habla visitado por primera vez el puesto de libros. Prometiéndole, volver tan pronto como las circunstancias lo permitieran, le di el poco dinero que me había quedado y me despedí de ella. No me preocupaba su suerte, pues era lo que la gente califica de mujer fuera de lo común, capaz de arreglárselas en el mundo sin mi ayuda: Creo, además, que siempre me consideró como un holgazán, como un simple complemento, sólo capaz de fabricar casullas en el aire, y que no dejaba de alegrarla verse libre de mí. Era noche oscura cuando le dije adiós, y, llevando conmigo, como aides de camp, a los tres acreedores que tanto me habían hecho sufrir, transportamos el globo, con la barquilla y los aparejos, al depósito de que he hablado, eligiendo para ello un camino retirado. Encontramos todo perfectamente dispuesto y, de inmediato, me puse a trabajar.

»Era el primero de abril. La noche, como he dicho, estaba oscura; no se veía una sola estrella y una llovizna que cala a intervalos nos molestaba muchísimo. Pero lo que más ansiedad me inspiraba era el globo, el cual, a pesar de su espesa capa de barniz, comenzaba a pesar demasiado a causa de la humedad; podía ocurrir asimismo que la pólvora se estropeará. Estimulé, pues, a mis tres acreedores para que trabajaran diligentemente, ocupándolos en amontonar hielo en torno al casco central y en remover el ácido contenido en los otros. No cesaban de importunarme con preguntas sobre lo que pensaba hacer con todos aquellos aparatos y se mostraban sumamente disgustados por el extenuante trabajo a que los sometía. No alcanzaban a darse cuenta, según afirmaban, de las ventajas resultantes de calarse hasta los huesos nada más que para tomar parte en aquellos horribles conjuros. Empecé a intranquilizarme y seguí trabajando con todas mis fuerzas, porque creo verdaderamente que aquellos imbéciles estaban convencidos de que había pactado con el diablo, y que lo que estaba haciendo no tenía nada de bueno. Y mucho temía por eso que me abandonaran. Pude convencerlos, sin embargo, mediante

promesas de pago completo, tan pronto hubiera dado término al asunto que tenía entre manos. Como es natural, interpretaron a su modo mis palabras, imaginándose, sin duda, que de todas maneras yo terminaría por obtener una gran cantidad de dinero en efectivo, y con tal de que les pagara lo que les debía, más una pequeña cantidad suplementaria por los servicios prestados, estoy seguro de que poco se preocupaban de cuanto ocurriera luego a mi alma o a mi cuerpo.

»Después de cuatro horas y media consideré que el globo estaba suficientemente inflado. Até entonces la barquilla, instalando en ella todos mis instrumentos: un telescopio, un barómetro con importantes modificaciones, un termómetro, un electrómetro, una brújula, un compás, un cronómetro, una campana, una bocina, etcétera; como también un globo de cristal, cuidadosamente obturado, y el aparato condensador; algo de cal viva, una barra de cera para sellos, una gran cantidad de agua y muchas provisiones, tales como pemmican, que posee mucho valor nutritivo en poco volumen. Metí asimismo en la barquilla una pareja de palomas y un gato.

»Se acercaba el amanecer y consideré que había llegado el momento de partir. Dejando caer un cigarro encendido como por casualidad, aproveché el momento de agacharme a recogerlo para encender secretamente el trozo de mecha que, como ya he dicho, sobresalía ligeramente del borde inferior de uno de los cascos menores. La maniobra no fue advertida por ninguno de los tres acreedores; entonces, saltando a la barquilla, corté la única sogas que me ataba a la tierra y tuve el gusto de ver que el globo remontaba vuelo con extraordinaria rapidez, arrastrando sin el menor esfuerzo ciento setenta y cinco libras de lastre, del cual habría podido llevar mucho más. En el momento de abandonar la tierra el barómetro marcaba treinta pulgadas y el termómetro centígrado acusaba diecinueve grados.

»Apenas había alcanzado una altura de cincuenta yardas cuando, rugiendo y serpenteando tras de mí de la manera más horrorosa, se alzó un huracán de fuego, cascajo, maderas ardiendo, metal incandescente y miembros humanos destrozados que me llenó de espanto y me hizo caer en el fondo de la barquilla, temblando de terror. Me daba cuenta de que había exagerado la carga de la mina y que todavía me faltaba sufrir las consecuencias mayores de su voladura. En efecto, menos de un segundo después sentí que toda la sangre del cuerpo se me acumulaba en las sienes, y en ese momento una conmoción que jamás olvidaré reventó en la noche y pareció rajarse de lado a lado el firmamento. Cuando más tarde tuve tiempo para reflexionar no dejé de atribuir la extremada violencia de la explosión, por lo que a mí respecta, a su verdadera causa, o sea, a hallarme situado inmediatamente encima de donde se había producido, en la línea de su máxima fuerza. Pero en aquel momento sólo pensé en salvar la vida. El globo empezó por caer, luego se dilató furiosamente y se puso a girar como un torbellino con vertiginosa rapidez, y finalmente, balanceándose y sacudiéndose como un borracho, me lanzó por encima del borde de la barquilla y me dejó colgando, a una espantosa altura, cabeza abajo y con el rostro mirando hacía afuera, suspendido de una fina cuerda que accidentalmente colgaba de un agujero cerca del fondo de la barquilla de mimbre, y en el cual, al caer, mi pie izquierdo quedó enganchado de la manera más providencial.

»Sería imposible, completamente imposible, formarse una idea adecuada del horror de mi situación. Traté de respirar, jadeando, mientras un estremecimiento comparable al de un acceso de calentura recorría mi cuerpo. Sentí que los ojos se me salían de las órbitas, una náusea horrorosa me envolvió, y acabé por perder completamente el sentido.

»No podría decir cuánto tiempo permanecí en este estado. Debió de ser mucho, sin embargo, pues cuando recobré parcialmente el sentimiento de la existencia advertí que estaba amaneciendo y que el globo volaba a prodigiosa altura sobre un océano absolutamente desierto, sin la menor señal de tierra en cualquiera de los límites del vasto horizonte. Empero, mis sensaciones al volver del desmayo no eran tan angustiosas como cabía suponer. Había mucho de locura en el tranquilo examen que me puse a hacer de mi

situación. Levanté las manos a la altura de los ojos, preguntándome asombrado cuál podía ser la causa de que tuviera tan hinchadas las venas y tan horriblemente negras las uñas. Examiné luego cuidadosamente mi cabeza, sacudiéndola repetidas veces, hasta que me convencí de que no la tenía del tamaño del globo como había sospechado por un momento. Tanteé después los bolsillos de mis calzones y, al notar que me faltaban unas tabletas y un palillero, traté de explicarme su desaparición, y al no conseguirlo me sentí inexpresablemente preocupado. Me pareció notar entonces una gran molestia en el tobillo izquierdo y una vaga conciencia de mi situación comenzó a dibujarse en mi mente. Pero, por extraño que parezca, no me asombré ni me horroricé. Si alguna emoción sentí fue una traviesa satisfacción ante la astucia que iba a desplegar para librarme de aquella posición en que me hallaba, y en ningún momento puse en duda que lo lograría sin inconvenientes.

»Pasé varios minutos sumido en profunda meditación. Me acuerdo muy bien de que apretaba los labios, apoyaba un dedo en la nariz y hacía todas las gesticulaciones propias de los hombres que, cómodamente instalados en sus sillones, reflexionan sobre cuestiones importantes e intrincadas. Luego de haber concentrado suficientemente mis ideas, procedí con gran cuidado y atención a ponerme las manos a la espalda y a soltar la gran hebilla de hierro del cinturón de mis pantalones. Dicha hebilla tenía tres dientes que, por hallarse herrumbrados, giraban dificultosamente en su eje. Después de bastante trabajo conseguí colocarlos en ángulo recto con el plano de la hebilla y noté satisfecho que permanecían firmes en esa posición. Teniendo entre los dientes dicho instrumento, me puse a desatar el nudo de mi corbata. Debí descansar varias veces antes de conseguirlo, pero finalmente lo logré. Até entonces la hebilla a una de las puntas de la corbata y me sujete el otro extremo a la cintura para más seguridad. Enderezándome luego con un prodigioso despliegue de energía muscular, logré en la primera tentativa lanzar la hebilla de manera que cayese en la barquilla; tal como lo había anticipado, se enganchó en el borde circular de la cesta de mimbre.

»Mi cuerpo se encontraba ahora inclinado hacia el lado de la barquilla en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, pero no debe entenderse por esto que me hallara sólo a cuarenta y cinco grados por debajo de la vertical. Lejos de ello, seguía casi paralelo al plano del horizonte, pues mi cambio de posición había determinado que la barquilla se desplazara a su vez hacia afuera, creándome una situación extremadamente peligrosa. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que si al caer hubiera quedado con la cara vuelta hacia el globo y no hacia afuera como estaba, o bien si la cuerda de la cual me hallaba suspendido hubiese colgado del borde superior de la barquilla y no de un agujero cerca del fondo, en cualquiera de los dos casos me hubiera sido imposible llevar a cabo lo que acababa de hacer, y las revelaciones que siguen se hubieran perdido para la posteridad. Razones no me faltaban, pues, para sentirme agradecido, aunque, a decir verdad, estaba aún demasiado aturdido para sentir gran cosa, y seguí colgado durante un cuarto de hora, por lo menos, de aquella extraordinaria manera, sin hacer ningún nuevo esfuerzo y en un tranquilo estado de estúpido goce. Pero esto no tardó en cesar y se vio reemplazado por el horror, la angustia y la sensación de total abandono y desastre. Lo que ocurría era que la sangre acumulada en los vasos de mi cabeza y garganta, que hasta entonces me había exaltado delirantemente, empezaba a retirarse a sus canales naturales, y que la lucidez que ahora se agregaba a mi conciencia del peligro sólo servía para privarme de la entereza y el coraje necesarios para enfrentarlo. Por suerte, esta debilidad no duró mucho. El espíritu de la desesperación acudió a tiempo para rescatarme, y mientras gritaba y luchaba como un desesperado me enderecé convulsivamente hasta alcanzar con una mano el tan ansiado borde y, aferrándome a él con todas mis fuerzas, conseguí pasar mi cuerpo por encima y caer de cabeza y temblando en la barquilla.

»Pasó algún tiempo antes de que me recobrara lo suficiente para ocuparme del manejo del globo. Después de examinarlo atentamente, descubrí con gran alivio que no había

sufrido el menor daño. Los instrumentos estaban a salvo y no se había perdido ni el lastre ni las provisiones. Por lo demás, los había asegurado tan bien en sus respectivos lugares, que hubiese sido imposible que se estropearan. Miré mi reloj y vi. que eran las seis de la mañana. Ascendíamos rápidamente y el barómetro indicaba una altitud de tres millas y tres cuartos. En el océano, inmediatamente por debajo de mí, aparecía un pequeño objeto negro de forma ligeramente oblonga, que tendría el tamaño de una pieza de dominó, y que en todo sentido se le parecía mucho. Aesté hacía él mi telescopio y no tardé en ver claramente que se trataba de un navío de guerra británico de noventa y cuatro cañones que orzaba con rumbo al oeste-sudoeste, cabeceando duramente. Fuera de este barco sólo se veía el océano, el cielo y el sol que acababa de levantarse.

»Ya es tiempo de que explique a Vuestras Excelencias el objeto de mi viaje. Vuestras Excelencias recordarán que ciertas penosas circunstancias en Rotterdam me habían arrastrado finalmente a la decisión de suicidarme. La vida no me disgustaba por sí misma sino a causa de las insoportables angustias derivadas de mi situación. En esta disposición de ánimo, deseoso de vivir y a la vez cansado de la vida, el tratado adquirido en la librería, junto con el oportuno descubrimiento de mi primo de Nantes, abrieron una ventana a mi imaginación. Finalmente me decidí. Resolví partir, pero seguir viviendo; abandonar este mundo, pero continuar existiendo... En suma, para dejar de lado los enigmas: resolví, pasara lo que pasara, abrirme camino hasta la luna. Y para que no se me suponga más loco de lo que realmente soy, procederé a detallar le mejor posible las consideraciones que me indujeron a creer que un designio semejante, aunque lleno de dificultades y de peligros, no estaba más allá de lo posible para un espíritu osado.

»El primer problema a tener en cuenta era la distancia de la tierra a la luna. El intervalo medio entre los centros de ambos planetas equivale a 59,9643 veces el radio ecuatorial de la tierra; vale decir unas 237.000 millas. Digo el intervalo medio, pero debe tenerse en cuenta que como la órbita de la luna está constituida por una elipse cuya excentricidad no baja de 0,05484 del semieje mayor de la elipse, y el centro de la tierra se halla situado en su foco, si me era posible de alguna manera llegar a la luna en su perigeo, la distancia mencionada más arriba se vería disminuida. Dejando por ahora de lado esa posibilidad, de todas maneras había que deducir de las 237.000 millas el radio de la tierra, o sea, 4.000, y el de la luna, 1.080, con lo cual, en circunstancias ordinarias, quedarían por franquear 231.920 millas.

»Me dije que esta distancia no era tan extraordinaria. Viajando por tierra, se la ha recorrido varias veces a un promedio de setenta millas por hora, y cabe prever que se alcanzarán velocidades muy superiores. Pero incluso así no me llevaría más de ciento sesenta y un días alcanzar la superficie de la luna. Varios detalles, empero, me inducían a creer que mí promedio de velocidad sobrepasaría probablemente en mucho el de sesenta millas horarias, y, como dichas consideraciones me impresionaron profundamente, no dejaré de mencionarlas en detalle más adelante.

»El siguiente punto a considerar era mucho más importante. Conforme a las indicaciones del barómetro, se observa que a una altura de 1.000 pies sobre el nivel del mar hemos dejado abajo una trigésima parte de la masa atmosférica total; que a los 10.600 pies hemos subido a un tercio de la misma, que a los 18.000 pies, que es aproximadamente la elevación del Cotopaxi, sobrepasamos la mitad de la masa material - o, por lo menos, ponderable - del aire que corresponde a nuestro globo. Se calcula asimismo que a una altitud que no exceda la centésima parte del diámetro terrestre -vale decir, que no exceda de ochenta millas -, el enrarecimiento del aire sería tan excesivo que la vida animal no podría resistirlo, y, además, que los instrumentos más sensibles de que disponemos para asegurarnos de la presencia de la atmósfera resultarían inadecuados a esa altura.

»No dejé de reparar, sin embargo, en que estos últimos cálculos se fundan por entero en nuestro conocimiento experimental de las propiedades del aire y de las leyes

mecánicas que regulan su dilatación y su compresión en lo que cabe llamar, hablando comparativamente, la vecindad inmediata de la tierra; y que al mismo tiempo se da por sentado que la vida animal es esencialmente incapaz de modificación a cualquier distancia inalcanzable desde la superficie. Ahora bien, partiendo de tales datos, todos estos razonamientos tienen que ser simplemente analógicos. La mayor altura jamás alcanzada por el hombre es de 25.000 pies en la expedición aeronáutica de Gay-Lussac y Biot. Se trata de una altura moderada, aun si se la compara con las ochenta millas en cuestión, y no pude dejar de pensar que la cosa se prestaba a la duda y a las más amplias especulaciones.

»De hecho, al ascender a cualquier altitud dada, la cantidad de aire ponderable sobrepasada al seguir ascendiendo no se halla en proporción con la altura adicional alcanzada (como puede deducirse claramente de lo ya dicho), sino en una proporción decreciente constante. Resulta claro, pues, que por más alto que ascendamos no podemos, literalmente hablando, llegar a un límite más allá del cual no haya atmósfera. Mi opinión era que debía existir, aunque pudiera ser que se hallara en un estado de infinita rarefacción.

»Por otra parte, sabía que no faltaban argumentos para probar la existencia de un límite real y definido de la atmósfera más allá del cual no habría absolutamente nada de aire. Pero una circunstancia descuidada por los sostenedores de dicha teoría me pareció, si no capaz de refutarla por entero, digna, al menos, de ser considerada seriamente. AL comparar los intervalos entre las sucesivas llegadas del cometa de Encke a su perihelio, y después de tener debidamente en cuenta todas las perturbaciones ocasionadas por la atracción de los planetas, parece ser que los períodos están disminuyendo gradualmente; vale decir que el eje mayor de la elipse trazado por el cometa se está acortando en un lento pero regular proceso de reducción. Ahora bien, esto debería suceder así si suponemos que el cometa experimenta una resistencia por parte de un medio etéreo excesivamente rarefacto que ocupa la zona de su órbita, ya que semejante medie, al retardar la velocidad del cometa, debe aumentar su fuerza centrípeta debilitando la centrífuga. En otras palabras, la atracción del sol estaría alcanzando cada vez más intensidad y el cometa iría aproximándose a él a cada revolución. No parece haber otra manera de explicar la variación aludida.

»Hay más: Se observa que el diámetro real de la nebulosidad del cometa se contrae rápidamente al acercarse al sol y se dilata con igual rapidez al alejarse hacia su afelio. ¿No me hallaba justificado al suponer, con Valz, que esta aparente condensación de volumen se origina por la compresión del aludido medio etéreo, y que se va densificando proporcionalmente a su proximidad al sol? El fenómeno que afecta la forma lenticular y que se denomina luz zodiacal era también un asunto digno de atención. Esta radiación tan visible en los trópicos, y que no puede confundirse con ningún resplandor meteórico, se extiende oblicuamente desde el horizonte, siguiendo, por lo general, la dirección del ecuador solar. Tuve la impresión de que provenía de una atmósfera enrarecida que se dilatava a partir del sol, por lo menos hasta más allá de la órbita de Venus, y en mi opinión a muchísima mayor distancia. No podía creer que este medio ambiente se limitara a la zona de la elipse del cometa o a la vecindad inmediata del sol. Fácil era, por el contrario, imaginarla ocupando la entera región de nuestro sistema planetario, condensada en lo que llamamos atmósfera en los planetas, y quizá modificada en algunos de ellos por razones puramente geológicas; vale decir, modificada o alterada en sus proporciones (o su naturaleza esencial) por materias volatilizadas emanantes de dichos planetas.

»Una vez adoptado este punto de vista, ya no vacilé. Descontando que hallaría a mi paso una atmósfera esencialmente análoga a la de la superficie de la tierra, pensé que con ayuda del muy ingenioso aparato de Grimm sería posible condensarla en cantidad suficiente para las necesidades de la respiración. Esto eliminaría el obstáculo principal de un viaje a la luna. Había gastado dinero y mucho trabajo en adaptar el instrumento al fin

requerido, y tenía plena confianza en su aplicación si me era dado cumplir el viaje dentro de cualquier período razonable. Y esto me trae a la cuestión de la velocidad con que podría efectuarlo.

»Verdad es que los globos, en la primera etapa de sus ascensiones, se remontaban a velocidad relativamente moderada. Ahora bien, la fuerza de elevación reside por completo en el peso superior del aire atmosférico comparado con el del gas del globo; cuando el aeróstato adquiere mayor altura y, por consiguiente, arriba a capas atmosféricas cuya densidad disminuye rápidamente, no parece probable ni razonable que la velocidad original vaya acelerándose. Pero, por otra parte, no tenía noticias de que en ninguna ascensión conocida se hubiese advertido una disminución en la velocidad absoluta del ascenso; sin embargo, tal hubiera debido ser el caso, aunque más no fuera por el escape del gas en globos de construcción defectuosa, aislados con una simple capa de barniz. Me pareció, pues, que las consecuencias de dicho escape de gas debían ser suficientes para contrabalancear el efecto de la aceleración lograda por la mayor distancia del globo al centro de gravedad. Consideré que, si hallaba a mi paso el medio ambiente que había imaginado, y si éste resultaba esencialmente lo que denominamos aire atmosférico, no se produciría mayor diferencia en la fuerza ascendente por causa de su extremado enrarecimiento, ya que el gas de mi globo no sólo se hallaría sujeto al mismo enrarecimiento (con cuyo objeto le permitiría que escapara en cantidad suficiente para evitar una explosión), sino que, siendo lo que era, continuaría mostrándose específicamente más liviano que cualquier compuesto de nitrógeno y oxígeno. Había, pues, una posibilidad -y muy grande- de que en ningún momento de mi ascenso alcanzara un punto donde los pesos unidos de mi inmenso globo, el gas inconcebiblemente ligero que lo llenaba, la barquilla y su contenido logran igualar el peso de la masa atmosférica desplazada por el aeróstato; y fácilmente se comprenderá que sólo el caso contrario hubiera podido detener mi ascensión. Mas aun en este caso era posible aligerar el globo de casi trescientas libras arrojando el lastre y otros pesos. Entretanto, la fuerza de gravedad seguiría disminuyendo continuamente en proporción al cuadrado de las distancias; y así, con una velocidad prodigiosamente acelerada, llegaría, por fin, a esas alejadas regiones donde la fuerza de atracción de la tierra sería superada por la de la luna.

»Había otra dificultad que me producía alguna inquietud. Se ha observado que en las ascensiones en globo a alturas considerables, aparte de la dificultad respiratoria, se producen fenómenos sumamente penosos en todo el organismo, acompañados frecuentemente de hemorragias de nariz y otros síntomas alarmantes, que se van agudizando a medida que aumenta la altura. No dejaba de preocuparme este aspecto. ¿No podía ocurrir que dichos síntomas continuaran en aumento hasta provocar la muerte? Pero llegué a la conclusión de que no. Su origen debía buscarse en la progresiva disminución de la presión atmosférica usual sobre la superficie del cuerpo y la consiguiente dilatación de los vasos sanguíneos superficiales; no se trataba de una desorganización capital del sistema orgánico, como en el caso de la dificultad respiratoria, donde la densidad atmosférica resulta químicamente insuficiente para la debida renovación de la sangre en un ventrículo del corazón. A menos que faltara esta renovación, no veía razón alguna para que la vida no pudiera mantenerse, incluso en el vacío; pues la expansión y compresión del pecho, llamadas vulgarmente respiración, son acciones puramente musculares, y causa, no efecto, de la respiración. En una palabra, supuse que así como el cuerpo llegaría a habituarse a la falta de presión atmosférica, del mismo modo las sensaciones dolorosas irían disminuyendo; para soportarlas mientras duraran confiaba en la férrea resistencia de mi constitución.

»Así, aunque no todas, he detallado algunas de las consideraciones que me indujeron a proyectar un viaje a la luna. Procederé ahora, si así place a vuestras Excelencias, a

comunicaros los resultados de una tentativa cuya concepción parece tan audaz, y que en todo caso no tiene paralelo en los anales de la humanidad.

»Habiendo alcanzado la altitud antes mencionada -vale decir, tres millas y tres cuartos - arrojé por la barquilla una cantidad de plumas, descubriendo que aun ascendía con suficiente velocidad, por lo cual no era necesario privarme de lastre. Me alegré de esto, pues deseaba guardar conmigo todo el peso posible por la sencilla razón de que no tenía ninguna seguridad sobre la fuerza de atracción o la densidad atmosférica de la luna. Hasta ese momento no sentía molestias físicas, respiraba con entera libertad y no me dolía la cabeza. El gato descansaba tranquilamente sobre mi chaqueta, que me había quitado, y contemplaba las palomas con un aire de nonchalance. En cuanto a éstas, atadas por una pata para que no volaran, ocupábanse activamente de picotear los granos de arroz que les había echado en el fondo de la barquilla.

»A las seis y veinte el barómetro acusó una altitud de 26.400 pies, o sea casi cinco millas. El panorama parecía ilimitado. En realidad, resultaba fácil calcular, con ayuda de la trigonometría esférica, el ámbito terrestre que mis ojos alcanzaban. La superficie convexa de un segmento de esfera es a la superficie total de la esfera lo que el seno del segmento al diámetro de la esfera. Ahora bien, en este caso, el seno del segmento -vale decir el espesor del segmento por debajo de mí- era aproximadamente igual a mi elevación, o a la elevación del punto de vista sobre la superficie. «De cinco a ocho millas» expresaría, pues, la proporción del área terrestre que se ofrecía a mis miradas. En otras palabras, estaba contemplando una decimosextava parte de la superficie total del globo. El mar aparecía sereno como un espejo, aunque el telescopio me permitió advertir que se hallaba sumamente encrespado. Ya no se veía el navío, que al parecer había derivado hacia el este. Empecé a sentir fuertes dolores de cabeza a intervalos, especialmente en la región de los oídos, aunque seguía respirando con bastante libertad. El gato y las palomas no parecían sentir molestias.

»A las siete menos veinte el globo entró en una región de densas nubes, que me ocasionaron serias dificultades, dañando mi aparato condensador y empapándome hasta los huesos; fue éste, por cierto, un singular rencontre, pues jamás había creído posible que semejante nube estuviera a tal altura. Me pareció conveniente soltar dos pedazos de cinco libras de lastre, conservando un peso de ciento sesenta y cinco libras. Gracias a esto no tardé en sobrevolar la zona de las nubes, y al punto percibí que mi velocidad ascensional había aumentado considerablemente. Pocos segundos después de salir de la nube, un relámpago vivísimo la recorrió de extremo a extremo, incendiándola en toda su extensión como si se tratara de una masa de carbón ardiente. Esto ocurría, como se sabe, a plena luz del día. Imposible imaginar la sublimidad que hubiese asumido el mismo fenómeno en caso de producirse en las tinieblas de la noche. Sólo el infierno hubiera podido proporcionar una imagen adecuada. Tal como lo vi, el espectáculo hizo que el cabello se me erizara mientras miraba los abiertos abismos, dejando descender la imaginación para que vagara por las extrañas galerías abovedadas, los encendidos golfos y los rojos y espantosos precipicios de aquel terrible e insondable incendio. Me había salvado por muy poco. Si el globo hubiese permanecido un momento más dentro de la nube, es decir, si la humedad de la misma no me hubiera decidido a soltar lastre, probablemente no hubiera escapado a la destrucción. Esta clase de peligros, aunque poco se piensa en ellos, son quizá los mayores que deben afrontar los globos. Pero ahora me encontraba a una altitud demasiado grande como para que el riesgo volviera a presentarse.

»Subíamos rápidamente, y a las siete en punto el barómetro indicó nueve millas y media. Empecé a experimentar una gran dificultad respiratoria. La cabeza me dolía muchísimo y, al sentir algo húmedo en las mejillas, descubrí que era sangre que me salía en cantidad por los oídos. Mis ojos me preocuparon también mucho. Al pasarme la mano por ellos me pareció que me sobresalían de las órbitas; veía como distorsionados los

objetos que contenía el globo, y a éste mismo. Los síntomas excedían lo que había supuesto y me produjeron alguna alarma. En este momento; obrando con la mayor imprudencia e insensatez, arrojé tres piezas de cinco libras de lastre. La velocidad acelerada del ascenso me llevó demasiado rápidamente y sin la gradación necesaria a una capa altamente enrarecida de la atmósfera, y estuvo a punto de ser fatal para mi expedición y para mí mismo. Súbitamente me sentí presa de un espasmo que duró más de cinco minutos, y aun después de haber cedido en cierta medida, seguí respirando a largos intervalos, jadeando de la manera más penosa, mientras sangraba copiosamente por la nariz y los oídos, y hasta ligeramente por los ojos. Las palomas parecían sufrir mucho y luchaban por escapar, mientras el gato maullaba desesperadamente y, con la lengua afuera, movíase tambaleando de un lado a otro de la barquilla, como si estuviera envenenado. Demasiado tarde descubrí la imprudencia que había cometido al soltar el lastre. Supuse que moriría en pocos minutos. Los sufrimientos físicos que experimentaba contribuían además a incapacitarme casi por completo para hacer el menor esfuerzo en procura de salvación. Poca capacidad de reflexión me quedaba, y la violencia del dolor de cabeza parecía crecer por instantes. Me di cuenta de que los sentidos no tardarían en abandonarme, y ya había aferrado una de las sogas correspondientes a la válvula de escape, con la idea de intentar el descenso, cuando el recuerdo de la broma que les había jugado a mis tres acreedores, y sus posibles consecuencias para mí, me detuvieron por el momento. Me dejé caer en el fondo de la barquilla, luchando por recuperar mis facultades. Lo conseguí hasta el punto de pensar en la conveniencia de sangrarme. Como no tenía lanceta, me vi precisado a arreglármelas de la mejor manera posible, cosa que al final logré cortándome una vena del brazo izquierdo con mi cortaplumas.

»Apenas había empezado a correr la sangre cuando noté un sensible alivio. Luego de perder aproximadamente el contenido de media jofaina de dimensiones ordinarias, la mayoría de los síntomas más alarmantes desaparecieron por completo. De todos modos no me pareció prudente enderezarme en seguida, sino que, después de atarme el brazo lo mejor que pude, seguí descansando un cuarto de hora. Pasado este plazo me levanté, sintiéndome tan libre de dolores como lo había estado en la primera parte de la ascensión. No obstante seguía teniendo grandísimas dificultades para respirar, y comprendí que pronto habría llegado el momento de utilizar mi condensador. En el ínterin miré a la gata, que había vuelto a instalarse cómodamente sobre mi chaqueta, y descubrí con infinita sorpresa que había aprovechado la oportunidad de mi indisposición para dar a luz tres gatitos. Esto constituía un aumento completamente inesperado en el número de pasajeros del globo, pero no me desagradó que hubiera ocurrido; me proporcionaba la oportunidad de poner a prueba la verdad de una conjetura que, más que cualquier otra, me había impulsado a efectuar la ascensión. Había imaginado que la resistencia habitual a la presión atmosférica en la superficie de la tierra era la causa de los sufrimientos por los que pasa toda vida a cierta distancia de esa superficie. Si los gatitos mostraban síntomas equivalentes a los de la madre, debería considerar como fracasada mi teoría, pero si no era así, entendería el hecho como una vigorosa confirmación de aquella idea.

»A las ocho de la mañana había alcanzado una altitud de diecisiete millas sobre el nivel del mar. Así, pues, era evidente que mi velocidad ascensional no sólo iba en aumento, sino que dicho aumento hubiera sido verificable aunque no hubiese tirado el lastre como lo había hecho. Los dolores de cabeza y de oídos volvieron a intervalos y con mucha violencia, y por momentos seguí sangrando por la nariz; pero, en general, sufría mucho menos de lo que podía esperarse. Mi respiración, empero, se volvía más y más difícil, y cada inspiración determinaba un desagradable movimiento espasmódico del pecho. Desempaqué, pues, el aparato condensador y lo alisté para su uso inmediato.

»A esta altura de mi ascensión el panorama que ofrecía la tierra era magnífico. Hacia el oeste, el norte y el sur, hasta donde alcanzaban mis ojos, se extendía la superficie ilimitada de un océano en aparente calma, que por momentos iba adquiriendo una

tonalidad más y más azul. A grandísima distancia hacia el este, aunque discernibles con toda claridad, veíase las Islas Británicas, la costa atlántica de Francia y España, con una pequeña porción de la parte septentrional del continente africano. Era imposible advertir la menor señal de edificios aislados, y las más orgullosas ciudades de la humanidad se habían borrado completamente de la faz de la tierra.

»Lo que más me asombró del aspecto de las cosas de abajo fue la aparente concavidad de la superficie del globo. Bastante irreflexivamente había esperado contemplar su verdadera convexidad a medida que subiera, pero no tardé en explicarme aquella contradicción. Una línea tirada perpendicularmente desde mi posición a la tierra hubiera formado la perpendicular de un triángulo rectángulo, cuya base se hubiera extendido desde el ángulo recto hasta el horizonte, y la hipotenusa desde el horizonte hasta mi posición. Pero mi lectura era poco o nada en comparación con la perspectiva que abarcaba. En otras palabras, la base y la hipotenusa del supuesto triángulo hubieran sido en este caso tan largas, comparadas con la perpendicular, que las dos primeras hubieran podido considerarse casi paralelas. De esta manera el horizonte del aeronauta aparece siempre como si estuviera al nivel de la barquilla. Pero, como el punto situado inmediatamente debajo de él le parece estar -y está - a gran distancia, da también la impresión de hallarse a gran distancia por debajo del horizonte. De ahí la aparente concavidad, que habrá de mantenerse hasta que la elevación alcance una proporción tan grande con el panorama, que el aparente paralelismo de la base y la hipotenusa desaparezca.

»A esta altura las palomas parecían sufrir mucho. Me decidí, pues, a ponerlas en libertad. Desaté primero una, bonitamente moteada de gris, y la posé sobre el borde de la barquilla. Se mostró muy inquieta; miraba ansiosamente a todas partes, agitando las alas y arrullando suavemente, pero no pude persuadirla de que se soltara del borde. Por fin la agarré, arrojándola a unas seis yardas del globo. Pero, contra lo que esperaba, no mostró ningún deseo de descender, sino que luchó con todas sus fuerzas por volver, mientras lanzaba fuertes y penetrantes chillidos. Logró por fin alcanzar su posición anterior, mas apenas lo había hecho cuando apoyó la cabeza en el pecho y cayó muerta en la barquilla.

»La otra fue más afortunada, pues para impedir que siguiera el ejemplo de su compañera y regresara al globo, la tiré hacia abajo con todas mis fuerzas, y tuve el placer de verla continuar su descenso con gran rapidez, haciendo uso de sus alas de la manera más natural. Muy pronto se perdió de vista, y no dudo de que llegó sana y salva a casa. La gata, que parecía haberse recobrado muy bien de su trance, procedió a comerse con gran apetito la paloma muerta, y se durmió luego satisfechísima. Sus gatitos parecían sumamente vivaces y no mostraban la menor señal de malestar.

»A las ocho y cuarto, como me era ya imposible inspirar aire sin los más intolerables dolores, procedí a ajustar a la barquilla la instalación correspondiente al condensador. Dicho aparato requiere algunas explicaciones, y vuestras Excelencias deberán tener presente que mi finalidad, en primer término, consistía en aislarme y aislar completamente la barquilla de la atmósfera altamente enrarecida en la cual me encontraba, a fin de introducir en el interior de mi compartimento, y por medio de mi condensador, una cantidad de la referida atmósfera suficientemente condensada para poder respirarla. Con esta finalidad en vista, había preparado una envoltura o saco muy fuerte, perfectamente impermeable y flexible. Toda la barquilla quedaba contenida dentro de este saco. Vale decir que, luego de tenderlo por debajo del fondo de la cesta de mimbre y hacerlo subir por los lados, lo extendí a lo largo de las cuerdas hasta el borde superior o aro al cual estaba atada la red del globo. Una vez levantado el saco, cerrando por completo todos los lados y el fondo, había que asegurar su abertura o boca, pasando la tela sobre el aro de la red o, en otras palabras, entre la red y el aro. Pero si la red quedaba separada del aro para permitir dicho pasó, ¿cómo se sostendría entretanto la barquilla? Pues bien, la red no estaba atada de manera fija al aro, sino sujeta a éste mediante una serie de

presillas o lazos. Por tanto, sólo había que desatar unos cuantos de estos lazos por vez, dejando la barquilla suspendida de los restantes. Insertada así una porción de tela que constituía la parte superior del saco, volví a ajustar los lazos, ya no al aro, pues ello hubiera sido imposible desde el momento que ahora intervenía la tela, sino a una serie de grandes botones asegurados en la tela misma, a unos tres pies por debajo de la abertura del saco; los intervalos entre los botones correspondían a los intervalos entre los lazos. Hecho esto, aflojé otra cantidad de lazos del aro, introduje una nueva porción de la tela y los lazos sueltos fueron a su vez conectados con sus botones correspondientes. De esta manera pude insertar toda la parte superior del saco entre la red y el aro. Como es natural, este último cayó entonces dentro de la barquilla, mientras el peso de ésta quedaba sostenido tan sólo por la fuerza de los botones.

»A primera vista este dispositivo podría parecer inadecuado, pero no era así, pues los botones eran fortísimos y estaban tan cerca uno del otro que sólo les tocaba soportar individualmente un pequeño peso. Aunque la barquilla y su contenido hubiesen sido tres veces más pesados, no me habría sentido intranquilo.

»Procedí luego a levantar otra vez el aro por dentro de la envoltura de goma elástica y lo inserté casi a su altura anterior por medio de tres soportes muy livianos preparados al efecto. Hice esto, como se comprenderá, a fin de mantener distendido el saco en su terminación, de modo que la parte inferior de la red conservara su posición normal. Sólo me faltaba ahora cerrar la abertura del saco, y lo hice rápidamente, juntando los pliegues de la tela y retorciéndolos apretadamente desde dentro por medio de una especie de tourniquet fijo.

»A los lados de este envoltorio ajustado a la barquilla había tres cristales espesos pero muy transparentes, por los cuales podía ver sin la menor dificultad en todas las direcciones horizontales. En la parte del saco que constituía el fondo había una cuarta ventanilla del mismo género, que correspondía a una pequeña abertura en el piso de la barquilla. Esto me permitía ver hacia abajo, pero, en cambio, no había podido ajustar un dispositivo similar en la parte superior, dada la forma en que se cerraba el saco y las arrugas que formaba, por lo cual no podía esperar ver los objetos situados en el cenit. De todas maneras la cosa no tenía importancia, pues aun en el caso de haber colocado una mirilla en lo alto, el globo mismo me hubiera impedido hacer uso de ella.

»A un pie por debajo de una de las mirillas laterales había un orificio circular, de tres pulgadas de diámetro, en el cual había fijado una rosca de bronce. A esta rosca se atornillaba el largo tubo del condensador, cuyo cuerpo principal se encontraba, naturalmente, dentro de la cámara de caucho. Por medio del vacío practicado en la máquina, dicho tubo absorbía una cierta cantidad de atmósfera circundante y la introducía en estado de condensación en la cámara de caucho, donde se mezclaba con el aire enrarecido ya existente. Una vez que la operación se había repetido varias veces, la cámara quedaba llena de aire respirable. Pero, como en un espacio tan reducido no podía tardar en viciarse a causa de su continuo contacto con los pulmones, se lo expulsaba con ayuda de una pequeña válvula situada en el fondo de la barquilla; el aire más denso se proyectaba de inmediato a la enrarecida atmósfera exterior. Para evitar el inconveniente de que se produjera un vacío total en la cámara, esta purificación no se cumplía de una vez, sino progresivamente; para ello la válvula se abría unos pocos segundos y volvía a cerrarse, hasta que uno o dos impulsos de la bomba del condensador reemplazaban el volumen de la atmósfera desalojada. Por vía de experimento instalé a la gata y sus gatitos en una pequeña cesta que suspendí fuera de la barquilla por medio de un sostén en el fondo de ésta, al lado de la válvula de escape, que me servía para alimentarlos toda vez que fuera necesario. Esta instalación, que dejé terminada antes de cerrar la abertura de la cámara, me dio algún trabajo, pues debí emplear una de las perchas que he mencionado, a la cual até un gancho. Tan pronto un aire más denso ocupó la cámara, el aro y las

pértigas dejaron de ser necesarias, pues la expansión de aquella atmósfera encerrada distendía fuertemente las paredes de caucho.

»Cuando hube terminado estos arreglos y llenado la cámara como acabo de explicar, eran las nueve menos diez. Todo el tiempo que pasé así ocupado sufría una terrible opresión respiratoria, y me arrepentí amargamente de la negligencia o, mejor, de la temeridad que me había hecho dejar para último momento una cuestión tan importante. Mas apenas estuvo terminada, comencé a cosechar los beneficios de mi invención. Volví a respirar libre y fácilmente. Me alegró asimismo descubrir que los violentos dolores que me habían atormentado hasta ese momento se mitigaban casi completamente. Todo lo que me quedaba era una leve jaqueca, acompañada de una sensación de plenitud o hinchazón en las muñecas, los tobillos y la garganta. Parecía, pues, evidente que gran parte de las molestias derivadas de la falta de presión atmosférica habían desaparecido tal como lo esperara, y que muchos de los dolores padecidos en las últimas horas debían atribuirse a los efectos de una respiración deficiente.

»A las nueve menos veinte, es decir, muy poco antes de cerrar la abertura de la cámara, el mercurio llegó a su límite y dejó de funcionar el barómetro, que, como ya he dicho, era especialmente largo. Indicaba en ese momento una altitud de 132.000 pies, o sea veinticinco millas, vale decir que me era dado contemplar una superficie terrestre no menor de la trescientas veinteava parte de su área total. A las nueve perdí de vista las tierras al este, no sin antes advertir que el globo derivaba rápidamente hacia el nornoroeste. El océano por debajo de mi conservaba su aparente concavidad, aunque mi visión se veía estorbada con frecuencia por las masas de nubes que flotaban de un lado a otro.

»A las nueve y media hice el experimento de arrojar un puñado de plumas por la válvula. No flotaron como había esperado, sino que cayeron verticalmente como una bala y en masa, a extraordinaria velocidad, perdiéndose de vista en un segundo. Al principio no supe qué pensar de tan extraordinario fenómeno, pues no podía creer que mi velocidad ascensional hubiera alcanzado una aceleración repentina tan prodigiosa. Pero no tardó en ocurrírseme que la atmósfera se hallaba ahora demasiado rarificada para sostener una mera pluma, y que, por lo tanto, caían a toda velocidad; lo que me había sorprendido eran las velocidades unidas de su descenso y mi elevación.

»A las diez hallé que no tenía que ocuparme mayormente de nada. Todo marchaba bien y estaba convencido de que el globo subía con una rapidez creciente, aunque ya no tenía instrumentos para asegurarme de su progresión. No sentía dolores ni molestias de ninguna clase, y estaba de mejor humor que en ningún momento desde mi partida de Rotterdam; me ocupé, pues, de observar los diversos instrumentos y de regenerar la atmósfera de la cámara. Decidí repetirlo cada cuarenta minutos, más para mantener mi buen estado físico que porque la renovación fuese absolutamente necesaria. Entretanto no pude impedirme anticipar el futuro. Mi fantasía corría a gusto por las fantásticas y quiméricas regiones lunares. Sintióse por una vez libre de cadenas, la imaginación erraba entre las cambiantes maravillas de una tierra sombría e inestable. Había de pronto vetustas y antiquísimas florestas, vertiginosos precipicios y cataratas que se precipitaban con estruendo en abismos sin fondo. Llegaba luego a las calmas soledades del mediodía, donde jamás soplabla una brisa, donde vastas praderas de amapolas y esbeltas flores semejantes a lirios se extendían a la distancia, silenciosas e inmóviles por siempre. Y luego recorría otra lejana región, donde había un lago oscuro y vago, limitado por nubes. Pero no sólo estas fantasías se posesionaban de mi mente. Horrores de naturaleza mucho más torva y espantosa hacían su aparición en mi pensamiento, estremeciendo lo más hondo de mi alma con la mera suposición de su posibilidad. Pero no permitía que esto durara demasiado tiempo, pensando sensatamente que los peligros reales y palpables de mi viaje eran suficientes para concentrar por entero mi atención."A las cinco de la tarde, mientras me ocupaba de regenerar la atmósfera de la cámara, aproveché la

oportunidad para observar a la gata y sus gatitos a través de la válvula. Me pareció que la gata volvía a sufrir mucho, y no vacilé en atribuirlo a la dificultad que experimentaba para respirar; en cuanto a mi experimento con los gatitos, tuvo un resultado sumamente extraño. Como es natural, había esperado que mostraran algún malestar, aunque en grado menor que su madre, y ello hubiese bastado para confirmar mi opinión sobre -la resistencia habitual a la presión atmosférica. No estaba preparado para descubrir, al examinarlos atentamente, que gozaban de una excelente salud y que respiraban con toda soltura y perfecta regularidad, sin dar la menor señal de sufrimiento. No me quedó otra explicación posible que ir aún más allá de mi teoría y suponer que la atmósfera altamente rarificada que los envolvía no era quizá (como había dado por sentado) químicamente suficiente para la vida animal, y que una persona nacida en ese medio podría acaso inhalarla sin el menor inconveniente, mientras que al descender a los estratos más densas, en las proximidades de la tierra, soportaría torturas de naturaleza similar a las que yo acababa de padecer. Nunca he dejada de lamentar que un torpe accidente me privara en ese momento de mi pequeña familia de gatos, impidiéndome adelantar en el conocimiento del problema en cuestión. AL pasar la mano por la válvula, con un tazón de agua para la gata, se me enganchó la manga de la camisa en el lazo que sostenía la pequeña cesta y lo desprendió instantáneamente del botón donde estaba tomada. Si la cesta se hubiera desvanecido en el aire, no habría dejado de verla con mayor rapidez. No creo que haya pasado más de un décimo de segunda entre el instante en que se soltó y su desaparición. Mis buenos deseos la siguieron hasta tierra, pero, naturalmente, no tenía la menor esperanza de que la gata o sus hijos vivieran para contar lo que les había ocurrido.

»A las seis, noté que una gran porción del sector visible de la tierra se hallaba envuelta en espesa oscuridad, que siguió avanzando con gran rapidez hasta que, a las siete menos tinca, toda la superficie a la vista quedó cubierta por las tinieblas de la noche. Pero pasó mucho tiempo hasta que los rayos del sol poniente dejaron de iluminar el globo, y esta circunstancia, aunque claramente prevista, no dejó de producirme gran placer. Era evidente que por la mañana contemplaría el astro rey muchas horas antes que los ciudadanos de Rotterdam, a pesar de que se hallaban situados mucho más al este, y que así, día tras día, en proporción a la altura alcanzada, gozaría más y más tiempo de la luz solar. Me decidí por entonces a llevar un diario de viaje, registrando la crónica diaria de veinticuatro horas continuas, es decir, sin tomar en consideración el intervalo de oscuridad.

»A las diez, sintiendo sueño, resolví acostarme por el resto de la noche; pero entonces se me presentó una dificultad que, por más obvia que parezca, había escapado a mi atención. hasta el momento de que hablo. Si me ponía a dormir, como pensaba, ¿cómo regenerar entretanto la atmósfera de la cámara? Imposible respirar en ella por más de una hora, y, aunque este término pudiera extenderse a una hora y cuarto, se seguirían las más desastrosas consecuencias. La consideración de este dilema me preocupó seriamente, y apenas se me creó si digo que, después de todos los peligros que había enfrentado, el asunto me pareció tan grave como para renunciar a toda esperanza de llevar a buen fin mi designio y decidirme a iniciar el descenso.

»Mi vacilación, empero, fue sólo momentánea. Reflexioné que el hombre es esclavo de la costumbre y que en la rutina de su existencia hay muchas cosas que se consideran esenciales, y que lo son tan sólo porque se han convertido en hábitos. Ciertamente que no podía pasarme sin dormir; pero fácilmente me acostumbraría, sin inconveniente alguno, a despertar de hora en hora en el curso de mi descanso. Sólo se requerirían cinco minutos como máximo para renovar por completo la atmósfera de la cámara, y la única dificultad consistía en hallar un método que me permitiera despertar cada vez en el momento requerido.

»Confieso que esta cuestión me resultó sumamente difícil. Conocía, por supuesto, la historia del estudiante que, para evitar quedarse dormido sobre el libro, tenía en la mano una bola de cobre, cuya caída en un recipiente del mismo metal colocado en el suelo provocaba un estrépito suficiente para despertarlo si se dejaba vencer por la modorra. Pero mi caso era muy distinto y no me permitía acudir a ningún expediente parecido; no se trataba de mantenerme despierto, sino de despertar a intervalos regulares. Al final di con un medio que, por simple que fuera, me pareció en aquel momento de tanta importancia como la invención del telescopio, la máquina de vapor o la imprenta.

»Necesario es señalar en primer término que, a la altura alcanzada, el globo continuaba su ascensión vertical de la manera más serena, y que la barquilla lo acompañaba con una estabilidad tan perfecta que hubiera resultado imposible registrar en ella la más leve oscilación. Esta circunstancia me favoreció grandemente para la ejecución de mi proyecto. La provisión de agua se hallaba contenida en cuñetes de cinco galones cada uno, atados firmemente en el interior de la barquilla. Solté uno de ellos y, tomando dos sogas, las até a través del borde de mimbre de la barquilla, paralelamente y a un pie de distancia entre sí, para que formaran una especie de soporte sobre el cual puse el cuñete y lo fijé en posición horizontal.

»A unas ocho pulgadas por debajo de las cuerdas, y a cuatro pies del fondo de la barquilla, instalé otro soporte, pero éste de madera fina, utilizando el único trozo que llevaba a bordo. Coloqué sobre él, justamente debajo de uno de los extremos del cuñete, un pequeño pichel de barro. Practiqué luego un agujero en el extremo correspondiente del cuñete, al que adapté un tapón cónico de madera blanda. Empecé a ajustar y a aflojar el tapón hasta que, luego de algunas pruebas, conseguí el punto necesario para que el agua, rezumando del orificio y cayendo en el pichel de abajo, lo llenara hasta el borde en sesenta minutos. Esto último pude calcularlo fácilmente, observando hasta dónde se llenaba el recipiente en un período dado.

»Hecho esto, lo que queda por decir es obvio. Instalé mi cama en el piso de la barquilla, de modo tal que mi cabeza quedaba exactamente bajo la boca del pichel. Al cumplirse una hora, el pichel se llenaba por completo, y al empezar a volcarse lo hacía por la boca, situada ligeramente más abajo que el borde. Ni que decir que el agua, cayendo desde una altura de cuatro pies, me daba en la cara y me despertaba instantáneamente del más profundo sueño.

»Eran ya las once cuando completé mis preparativos y me acosté en seguida, lleno de confianza en la eficacia de mi invento. No me defraudó, por cierto. Puntualmente fui despertado cada sesenta minutos por mi fiel cronómetro, y en cada oportunidad no olvidé vaciar el pichel en la boca del cuñete, a la vez que me ocupaba del condensador. Estas interrupciones regulares en mi sueño me causaron menos molestias de las que había previsto, y cuando me levanté al día siguiente eran ya las siete y el sol se hallaba a varios grados sobre la línea del horizonte.

»3 de abril.- El globo había alcanzado una inmensa altitud y la convexidad de la tierra podía verse con toda claridad. Por debajo de mí, en el océano, había un grupo de pequeñas manchas negras, indudablemente islas. Por encima, el cielo era de un negro azabache y se veían brillar las estrellas; esto ocurría desde el primer día de vuelo. Muy lejos, hacia el norte, percibí una línea muy fina, blanca y sumamente brillante, en el borde mismo del horizonte, y no vacilé en suponer que se trataba del borde austral de los hielos del mar polar. Mi curiosidad se avivó, pues confiaba en avanzar más hacia el norte, y quizá en un momento dado quedara colocado justamente sobre el polo. Lamenté que mi grandísima elevación impidiera en este caso hacer observaciones detalladas; pero de todas maneras cabía cerciorarse de muchas cosas.

»Nada de extraordinario ocurrió durante el día. Los instrumentos funcionaron perfectamente y el globo continuó su ascenso sin que se notara la menor vibración. Hacía mucho frío, que me obligó a ponerme un abrigado gabán. Cuando la oscuridad cubrió la

tierra me acosté, aunque la luz del sol siguió brillando largas horas en mí vecindad inmediata. El reloj de agua se mostró puntual y dormí hasta la mañana siguiente, con las interrupciones periódicas ya señaladas.

»4 de abril.- Me levanté lleno de salud y buen ánimo y quedé asombrado al ver el extraño cambio que se había producido en el aspecto del océano. En vez del azul profundo que mostraba el día anterior, era ahora de un blanco grisáceo y de un brillo insoportable. La convexidad del océano era tan marcada; que la masa de agua más distante parecía estar cayendo bruscamente en el abismo del horizonte; por un momento me quedé escuchando si se percibían los ecos de aquella inmensa catarata. Las islas no eran ya visibles; no podría decir si habían quedado por debajo del horizonte, hacia el sur, o si la creciente elevación impedía distinguirlos. Me inclinaba, sin embargo, a esta última hipótesis. El borde de hielo al norte se divisaba cada vez con mayor claridad. El frío disminuyó sensiblemente. No ocurrió nada de importancia y pasé el día leyendo, pues había tenido la precaución de proveerme de libros.

»5 de abril.- Asistí al singular fenómeno de la salida del sol, mientras casi toda la superficie visible de la tierra seguía envuelta en tinieblas. Pero luego la luz se extendió sobre la superficie y otra vez distinguí la línea del hielo hacia el norte. Se veía muy claramente y su coloración era mucho más oscura que la de las aguas oceánicas. No cabía dudar de que me estaba aproximando a gran velocidad. Me pareció distinguir nuevamente una línea de tierra hacia el este y también otra al oeste, pero sin seguridad. Tiempo moderado. Nada importante sucedió durante el día. Me acosté temprano.

»6 de abril.- Tuve la sorpresa de descubrir el borde de hielo a una distancia bastante moderada, mientras un inmenso campo helado se extendía hasta el horizonte. Era evidente que si el globo mantenía su rumbo actual, no tardaría en situarse sobre el océano polar ártico, y daba casi por descontado que podría distinguir el polo. Durante todo el día continuamos aproximándonos a la zona del hielo. Al anochecer los límites de mi horizonte se ampliaron súbitamente, lo cual se debía, sin duda, a la forma esferoidal achatada de la tierra, y a mi llegada a la parte más chata en las vecindades del círculo ártico. Cuando la oscuridad terminó de envolvernos me acosté lleno de ansiedad, temeroso de que pasáramos por encima de lo que tanto deseaba observar sin que fuera posible hacerlo.

»7 de abril.- Me levanté temprano y con gran alegría pude observar finalmente el Polo Norte, pues no podía dudar de que lo era. Estaba allí, justamente debajo del aeróstato; pero, ¡ay!, la altitud alcanzada por éste era tan enorme que nada podía distinguirse en detalle. A juzgar por la progresión de las cifras indicadoras de las distintas altitudes en los diferentes períodos desde las seis a. m. del dos de abril hasta las nueve menos veinte a. m. del mismo día (hora en la cual el barómetro llegó a su límite), podía inferirse que en este momento, a las cuatro de la mañana del siete de abril, el globo había alcanzado una altitud no menor de 7.254 millas sobre el nivel del mar. Esta elevación puede parecer inmensa, pero el cálculo sobre el cual la había basado era probablemente muy inferior a la verdad. Sea como fuere, en ese instante me era dado contemplar la totalidad del diámetro mayor de la tierra; todo el hemisferio norte se extendía por debajo de mí como una carta en proyección ortográfica; el gran círculo del ecuador constituía el límite de mi horizonte. Empero, vuestras Excelencias pueden fácilmente imaginar que las regiones hasta hoy inexploradas que se extienden más allá del círculo polar ártico, si bien se hallaban situadas debajo del globo y, por tanto, sin la menor deformación, eran demasiado pequeñas relativamente y estaban a una distancia demasiado enorme del punto de vista como para que mi examen alcanzara una gran precisión.

»Lo que pude ver, empero, fue tan singular como excitante. Al norte del enorme borde de hielos ya mencionado, y que de manera general puede ser calificado como el límite de los descubrimientos humanos en esas regiones, continúa extendiéndose una capa de hielo ininterrumpida (o poco menos). En su primera parte, la superficie es muy llana, hasta

terminar en una planicie total y, finalmente, en una concavidad que llega hasta el mismo polo, formando un centro circular claramente definido, cuyo diámetro aparente subtendía con respecto al globo un ángulo de unos sesenta y cinco segundos, y cuya coloración sombría, de intensidad variable, era más oscura que cualquier otro punto del hemisferio visible, llegando en partes a la negrura más absoluta. Fuera de esto, poco alcanzaba a divisarse. Hacia mediodía, el centro circular había disminuido en circunferencia, y a las siete p. m. lo perdí de vista, pues el globo sobrepasó el borde occidental del hielo y flotó rápidamente en dirección del ecuador.

»8 de abril.- Noté una sensible disminución en el diámetro aparente de la tierra, aparte de una alteración en su color y su apariencia general. Toda el área visible participaba en grados diferentes de una coloración amarillo pálido, que en ciertas partes llegaba a tener una brillantez que hacía daño a la vista. Mi radio visual se veía, además, considerablemente estorbado, pues la densa atmósfera contigua a la tierra estaba cargada de nubes, entre cuyas masas sólo alcanzaba a divisar aquí y allá jirones de la tierra. Estas dificultades para la visión directa me habían venido molestando más o menos durante las últimas cuarenta y ocho horas, pero mi enorme altitud actual hacía que las masas de nubes se juntaran, por así decirlo, y el obstáculo se volvía más y más palpable en proporción a mi ascenso. Pude notar fácilmente, empero, que el globo sobrepasaba la serie de los grandes lagos de Norteamérica, y que seguía un curso hacia el sur que pronto me aproximaría a los trópicos. Esta circunstancia no dejó de llenarme de satisfacción y la saludé como un augurio favorable de mi triunfo final. Por cierto que la dirección seguida hasta ahora me había inquietado mucho, pues era evidente que si se mantenía por más tiempo no me daría posibilidad alguna de llegar a la luna, cuya órbita se halla inclinada con respecto a la eclíptica en un ángulo de tan sólo $5^{\circ} 8' 48''$. Por más raro que parezca, sólo en los últimos días empecé a comprender el gran error que había cometido al no tomar como punto de partida desde la tierra algún lugar en el plano de la elipse lunar.

»9 de abril.- El diámetro terrestre apareció hoy grandemente disminuido, y - el color de la superficie adquiría de hora en hora un matiz más amarillento. El globo mantuvo su rumbo al sur y llegó a las nueve p. m. al borde septentrional del golfo de México.

»10 de abril.- Hacia las cinco de la mañana fui bruscamente despertado por un estrépito, semejante a un terrible crujido, que no alcancé a explicarme. Duró muy poco, pero me bastó oírlo para comprender que no se parecía a nada que hubiera escuchado previamente en la tierra. Inútil decir que me alarmé muchísimo, atribuyendo aquel ruido a la explosión del globo. Examiné atentamente los instrumentos sin descubrir nada anormal. Pasé gran parte del día meditando sobre un hecho tan extraordinario, pero no me fue posible arribar a ninguna explicación. Me acosté insatisfecho, en un estado de gran ansiedad y agitación.

»11 de abril.- Descubrí una sorprendente disminución en el diámetro aparente de la tierra y un considerable aumento, observable por primera vez, del de la luna, que alcanzaría su plenitud pocos días más tarde. A esta altura se requería una prolongada y extenuante labor para condensar suficiente aire atmosférico respirable en la cámara.

»12 de abril.- Una singular alteración se produjo en la dirección del globo, y, aunque la había anticipado en todos sus detalles, me causó la más grande de las alegrías. Habiendo alcanzado, en su rumbo anterior, el paralelo veinte de latitud sur, el globo cambió súbitamente de dirección, volviéndose en ángulo agudo hacia el este, y así continuó durante el día, manteniéndose muy cerca del plano exacto de la elipse lunar. Merece señalarse que, como consecuencia de este cambio de ruta, se produjo una perceptible oscilación de la barquilla, la cual se mantuvo con mayor o menor intensidad durante muchas horas.

»13 de abril. Volví a alarmarme seriamente por la repetición del violento ruido crujiente que tanto me había aterrorizado el día 10. Pensé mucho en esto, sin alcanzar una

conclusión satisfactoria. El diámetro aparente de la tierra decreció muchísimo y subtendía desde el globo un ángulo de poco más de veinticinco grados. No se veía la luna, por hallarse casi en mi cenit. Seguimos en el plano de la elipse, pero avanzando muy poco hacia el este.

»14 de abril.- Rapidísimo decrecimiento del diámetro de la tierra. Hoy me sentí fuertemente impresionado por la idea de que el globo recorrería la línea de los ápsides hacia el punto del perigeo; en otras palabras, que seguía la ruta directa que lo llevaría inmediatamente a la luna en aquella parte de su órbita más cercana a la tierra. La luna misma se hallaba inmediatamente sobre mí y, por lo tanto, oculta a mis ojos. Tuve que trabajar dura y continuamente para condensar la atmósfera.

»15 de abril.- Ni siquiera los perfiles de los continentes y los mares podían trazarse ya con claridad en la superficie de la tierra. Hacia las doce escuché por tercera vez el horroroso sonido que tanto me había asombrado. Pero ahora continuaba cada vez con más intensidad. Por fin, mientras estupefacto y aterrado aguardaba de segundo en segundo no sé qué espantoso aniquilamiento, la barquilla vibró violentamente y una masa gigantesca e inflamada de un material que no pude distinguir pasó con un fragor de cien mil truenos a poca distancia del globo.

»Cuando mi temor y mi estupefacción se hubieron disipado un tanto, poco me costó imaginar que se trataba de algún enorme fragmento volcánico proyectado desde aquel mundo al cual me acercaba rápidamente; con toda probabilidad era una de esas extrañas masas que suelen recogerse en la tierra y que a falta de mejor explicación se denominan meteoritos.

»16 de abril.- Mirando hacia arriba lo mejor posible, es decir, por todas las ventanillas alternativamente, contemplé con grandísima alegría una pequeña parte del disco de la luna que sobresalía por todas partes de la enorme circunferencia de mi globo. Una intensa agitación se posesionó de mí, pues pocas dudas me quedaban de que pronto llegaría al término de mi peligroso viaje. El trabajo ocasionado por el condensador había alcanzado un punto máximo y casi no me concedía un momento de descanso. A esta altura no podía pensar en dormir. Me sentía muy enfermo, y todo mi cuerpo temblaba a causa del agotamiento. Era imposible que una naturaleza humana pudiese soportar por mucho más tiempo un sufrimiento tan grande. Durante el brevísimo intervalo de oscuridad, un meteorito pasó nuevamente cerca del globo, y la frecuencia de estos fenómenos me causó no poca aprensión.

»17 de abril.- Esta mañana hizo época en mi viaje. Se recordará que el 13 la tierra subtendía un ángulo de veinticinco grados. El 14, el ángulo disminuyó mucho; el 15 se observó un descenso aún más notable, y al acostarme, la noche del 16, verifiqué que el ángulo no pasaba de los siete grados y quince minutos. ¡Cuál habrá sido entonces mi asombro al despertar de un breve y penoso sueño, en la mañana de este día, y descubrir que la superficie por debajo de mí había aumentado súbita y asombrosamente de volumen, al punto de que su diámetro aparente subtendía un ángulo no menor de treinta y nueve grados! Me quedé como fulminado. Ninguna palabra podría expresar el infinito, el absoluto horror y estupefacción que me poseyeron y me abrumaron. Sentí que me temblaban las rodillas, que me castañeteaban los dientes, mientras se me erizaba el cabello. ¡Entonces... el globo había reventado! Fue la primera idea que corrió por mi mente. ¡El globo había reventado... y estábamos cayendo, cayendo, con la más impetuosa e incalculable velocidad! ¡A juzgar por la inmensa distancia tan rápidamente recorrida, no pasarían más de diez minutos antes de llegar a la superficie del orbe y hundirme en la destrucción!

»Pero, a la larga, la reflexión vino en mi auxilio. Me serené, reflexioné y empecé a dudar. Aquello era imposible. De ninguna manera podía haber descendido a semejante velocidad. Además, si bien me estaba acercando a la superficie situada por debajo, no cabía duda de que la velocidad del descenso era infinitamente menor de la que había

imaginado. Esta consideración sirvió para calmar la perturbación de mis facultades y logré finalmente enfrentar el fenómeno desde un punto de vista racional. Comprendí que el asombro me había privado w gran medida de mis sentidos, pues no había sido capaz de apreciar la enorme diferencia entre aquella superficie situada por debajo de mí y la de la madre tierra. Esta última se hallaba ahora sobre mi cabeza, completamente oculta por el globo, mientras la luna -la luna en toda su gloria - se tendía debajo de mí y a mis pies.

»El estupor y la sorpresa que me había producido aquel extraordinario cambio de situaciones fueron quizá lo menos explicable de mi aventura, pues el bouleversement en cuestión no sólo era tan natural como inevitable, sino que lo había previsto mucho antes, sabiendo que debería producirse cuando llegara al punto exacto del viaje donde la atracción del planeta fuera superada por la atracción del satélite -o, más precisamente, cuando la gravitación del globo hacia la tierra fuese menos poderosa que su gravitación hacia la luna. Ocurrió, sin duda, que desperté de un profundo sueño con todos los sentidos embotados, viéndome frente a un fenómeno que, si bien previsto, no lo estaba en ese momento mismo. En cuanto a mí cambio de posición, debió producirse de manera tan gradual como serena; de haber estado despierto en el momento en que tuvo lugar, es dudoso que me hubiera dado cuenta por alguna señal interna, vale decir por alguna irregularidad o trastorne de mi persona o de mis instrumentos.

»Resulta casi inútil decir que, apenas hube comprendido la verdad y superada el terror que había absorbido todas las facultades de mi espíritu, concentré por completo mi atención en la apariencia física de la luna. Se extendía por debajo de mi como un mapa, y, aunque comprendí que se hallaba aún a considerable distancia, los detalles de su superficie se me ofrecían con una claridad tan asombrosa como inexplicable. La ausencia total de océanos o mares e incluso de lagos y ríos me pareció a primera vista el rasgo más extraordinario de sus características geológicas. Y, sin embargo, por raro que parezca, advertí vastas regiones llanas de carácter decididamente aluvial, si bien la mayor parte del hemisferio se hallaba cubierto de innumerables montañas volcánicas de forma cónica que daban una impresión de protuberancias artificiales antes que naturales. La más alta no pasaba de tres millas y tres cuartos, pero un mapa de los distritos volcánicos de los Campos Flegreos proporcionaría a vuestras Excelencias una idea más clara de aquella superficie general que cualquier descripción insuficiente intentada aquí. La mayoría de aquellos volcanes estaban en erupción y me dieron a entender terriblemente su furia y su potencia con los repetidos truenos de los mal llamados meteoritos, que subían en línea recta hasta el globo con una frecuencia más y más aterradora.

»18 de abril.- Comprobé hoy un enorme aumento de la masa lunar, y la velocidad evidentemente acelerada de mi descenso comenzó a llenarme de alarma. Se recordará que en las primeras etapas de mis especulaciones sobre la posibilidad de llegar a la luna, había contado en mis cálculos con la existencia de una atmósfera alrededor de ésta, cuya densidad fuera proporcionada a la masa del planeta; todo ello a pesar de las numerosas teorías contrarias, y cabe agregar, de la incredulidad general sobre la existencia de una atmósfera lunar. Pero además de lo que ya he indicado a propósito del cometa de Encke y la luz zodiacal, mi opinión se había visto vigorizada por ciertas observaciones de Mr. Schroeter, de Lilienthal. Este sabio observó la luna de dos días y medio, poco después de ponerse el sol, antes de que la parte oscurecida se hiciera visible, y continuó observándola hasta que fue perceptible. Los dos cuernos parecían afilarse en una ligera prolongación y mostraban su extremo débilmente iluminado por los rayos del sol antes de que cualquier parte del hemisferio en sombras fuera visible. Poco después, todo el borde sombrío se aclaró. Esta prolongación de los cuernos más allá del semicírculo debía provenir, según pensé, de la refracción de los rayos solares por la atmósfera de la luna. Calculé también que la altura de la atmósfera (capaz de refractar en el hemisferio en sombras suficiente luz para producir un crepúsculo más luminoso que la luz reflejada por la tierra cuando la luna se halla a unos 32° de su conjunción) era de 1.356 pies; de

acuerdo con ello, supuse que la altura máxima capaz de refractar los rayos solares debía ser de 5.376 pies.

»Mis ideas sobre este tópico se habían visto asimismo confirmadas por un pasaje del volumen ochenta y dos de las Actas Filosóficas, donde se afirma que durante una ocultación de los satélites de Júpiter por la luna, el tercero desapareció después de haber sido indiscernible durante uno o dos segundas, y que el cuarto dejó de ser visible cerca del limbo.

»Está de más decir que confiaba plenamente en la resistencia o, mejor dicho, en el sostén de una atmósfera cuya densidad había supuesto, a fin de llegar sano y salvo a la luna. Si al fin y al cabo me había equivocado, no podía esperar otra cosa que terminar mi aventura haciéndome mil pedazos contra la rugosa superficie del satélite. No me faltaban razones para sentirme aterrorizado. La distancia que me separaba de la luna era comparativamente insignificante, en tanto que el trabajo que me daba el condensadas no había disminuido en absoluto y no advertía la menor indicación de que el enrarecimiento del aire comenzara a disminuir.

»19 de abril.- Esta mañana, para mi gran alegría, cuando la superficie de la luna estaba aterradoramente cerca y mis temores llegaban a su colmo noté, a las nueve, que la bomba del condensador daba señales evidentes de una alteración en la atmósfera. A las diez, tenía ya razones para creer que la densidad había aumentado considerablemente. A las once, poco trabajo se requería en el aparato, y a las doce, después de vacilar un rato, me atreví a soltar el torniquete y, notando que nada desagradable ocurría, abrí finalmente la cámara de goma y la arrollé a los lados de la barquilla.

»Como cabía esperar, un violento dolor de cabeza acompañado de espasmos fue la inmediata consecuencia de tan precipitado y peligroso experimento. Pero aquellos trastornos y la dificultad para respirar no eran tan grandes como para hacer peligrar mi vida, y decidí soportarlos lo mejor posible, en la seguridad de que desaparecerían apenas llegáramos a las capas inferiores más densas. Empero nuestra aproximación a la luna continuaba a una enorme velocidad, y pronto me di cuenta, con alarma, de que si bien no me había engañado al suponer una atmósfera de densidad proporcionada a la masa del satélite, me había equivocado al creer que dicha densidad, aun la más próxima a la superficie, sería capaz de sostener el gran peso de la barquilla del aeróstato. Así debería haber sido y en grado igual que en la superficie terrestre, suponiendo la pesantez de los cuerpos en razón de la condensación atmosférica en cada planeta. Pero no era así, sin embargo, como bien se veía por mi precipitada caída; y el por qué de ello sólo puede explicarse con referencia a las posibles perturbaciones geológicas a las cuales ya me he referido.

»Sea como fuere, estaba muy cerca del planeta, bajando a una velocidad terrible. No perdí un instante, pues, en tirar por la borda el lastre, luego los cuñetes de agua, el aparato condensador y la cámara de caucho, y por fin todo lo que contenía la barquilla. Pero de nada me sirvió. Continuaba descendiendo a una terrible velocidad y me hallaba a penas a media milla del suelo. Como último recurso, y después de arrojar mi chaqueta, sombrero y botas, acabé cortando la barquilla misma, que era sumamente pesada; y así, colgado con ambas manos de la red, tuve apenas tiempo de observar que toda la región hasta donde alcanzaban mis miradas estaba densamente poblada de pequeñas construcciones, antes de caer de cabeza en el corazón de una fantástica ciudad, en el centro de una enorme multitud de pequeños y feísimos seres que, en vez de preocuparse en lo más mínimo por auxiliarme, se quedaron como un montón de idiotas, sonriendo de la manera más ridícula y mirando de reojo al globo y a mí mismo. Alejándome desdeñosamente de ellos, alcé los ojos al cielo para contemplar la tierra que tan poco antes había abandonado, acaso para siempre, y la vi como un enorme y sombrío escudo de bronce, de dos grados de diámetro, inmóvil en el cielo y guarnecida en uno de sus bordes con una medialuna del oro más brillante. Imposible descubrir la más leve señal de

continentes o mares; el globo aparecía lleno de manchas variables, y se advertían, como si fuesen fajas, las zonas tropicales y ecuatoriales.

»Así, con permiso de vuestras Excelencias, luego de una serie de grandes angustias, peligros jamás oídos y escapatorias sin paralela, llegué por fin sano y salvo, a los diecinueve días de mi partida de Rotterdam, al fin del más extraordinario de los viajes, y el más memorable jamás cumplido, comprendido a imaginado por ningún habitante de la tierra. Pero mis aventuras están aún por relatar. Y bien imaginarán vuestras Excelencias que, después de una residencia de cinco años en un planeta no sólo muy interesante por sus características propias, sino doblemente interesante por su íntima conexión, en calidad de satélite, con el mundo habitado por el hombre, me hallo en posesión de conocimientos destinados confidencialmente al Colegio de Astrónomos del Estado, y harto más importante que los detalles, por maravillosos que sean, del viaje tan felizmente concluido.

»He aquí, en una palabra, la cuestión. Tengo muchas, muchísimas cosas que daría a conocer con el mayor gusto; mucho que decir del clima del planeta; de sus maravillosas alternancias de calor y frío; de la ardiente y despiadada luz solar que dura una quincena, y la frigidez más que polar que domina en la siguiente; del constante traspaso de humedad, por destilación semejante a la que se practica al vacío, desde el punto situado debajo del sol al punto más alejado del mismo; de una zona variable de agua corriente; de las gentes en sí; de sus maneras, costumbres e instituciones políticas; de su peculiar constitución física; de su fealdad; de su falta de orejas, apéndices inútiles en una atmósfera a tal punto modificada; de su consiguiente ignorancia del uso y las propiedades del lenguaje; de sus ingeniosos medios de intercomunicación, que lo reemplazan; de la incomprensible conexión entre cada individuo de la luna con algún individuo de la tierra, conexión análoga y sometida a la de las esferas del planeta y el satélite, y por medio de la cual la vida y los destinos de los habitantes del uno están entretnejidos con la vida y los destinos de los habitantes del otro; y, por sobre todo, con permiso de vuestras Excelencias, de los negros y horrendos misterios existentes en las regiones exteriores de la luna, regiones que, debido a la casi milagrosa concordancia de la rotación del satélite sobre su eje con su revolución sideral en torno a la tierra, jamás han sido expuestas, y nunca lo serán si Dios quiere, al escrutinio de los telescopios humanos. Todo esto y más, mucho más, me sería grato detallar. Pero, para ser breve, debo recibir mi recompensa. Ansío volver a mi familia y a mi hogar, y, como precio de la luz que está en mi mano arrojar sobre importantísimas ramas de la ciencia física y metafísica, me permito solicitar, por intermedio de vuestra honorable corporación, que me sea perdonado el crimen que cometí al partir de Rotterdam, o sea la muerte de mis acreedores. Tal es el motivo de esta comunicación. Su portador, un habitante de la luna a quien he persuadido y adiestrado para que sea mi mensajero en la tierra, esperará la decisión que plazca a vuestras excelencias, y retornará trayéndome el perdón solicitado, si es posible obtenerlo.

»Tengo el honor de saludar respetuosamente a vuestras excelencias.

»Vuestro humilde servidor,

Hans Pfaall.»

Se afirma que, al concluir la lectura de este extraordinario documento, el profesor Rubadub dejó caer al suelo su pipa, en el colmo de la sorpresa, mientras Mynheer Superbus Von Underduk, luego de quitarse los anteojos, limpiarlos y ponérselos en el bolsillo, olvidaba su dignidad al punto de girar tres veces sobre sus talones, en una quintaesencia de asombro y admiración. No cabía la menor duda: el perdón sería acordado. Así lo decidió redondamente el profesor Rubadub, y así lo pensó finalmente el ilustre Von Underduk, mientras tomaba del brazo a su colega y, sin decir palabra, se lo llevaba a su casa para deliberar sobre las medidas que convendría adoptar. Ya en la puerta de la casa del burgomaestre, el profesor se atrevió a decir que, como el mensajero

había considerado prudente desaparecer -asustado mortalmente, sin duda, por la salvaje apariencia de los burgueses de Rotterdam--, de muy poco serviría el perdón, ya que sólo un selenita se atrevería a intentar un viaje semejante. El burgomaestre convino en la verdad de esta observación, y el asunto quedó finiquitado. Pero no pasó lo mismo con los rumores y las conjeturas. Una vez publicada, la carta dio origen a toda clase de murmuraciones y pareceres. Algunos que se pasaban de listos quedaron en ridículo al afirmar que aquello era una superchería. Pero entre gentes así, todo lo que excede el nivel de su comprensión es siempre una superchería.

Por mi parte no alcanzo a imaginar en qué se fundaban para sostener semejante acusación. Veamos lo que decían:

Primero: Que ciertos bromistas de Rotterdam tenían especial antipatía a ciertos burgomaestres y astrónomos.

Segundo: Que un enano de extraño aspecto, de profesión malabarista, a quien le faltaban las orejas por haberle sido cortadas en castigo de algún delito, había desaparecido de su casa, en la vecina ciudad de Brujas.

Tercero: Que los periódicos que forraban por completo el pequeño, globo eran periódicos holandeses y, por tanto, no podían proceder de la luna. Eran papeles sucios, sumamente sucios, y Gluck, el impresor hubiera Jurado por la Biblia que habían sido impresos en Rotterdam.

Cuarto: Que el muy malvado borracho de Hans Pfaall en persona, y los tres holgazanes que llama sus acreedores, habían sido vistos no hace más de dos o tres días en una taberna de los suburbios, al regresar con dinero en los bolsillos de un viaje de ultramar.

Finalmente: Que existía una opinión general, o que debería serlo, según la cual el Colegio de Astrónomos de la ciudad de Rotterdam, al igual que todos los otros colegios parecidos del mundo -para no mencionar a los colegios y astrónomos en general -, no era ni mejor, ni más grande, ni más sabio de lo que hubiera debido ser.

LA CONVERSACIÓN DE EIROS Y CHARMION

Te traeré el fuego.

(Eurípides, Andrómaca)

Eiros.- ¿Por qué me llamas Eiros?

Charmion.- Así te llamarás desde ahora y para siempre. A tu vez, debes olvidar mi nombre terreno y llamarme Charmion.

Eiros.- ¡Esto no es un sueño!

Charmion.- Ya no hay sueños entre nosotros; pero dejemos para después estos misterios. Me alegro de verte dueño de tu razón, y tal como si estuvieras vivo. El velo de la sombra se ha apartado ya de tus ojos. Ten ánimo y nada temas. Los días de sopor que te estaban asignados se han cumplido, y mañana te introduciré ya mismo en las alegrías y las maravillas de tu nueva existencia.

Eiros.- Es verdad, el sopor ha pasado. El extraño vértigo y la terrible oscuridad me han abandonado, y ya no oigo ese sonido enloquecedor, turbulento, horrible, semejante a «la voz de muchas aguas». Y sin embargo, Charmion, mis sentidos están perturbados por esta penetrante percepción de lo nuevo.

Charmion.- Eso cesará en pocos días, pero comprendo muy bien lo que sientes. Hace ya diez años terrestres que pasé por lo que pasas tú y, sin embargo, su recuerdo no me abandona. Empero ya has sufrido todo el dolor que sufrirás en Aidenn.

Eiros.- ¿En Aidenn?

Charmion.- En Aidenn.

Eiros.- ¡Oh, Dios! ¡Charmion, apiádate de mí! Me siento agobiado por la majestad de todas las cosas... de lo desconocido de pronto revelado... del Futuro, una conjetura fundida en el augusto y cierto Presente.

Charmion.- No te empeñes por ahora en pensar de esa manera. Mañana hablaremos de ello. Tu mente vacila, y encontrará alivio a su agitación en el ejercicio de los simples recuerdos. No mires alrededor, ni hacia adelante; mira hacia atrás. Ardo de ansiedad por conocer los detalles del prodigioso acontecer que te ha traído entre nosotros. Cuéntame. Hablemos de cosas familiares, en el viejo lenguaje familiar del mundo que tan espantosamente ha perecido.

Eiros.- ¡Oh,- sí, espantosamente! ¡Esto no es un sueño!

Charmion.- No hay más sueños. Eiros mío, ¿fui muy llorada?

Eiros.- ¿Llorada, Charmion? ¡Oh, cuán llorada! Hasta aquella última hora cernióse sobre tu casa una nube de profunda pena y devota tristeza.

Charmion.- Y esa última hora... -háblame de ella. Recuerda que, fuera del hecho en sí de la catástrofe, nada sé. Cuando abandoné la humanidad, entrando en la Noche a través de la Tumba, en ese período, si recuerdo bien, la calamidad que os abrumó era por completo insospechada. Cierto es que poco conocía yo la filosofía especulativa de entonces.

Eiros.- Como has dicho, aquella calamidad era enteramente insospechada, pero desgracias análogas habían dado a los astrónomos motivo de discusión. Apenas necesito decirte, amiga mía, que ya cuando nos dejaste los hombres coincidían en interpretar los pasajes de las muy santas escrituras que hablan de la destrucción final de todas las cosas por el fuego, como referidos solamente al globo terráqueo. Las especulaciones, empero, sobre la causa inmediata del fin, no llegaban a ninguna conclusión desde la época en que la ciencia astronómica había despojado a los cometas del terrible carácter incendiario que antes se les atribuía. Bien establecida se hallaba la escasa densidad de aquellos cuerpos celestes. Se los había observado pasar entre los satélites de Júpiter, sin que produjeran ninguna alteración sensible en las masas o las órbitas de aquellos planetas secundarios. Hacía mucho que considerábamos a esos errabundos como creaciones vaporosas de inconcebible tenuidad, incapaces de dañar nuestro macizo globo aun en el caso de un choque directo. No sentíamos temor alguno de un contacto, pues los elementos de todos los cometas eran perfectamente conocidos. Hacía muchos años que se consideraba inadmisibles buscar entre ellos al agente de la destrucción por el fuego. Pero en aquellos días finales las conjeturas y las extravagantes fantasías abundaban, singularmente entre los hombres, y aunque el temor sólo asaltaba a unos pocos ignorantes, el anuncio de un nuevo cometa formulado por los astrónomos fue recibido con no sé qué agitación y desconfianza generales.

Los elementos del extraño astro fueron inmediatamente calculados, y todos los observadores coincidieron en que su paso, en el perihelio, lo aproximaría mucho a la tierra. Dos o tres astrónomos de renombre secundario sostuvieron resueltamente que el choque era inevitable. Imposible expresar el efecto de esta noticia en las gentes. Durante unos pocos días no quisieron creer en una afirmación que su inteligencia, tanto tiempo aplicada a consideraciones mundanas, no podía aprehender de ninguna manera. Pero la verdad de un hecho de importancia vital se abre paso en el entendimiento del más estólido.

Los hombres comprendieron finalmente que los astrónomos no mentían, y esperaron el cometa. Al principio su acercamiento no parecía muy rápido, y nada de insólito había en su aspecto. Era de un rojo oscuro, con una cola apenas perceptible. Durante siete u ocho días no advertimos ningún aumento en su diámetro aparente, y su color cambió muy poco. Entretanto los negocios ordinarios de la humanidad habían sido suspendidos y todos los intereses se concentraban en las discusiones científicas referentes á la

naturaleza del cometa. Aun los más ignorantes forzaban sus indolentes inteligencias para entenderlas. Y los sabios consagraron entonces su intelecto, su alma, no ya a aliviar los temores o a sostener sus amadas teorías, sino a buscar la verdad, a buscarla desesperadamente. Gemían en procura del conocimiento perfecto. La verdad se alzó en toda la pureza de su fuerza y de su excelsa majestad, y los sensatos se inclinaron y adoraron.

La opinión según la cual nuestro globo o sus habitantes sufrirían daños materiales de resultas del temible contacto, perdía diariamente fuerza entre los sabios, y a éstos les era dado ahora gobernar la razón y la fantasía de la multitud. Se demostró que la densidad del núcleo del cometa era mucho menor que la de nuestro gas más raro; el inofensivo pasaje de un visitante similar entre los satélites de Júpiter era argüido como un ejemplo convincente, capaz de calmar los temores. Los teólogos, con un celo inflamado por el miedo, insistían en la profecía bíblica, explicándola al pueblo con una precisión y una simplicidad que jamás se había visto antes. La destrucción final de la tierra se operaría por intervención del fuego; así lo enseñaban con un brío que imponía convicción por doquier; y el que los cometas no fueran de naturaleza ígnea (como todos sabían ahora) constituía una verdad que liberaba en gran medida de las aprensiones sobre la gran calamidad predicha. Es de hacer notar que los prejuicios populares y los errores del vulgo concernientes a las pestes y a las guerras -errores que antes prevalecían a cada aparición de un cometa - eran ahora completamente desconocidos. Como naciendo de un súbito movimiento convulsivo, la razón había destronado de golpe a la superstición. La más débil de las inteligencias extraía vigor del exceso de interés.

Los daños menores que pudieran resultar del contacto con el cometa eran tema de minuciosas discusiones. Los entendidos hablaban de ligeras perturbaciones geológicas, de probables alteraciones del clima y, por consiguiente, de la vegetación, aludiendo también a posibles influencias magnéticas y eléctricas. Muchos sostenían que los efectos no serían visibles ni apreciables. Y mientras las discusiones proseguían, su objeto se aproximaba gradualmente, aumentaba su diámetro y más brillante se volvía su color. La humanidad palidecía al verlo acercarse. Todas las actividades humanas estaban suspendidas.

La evolución de los sentimientos generales llegó a su culminación cuando el cometa hubo alcanzado por fin un tamaño que sobrepasaba toda aparición anterior. Desechando las últimas esperanzas de que los astrónomos se hubieran equivocado, los hombres sintieron la certidumbre del mal. Todo lo quimérico de sus terrores había desaparecido. El corazón de los más valientes de nuestra raza latía precipitadamente en su pecho. Y sin embargo bastaron pocos días para que aun esos sentimientos se fundieran en otros todavía más insoportables. Ya no podíamos aplicar a aquel extraño astro ninguna idea ordinaria. Sus atributos históricos habían desaparecido. Nos oprimía con una emoción espantosamente nueva. No lo veíamos como un fenómeno astronómico de los cielos, sino como un incubo sobre nuestros corazones y una sombra sobre nuestros cerebros. Con inconcebible rapidez había tomado la apariencia de un gigantesco manto de llamas muy tenues extendido de un horizonte al otro.

Pasó otro día, y los hombres respiraron con mayor libertad. No cabía duda de que nos hallábamos bajo la influencia del cometa, y sin embargo vivíamos. Hasta sentimos una insólita agilidad corporal y mental. La extraordinaria tenuidad del objeto de nuestro terror era ya aparente, pues todos los cuerpos celestes se percibían a través de él. Entretanto nuestra vegetación se había alterado sensiblemente y, como ello nos había sido pronosticado, cobramos aún más fe en la previsión de los sabios. Un follaje lujurioso, completamente desconocido hasta entonces, se desató en todos los vegetales.

Pasó otro día más... y la calamidad no nos había dominado todavía. Era evidente que el núcleo del cometa chocaría con la tierra. Un espantoso cambio se había operado en los hombres, y la primera sensación de dolor fue la terrible señal para las lamentaciones y el

espanto. Aquella primera sensación de dolor consistía en una rigurosa constricción del pecho y los pulmones, y una insoportable sequedad de la piel. Imposible negar que nuestra atmósfera estaba radicalmente afectada; su composición y las posibles modificaciones a que podía verse sujeta constituían ahora el tema de discusión. El resultado del examen produjo un estremecimiento eléctrico de terror en el corazón universal del hombre.

Se sabía desde hacía mucho que el aire que nos circundaba era un compuesto de oxígeno y nitrógeno, en proporción respectiva de veintiuno y setenta y nueve por ciento. El oxígeno, principio de la combustión y vehículo del calor, era absolutamente necesario para la vida animal, y constituía el agente más poderoso y enérgico en la naturaleza. El nitrógeno, por el contrario, era incapaz de mantener la vida animal y la combustión. Un exceso anómalo de oxígeno produciría, según estaba probado, una exaltación de los espíritus animales, tal como la habíamos sentido en esos días. Lo que provocaba el espanto era la extensión de esta idea hasta su límite. ¿Cuál sería el resultado de una extracción total del nitrógeno? Una combustión irresistible, devoradora, todopoderosa, inmediata: el cumplimiento total, en sus minuciosos y terribles detalles, de las llameantes y aterradoras anunciaciones de las profecías del Santo Libro.

¿Necesito pintarte, Charmion, el desencadenado frenesí de la humanidad? Aquella tenuidad del cometa que nos había inspirado previamente una esperanza era ahora la fuente de la más amarga desesperación. En su impalpable, gaseosa naturaleza percibíamos claramente la consumación del Destino. Y entretanto pasó otro día, llevándose con él la última sombra de la Esperanza. Jadeábamos en aquel aire rápidamente modificado. La sangre arterial batía tumultuosamente en sus estrechos canales. Un delirio furioso se había posesionado de todos los hombres y, con los brazos rígidamente tendidos hacia los cielos amenazantes, temblaban y clamaban. Pero el núcleo del destructor llegaba ya a nosotros; aun aquí, en el Aidenn, me estremezco al hablar. Déjame ser breve... breve como la destrucción que nos asoló. Durante un momento vimos una terrible, cárdena luz que penetraba en todas las cosas. Entonces... ¡inclinémonos, Charmion, ante la sublime majestad de Dios el grande!, entonces se alzó un clamoroso y penetrante sonido, tal como si brotara de Su boca, y toda la masa de éter, dentro de la cual existíamos, reventó instantáneamente en algo como una intensa llama roja, cuya insuperable brillantez y abrasante calor no tienen nombre, ni siquiera entre los ángeles del alto cielo del conocimiento puro. Así acabó todo.

UN DESCENSO AL MAELSTRÖM

Los caminos de Dios en la naturaleza y en la providencia no son como nuestros caminos; y nuestras obras no pueden compararse en modo alguno con la vastedad, la profundidad y la inescrutabilidad de Sus obras, que contienen en sí mismas una profundidad mayor que la del pozo de Demócrito.

(JOSEPH GLANVILL)

Habíamos alcanzado la cumbre del despeñadero más elevado. Durante algunos minutos, el anciano pareció demasiado fatigado para hablar.

-Hasta no hace mucho tiempo -dijo, por fin- podría haberlo guiado en este ascenso tan bien como el más joven de mis hijos. Pero, hace unos tres años, me ocurrió algo que jamás le ha ocurrido a otro mortal... o, por lo menos, a alguien que haya alcanzado a sobrevivir para contarlo; y las seis horas de terror mortal que soporté me han destrozado el cuerpo y el alma. Usted ha de creerme muy viejo, pero no lo soy. Bastó algo menos de

un día para que estos cabellos, negros como el azabache, se volvieran blancos; debilitáronse mis miembros, y tan frágiles quedaron mis nervios, que tiemblo al menor esfuerzo y me asusto de una sombra. ¿Creerá usted que apenas puedo mirar desde este pequeño acantilado sin sentir vértigo?

El «pequeño acantilado», a cuyo borde se había tendido a descansar con tanta negligencia que la parte más pesada de su cuerpo sobresalía del mismo, mientras se cuidaba de una caída apoyando el codo en la resbalosa arista del borde; el «pequeño acantilado», digo, alzábase formando un precipicio de negra roca reluciente, de mil quinientos o mil seiscientos pies, sobre la multitud de despeñaderos situados más abajo. Nada hubiera podido inducirme a tomar posición a menos de seis yardas de aquel borde. A decir verdad, tanto me impresionó la peligrosa postura de mi compañero que caí en tierra cuan largo era, me aferré a los arbustos que me rodeaban y no me atreví siquiera a mirar hacia el cielo, mientras luchaba por rechazar la idea de que la furia de los vientos amenazaba sacudir los cimientos de aquella montaña. Pasó largo rato antes de que pudiera reunir coraje suficiente para sentarme y mirar a la distancia.

-Debe usted curarse de esas fantasías -dijo el guía-, ya que lo he traído para que tenga desde aquí la mejor vista del lugar donde ocurrió el episodio que mencioné antes... y para contarle toda la historia con su escenario presente.

“Nos hallamos -agregó, con la manera minuciosa que distinguía-, nos hallamos muy cerca de la costa de Noruega, a los sesenta y ocho grados de latitud, en la gran provincia de Nordland, y en el distrito de Lodofen. La montaña cuya cima acabamos de escalar es Helseggen, la Nebulosa. Enderécese usted un poco... sujetándose a matas si se siente mareado... ¡Así! Mire ahora, más allá de la cintura de vapor que hay debajo de nosotros, hacia el mar.”

Miré, lleno de vértigo, y descubrí una vasta extensión oceánica, cuyas aguas tenían un color tan parecido a la tinta que me recordaron la descripción que hace el geógrafo nubio del Mare Tenebrarum. Ninguna imaginación humana podría concebir panorama más lamentablemente desolado. A derecha e izquierda, y hasta donde podía alcanzar la mirada, se tendían, como murallas del mundo, cadenas de acantilados horriblemente negros y colgantes, cuyo lúgubre aspecto veíase reforzado por la resaca, que rompía contra ellos su blanca y lívida cresta, aullando y rugiendo eternamente. Opuesta al promontorio sobre cuya cima nos hallábamos, y a unas cinco o seis millas dentro del mar, advertíase una pequeña isla de aspecto desértico; quizá sea más adecuado decir que su posición se adivinaba gracias a las salvajes rompientes que la envolvían. Unas dos millas más cerca alzábase otra isla más pequeña, horriblemente escarpada y estéril, rodeada en varias partes por amontonamientos de oscuras rocas.

En el espacio comprendido entre la mayor de las islas y la costa, el océano presentaba un aspecto completamente fuera de lo común. En aquel momento soplabo un viento tan fuerte en dirección a tierra, que un bergantín que navegaba mar afuera se mantenía a la capa con dos rizos, en la vela mayor, mientras la quilla se hundía a cada momento hasta perderse de vista; no obstante, el espacio a que he aludido no mostraba nada que semejara un oleaje embravecido, sino tan sólo un breve, rápido y furioso embate del agua en todas direcciones, tanto frente al viento como hacia otros lados. Tampoco se advertía espuma, salvo en la proximidad inmediata de las rocas.

-La isla más alejada -continuó el anciano- es la que los noruegos llaman Vurrgh. La que se halla a mitad de camino es Moskoe. A una milla al norte verá la de Ambaaren. Más allá se encuentran Islesen, Hotholm, Keildhelm, Suarven y Buckholm. Aún más allá -entre Moskoe y Vurrgh- están Otterholm, Flimen, Sandflesen y Stockholm. Tales son los verdaderos nombres de estos sitios; pero... ¿qué necesidad había de darles nombres? No lo sé, y supongo que usted tampoco... ¿Oye alguna cosa? ¿Nota algún cambio en el agua?

Llevábamos ya unos diez minutos en lo alto del Helseggen, al cual habíamos ascendido viniendo desde el interior de Lofoden, de modo que no habíamos visto ni una sola vez el mar hasta que se presentó de golpe al arribar a la cima. Mientras el anciano me hablaba, percibí un sonido potente y que crecía por momentos, algo como el mugir de un enorme rebaño de búfalos en una pradera americana; y en el mismo momento reparé en que el estado del océano a nuestros pies, que correspondía a lo que los marinos llaman picado, se estaba transformando rápidamente en una corriente orientada hacia el este. Mientras la seguía mirando, aquella corriente adquirió una velocidad monstruosa. A cada instante su rapidez y su desatada impetuosidad iban en aumento. Cinco minutos después, todo el mar hasta Vurrgh hervía de cólera incontrolable, pero donde esa rabia alcanzaba su ápice era entre Moskoe y la costa. Allí, la vasta superficie del agua se abría y trazaba en mil canales antagónicos, reventaba bruscamente en una convulsión frenética -encrespándose, hirviendo, silbando- y giraba en gigantescos e innumerables vórtices, y todo aquello se atorbellinaba y corría hacia el este con una rapidez que el agua no adquiere en ninguna otra parte, como no sea el caer en un precipicio.

En pocos minutos más, una nueva y radical alteración apareció en escena. La superficie del agua se fue nivelando un tanto y los remolinos desaparecieron uno tras otro, mientras prodigiosas fajas de espuma surgían allí donde antes no había nada. A la larga, y luego de dispersarse a una gran distancia, aquellas fajas se combinaron unas con otras y adquirieron el movimiento giratorio de los desaparecidos remolinos, como si constituyeran el germen de otro más vasto. De pronto, instantáneamente, todo asumió una realidad clara y definida, formando un círculo cuyo diámetro pasaba de una milla. El borde del remolino estaba representado por una ancha faja de resplandeciente espuma; pero ni la menor partícula de ésta resbalaba al interior del espantoso embudo, cuyo tubo, hasta donde la mirada alcanzaba a medirlo, era una pulida, brillante y tenebrosa pared de agua, inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados con relación al horizonte, y que giraba y giraba vertiginosamente, con un movimiento oscilante y tumultuoso, produciendo un fragor horrible, entre rugido y clamoreo, que ni siquiera la enorme catarata del Niágara lanza al espacio en su tremenda caída.

La montaña temblaba desde sus cimientos y oscilaban las rocas. Me dejé caer boca abajo, aferrándome a los ralos matorrales en el paroxismo de mi agitación nerviosa. Por fin, pude decir a mi compañero:

-¡Esto no puede ser más que el enorme remolino del Maelström!

-Así suelen llamarlo -repuso el viejo-. Nosotros los noruegos le llamamos el Moskoe-ström, a causa de la isla Moskoe.

Las descripciones ordinarias de aquel vórtice no me habían preparado en absoluto para lo que acababa de ver. La de Jonas Ramus, quizá la más detallada, no puede dar la menor noción de la magnificencia o el horror de aquella escena, ni tampoco la perturbadora sensación de novedad que confunde al espectador. No sé bien en qué punto de vista estuvo situado el escritor aludido, ni en qué momento; pero no pudo ser en la cima del Helseggen, ni durante una tormenta. He aquí algunos pasajes de su descripción que merecen, sin embargo, citarse por los detalles que contienen, aunque resulten sumamente débiles para comunicar una impresión de aquel espectáculo:

«Entre Lofoden y Moskoe -dice-, la profundidad del agua varía entre treinta y seis y cuarenta brazas; pero del otro lado, en dirección a Ver, la profundidad disminuye al punto de no permitir el paso de un navío sin el riesgo de que encalle en las rocas, cosa posible aun en plena bonanza. Durante la pleamar, las corrientes se mueven entre Lofoden y Moskoe con turbulenta rapidez, al punto de que el rugido de su impetuoso reflujó hacia el mar apenas podría ser igualado por el de las más sonoras y espantosas cataratas. El sonido se escucha a muchas leguas, y los vórtices o abismos son de tal tamaño y profundidad que si un navío es atraído por ellos se ve tragado irremisiblemente y arrastrado a la profundidad, donde se hace pedazos contra las rocas; cuando el agua se

sosiega, los pedazos del buque asoman a la superficie. Pero los intervalos de tranquilidad se producen solamente en los momentos del cambio de la marea y con buen tiempo; apenas duran un cuarto de hora antes de que recomience gradualmente su violencia. Cuando la corriente es más turbulenta y una tempestad acrecienta su furia resulta peligroso acercarse a menos de una milla noruega. Botes, yates y navíos han sido tragados por no tomar esa precaución contra su fuerza atractiva. Ocurre asimismo con frecuencia que las ballenas se aproximan demasiado a la corriente y son dominadas por su violencia; imposible resulta entonces describir sus clamores y mugidos mientras luchan inútilmente por escapar. Cierta vez, un oso que trataba de nadar de Lofoden a Moskoe fue atrapado por la corriente y arrastrado a la profundidad, mientras rugía tan terriblemente que se le escuchaba desde la costa. Grandes cantidades de troncos de abetos y pinos, absorbidos por la corriente, vuelven a la superficie rotos y retorcidos a un punto tal que no pasan de ser un montón de astillas. Esto muestra claramente que el fondo consiste en rocas aguzadas contra las cuales son arrastrados y frotados los troncos. Dicha corriente se regula por el flujo y reflujo marino, que se suceden constantemente cada seis horas. En el año 1645, en la mañana del domingo de sexagésima, la furia de la corriente fue tan espantosa que las piedras de las casas de la costa se desplomaban.»

Por lo que se refiere a la profundidad del agua, no me explico cómo pudo ser verificada en la vecindad inmediata del vórtice. Las «cuarenta brazas» tienen que referirse, indudablemente, a las porciones del canal linderas con la costa, sea de Moskoe o de Lofoden. La profundidad en el centro del Moskoe-ström debe ser inconmensurablemente grande, y la mejor prueba de ello la da la más ligera mirada que se proyecte al abismo del remolino desde la cima del Helseggen. Mientras encaramado en esta cumbre contemplaba el rugiente Flegetón allá abajo, no pude impedirme sonreír de la simplicidad con que el honrado Jonas Ramus consigna -como algo difícil de creer- las anécdotas sobre ballenas y osos, cuando rescata evidente que los más grandes buques actuales, sometidos a la influencia de aquella mortal atracción, serían el equivalente de una pluma frente al huracán y desaparecerían instantáneamente.

Las tentativas de explicar el fenómeno -que, en parte, según recuerda, me habían parecido suficientemente plausibles a la lectura- presentaban ahora un carácter muy distinto e insatisfactorio. La idea predominante consistía en que el vórtice, al igual que otros tres más pequeños situados entre las islas Ferroe, «no tiene otra causa que la colisión de las olas, que se alzan y rompen, en el flujo y reflujo, contra un arrecife de rocas y bancos de arena, el cual encierra las aguas al punto que éstas se precipitan como una catarata; así, cuanto más alta sea la marea, más profunda será la caída, y el resultado es un remolino o vórtice, cuyo prodigioso poder de succión es suficientemente conocido por experimentos hechos en menor escalan. Tales son los términos con que se expresa la Encyclopedia Britannica. Kircher y otros imaginan que en el centro del canal del Maelström hay un abismo que penetra en el globo terrestre y que vuelve a salir en alguna región remota (una de las hipótesis nombra concretamente el golfo de Botnial). Esta opinión, bastante gratuita en sí misma fue la que mi imaginación aceptó con mayor prontitud una vez que hube contemplado la escena. Pero al mencionarla a mi guía me sorprendió oírle decir que, si bien casi todos los noruegos compartían ese punto de vista, él no lo aceptaba. En cuanto a la hipótesis precedente, confesó su incapacidad para comprenderla, y yo le di la razón, pues, aunque sobre el papel pareciera concluyente, resultaba por completo ininteligible e incluso absurda frente al tronar de aquel abismo.

-Ya ha podido ver muy bien el remolino -dijo el anciano-, y si nos colocamos ahora detrás de esa roca al socaire, para que no nos moleste el ruido del agua, le contaré un relato que lo convencerá de que conozco alguna cosa sobre el Moskoe-ström.

Me ubiqué como lo deseaba y comenzó:

«-Mis dos hermanos y yo éramos dueños de un queche aparejado como una goleta, de unas setenta toneladas, con el cual pescábamos entre las islas situadas más allá de

Moskoe y casi hasta Vurrgh. Aprovechando las oportunidades, siempre hay buena pesca en el mar durante las mareas bravas, si se tiene el coraje de enfrentarlas; de todos los habitantes de la costa de Lofoden, nosotros tres éramos los únicos que navegábamos regularmente en la región de las islas. Las zonas usuales de pesca se hallan mucho más al sur. Allí se puede pescar a cualquier hora, sin demasiado riesgo, y por eso son lugares preferidos. Pero los sitios escogidos que pueden encontrarse aquí, entre las rocas no sólo ofrecen la variedad más grande, sino una abundancia mucho mayor, de modo que con frecuencia pescábamos en un solo día lo que otros más tímidos conseguían apenas en una semana. La verdad es que hacíamos de esto un lance temerario, cambiando el exceso de trabajo por el riesgo de la vida, y sustituyendo capital por coraje.

«Fondeábamos el queche en una caleta, a unas cinco millas al norte de esta costa, y cuando el tiempo estaba bueno, acostumbrábamos aprovechar los quince minutos de tranquilidad de las aguas para atravesar el canal principal de Moskoe-ström, mucho más arriba del remolino, y anclar luego en cualquier parte cerca de Otterham o Sandflesen, donde las mareas no son tan violentas. Nos quedábamos allí hasta que faltaba poco para un nuevo intervalo de calma, en que poníamos proa en dirección a nuestro puerto. Jamás iniciábamos una expedición de este género sin tener un buen viento de lado tanto para la ida como para el retorno -un viento del que estuviéramos seguros que no nos abandonaría a la vuelta-, y era raro que nuestros cálculos erraran. Dos veces, en seis años, nos vimos precisados a pasar la noche al ancla a causa de una calma chicha, lo cual es cosa muy rara en estos parajes; y una vez tuvimos que quedarnos cerca de una semana donde estábamos, muriéndonos de inanición, por culpa de una borrasca que se desató poco después de nuestro arribo, y que embraveció el canal en tal forma que era imposible pensar en cruzarlo. En esta ocasión hubiéramos podido ser llevados mar afuera a pesar de nuestros esfuerzos (pues los remolinos nos hacían girar tan violentamente que, al final, largamos el ancla y la dejamos que arrastrara), si no hubiera sido que terminamos entrando en una de esas innumerables corrientes antagónicas que hoy están allí y mañana desaparecen, la cual nos arrastró hasta el refugio de Flimen, donde, por suerte, pudimos detenernos.

»No podría contarle ni la vigésima parte de las dificultades que encontrábamos en nuestro campo de pesca -que es mal sitio para navegar aun con buen tiempo-, pero siempre nos arreglamos para burlar el desafío del Moskoe-ström sin accidentes, aunque muchas veces tuve el corazón en la boca cuando nos atrasábamos o nos adelantábamos en un minuto al momento de calma. En ocasiones, el viento no era tan fuerte como habíamos pensado al zarpar y el queche recorría una distancia menor de lo que deseábamos, sin que pudiéramos gobernarlo a causa de la correntada. Mi hermano mayor tenía un hijo de dieciocho años y yo dos robustos mozalbetes. Todos ellos nos hubieran sido de gran ayuda en esas ocasiones, ya fuera apoyando la marcha con los remos, o pescando; pero, aunque estábamos personalmente dispuestos a correr el riesgo, nonos sentíamos con ánimo de exponer a los jóvenes, pues verdaderamente había un peligro horrible, ésa es la pura verdad.

»Pronto se cumplirán tres años desde que ocurrió lo que voy a contarle. Era el 10 de julio de 18..., día que las gentes de esta región no olvidarán jamás, porque en él se levantó uno de los huracanes más terribles que hayan caído jamás del cielo. Y, sin embargo, durante toda la mañana, y hasta bien entrada la tarde, había soplado una suave brisa del sudoeste, mientras brillaba el sol, y los más avezados marinos no hubieran podido preverlo que iba a pasar.

»Los tres -mis dos hermanos y yo- cruzamos hacia las islas a las dos de la tarde y no tardamos en llenar el queche con una excelente pesca que, como pudimos observar, era más abundante ese día que en ninguna ocasión anterior. A las siete -por mi reloj- levamos anclas y zarpamos, a fin de atravesar lo peor del Ström en el momento de la calma, que según sabíamos iba a producirse a las ocho.

»Partimos con una buena brisa de estribor y al principio navegamos velozmente y sin pensar en el peligro, pues no teníamos el menor motivo para sospechar que existiera. Pero, de pronto, sentimos que se nos oponía un viento procedente de Helseggen. Esto era muy insólito; jamás nos había ocurrido antes, y yo empecé a sentirme intranquilo, sin saber exactamente por qué. Enfilamos la barca contra el viento, pero los remansos no nos dejaban avanzar, e iba a proponer que volviéramos al punto donde habíamos estado anclados cuando, al mirar hacia popa vimos que todo el horizonte estaba cubierto por una extraña nube del color del cobre que se levantaba con la más asombrosa rapidez.

»Entretanto, la brisa que nos había impulsado acababa de amainar por completo y estábamos en una calma total, derivando hacia todos los rumbos. Pero esto no duró bastante como para darnos tiempo a reflexionar. En menos de un minuto nos cayó encima la tormenta, y en menos de dos el cielo quedó cubierto por completo; con esto, y con la espuma de las olas que nos envolvía, todo se puso tan oscuro que no podíamos vernos unos a otros en la cubierta.

»Sería una locura tratar de describir el huracán que siguió. Los más viejos marinos de Noruega jamás conocieron nada parecido. Habíamos soltado todo el trapo antes de que el viento nos alcanzara; pero, a su primer embate, los dos mástiles volaron por la borda como si los hubiesen aserrado..., y uno de los palos se llevó consigo a mi hermano mayor, que se había atado para mayor seguridad.

»Nuestra embarcación se convirtió en la más liviana pluma que jamás flotó en el agua. El queche tenía un puente totalmente cerrado, con sólo una pequeña escotilla cerca de proa, que acostumbábamos cerrar y asegurar cuando íbamos a cruzar el Ström, por precaución contra el mar picado. De no haber sido por esta circunstancia, hubiéramos zozobrado instantáneamente, pues durante un momento quedamos sumergidos por completo. Cómo escapó a la muerte mi hermano mayor no puedo decirlo, pues jamás se me presentó la oportunidad de averiguarlo. Por mi parte, tan pronto hube soltado el trinquete, me tiré boca abajo en el puente, con los pies contra la estrecha borda de proa y las manos aferrando una armella próxima al pie del palo mayor. El instinto me indujo a obrar así, y fue, indudablemente, lo mejor que podía haber hecho; la verdad es que estaba demasiado aturdido para pensar.

»Durante algunos momentos, como he dicho, quedamos completamente inundadas, mientras yo contenía la respiración y me aferraba a la armella. Cuando no pude resistir más, me enderecé sobre las rodillas, sosteniéndome siempre con las manos, y pude así asomar la cabeza. Pronto nuestra pequeña embarcación dio una sacudida, como hace un perro al salir del agua, y con eso se libró en cierta medida de las olas que la tapaban. Por entonces estaba tratando yo de sobreponerme al aturdimiento que me dominaba, recobrar los sentidos para decidir lo que tenía que hacer, cuando sentí que alguien me aferraba del brazo. Era mi hermano mayor, y mi corazón saltó de júbilo, pues estaba seguro de que el mar lo había arrebatado. Mas esa alegría no tardó en transformarse en horror, pues mi hermano acercó la boca a mi oreja, mientras gritaba: ¡Moskoe-ström!

»Nadie puede imaginar mis sentimientos en aquel instante. Me estremecí de la cabeza a los pies, como si sufriera un violento ataque de calentura. Demasiado bien sabía lo que mi hermano me estaba diciendo con esa simple palabra y lo que quería darme a entender: Con el viento que nos arrastraba, nuestra proa apuntaba hacia el remolino del Ström... ¡y nada podía salvarnos!

»Se imaginará usted que, al cruzar el canal del Ström, lo hacíamos siempre mucho más arriba del remolino, incluso con tiempo bonancible, y debíamos esperar y observar cuidadosamente el momento de calma. Pero ahora estábamos navegando directamente hacia el vórtice, envueltos en el más terrible huracán. 'Probablemente -pensé- llegaremos allí en un momento de la calma... y eso nos da una esperanza.' Pero, un segundo después, me maldije por ser tan loco como para pensar en esperanza alguna. Sabía muy

bien que estábamos condenados y que lo estaríamos igual aunque nos halláramos en un navío cien veces más grande.

»A esta altura la primera furia de la tempestad se había agotado, o quizá no la sentíamos tanto por estar corriendo delante de ella. Pero el mar, que el viento había mantenido aplacado y espumoso al comienzo, se alzaba ahora en gigantescas montañas. Un extraño cambio se había producido en el cielo. Alrededor de nosotros, y en todas direcciones, seguía tan negro como la pez, pero en lo alto, casi encima de donde estábamos, se abrió repentinamente un círculo de cielo despejado -tan despejado como jamás he vuelto a ver-, brillantemente azul, y a través del cual resplandecía la luna llena con un brillo que no le había conocido antes. Iluminaba con sus rayos todo lo que nos rodeaba, con la más grande claridad; pero... ¡Dios mío, qué escena nos mostraba!

»Hice una o dos tentativas para hacerme oír de mi hermano, pero, por razones que no pude comprender, el estruendo había aumentado de manera tal que no alcancé a hacerle entender una sola palabra, pese a que gritaba con todas mis fuerzas en su oreja. Pronto sacudió la cabeza, mortalmente pálido, y levantó un dedo como para decirme: `¡Escucha!

»Al principio no me di cuenta de lo que quería significar, pero un horrible pensamiento cruzó por mi mente. Extraje mi reloj de la faltriquera. Estaba detenido. Contemplé el cuadrante a la luz de la luna y me eché a llorar, mientras lanzaba el reloj al océano. ¡Se había detenido a las siete! ¡Ya había pasado el momento de calma y el remolino del Ström estaba en plena furia!

»Cuando un barco es de buena construcción, está bien equipado y no lleva mucha carga, al correr con el viento durante una borrasca las olas dan la impresión de resbalar por debajo del casco, lo cual siempre resulta extraño para un hombre de tierra firme; a eso se le llama cabalgar en lenguaje marino.

»Hasta ese momento habíamos cabalgado sin dificultad sobre las olas; pero de pronto una gigantesca masa de agua nos alcanzó por la bovedilla y nos alzó con ella... arriba... más arriba... como si ascendiéramos al cielo. Jamás hubiera creído que una ola podía alcanzar semejante altura. Y entonces empezamos a caer, con una carrera, un deslizamiento y una zambullida que me produjeron náuseas y mareo, como si estuviera desplomándome en sueños desde lo alto de una montaña. Pero en el momento en que alcanzamos la cresta, pude lanzar una ojeada alrededor, y lo que vi fue más que suficiente. En un instante comprobé nuestra exacta posición. El vórtice de Moskoe-ström se hallaba a un cuarto de milla adelante; pero ese vórtice se parecía tanto al de todos los días como el que está viendo usted a un remolino en una charca. Si no hubiera sabido dónde estábamos y lo que teníamos que esperar, no hubiese reconocido en absoluto aquel sitio. Tal como lo vi, me obligó a cerrar involuntariamente los ojos de espanto. Mis párpados se apretaron como en un espasmo.

»Apenas habrían pasado otros dos minutos, cuando sentimos que las olas decrecían y nos vimos envueltos por la espuma. La embarcación dio una brusca media vuelta a babor y se precipitó en su nueva dirección como una centella. AL mismo tiempo, el rugido del agua quedó completamente apagado por algo así como un estridente alarido... un sonido que podría usted imaginar formado por miles de barcos de vapor que dejaran escapar al mismo tiempo la presión de sus calderas. Nos hallábamos ahora en el cinturón de la resaca que rodea siempre el remolino, y pensé que un segundo más tarde nos precipitaríamos al abismo, cuyo interior veíamos borrosamente a causa de la asombrosa velocidad con la cual nos movíamos. El queche no daba la impresión de flotar en el agua, sino de flotar como una burbuja sobre la superficie de la resaca. Su banda de estribor daba al remolino, y por babor surgía la inmensidad oceánica de la que acabábamos de salir, y que se alzaba como una enorme pared oscilando entre nosotros y el horizonte.

»Puede parecer extraño, pero ahora, cuando estábamos sumidos en las fauces del abismo, me sentí más tranquilo que cuando veníamos acercándonos a él. Decidido a no

abrigar ya ninguna esperanza, me libré de una buena parte del terror que al principio me había privado de mis fuerzas. Creo que fue la desesperación lo que templó mis nervios.

»Tal vez piense usted que me jacto, pero lo que le digo es la verdad: Empecé a reflexionar sobre lo magnífico que era morir de esa manera y lo insensato de preocuparme por algo tan insignificante como mi propia vida frente a una manifestación tan maravillosa del poder de Dios. Creo que enrojecí de vergüenza cuando la idea cruzó por mi mente. Y al cabo de un momento se apoderó de mí la más viva curiosidad acerca del remolino. Sentí el deseo de explorar sus profundidades, aun al precio del sacrificio que iba a costarme, y la pena más grande que sentí fue que nunca podría contar a mis viejos camaradas de la costa todos los misterios que vería. No hay duda que eran éstas extrañas fantasías en un hombre colocado en semejante situación, y con frecuencia he pensado que la rotación del barco alrededor del vórtice pudo trastornarme un tanto la cabeza.

»Otra circunstancia contribuyó a devolverme la calma, y fue la cesación del viento, que ya no podía llegar hasta nosotros en el lugar donde estábamos, puesto que, como usted mismo ha visto, el cinturón de resaca está sensiblemente más bajo que el nivel general del océano, al que 'veíamos descollar sobre nosotros como un alto borde montañoso y negro. Si nunca le ha tocado pasar una borrasca en plena mar, no puede hacerse una idea de la confusión mental que produce la combinación del viento y la espuma de las olas. Ambos ciegan, ensordecen y ahogan, suprimiendo toda posibilidad de acción o de reflexión. Pero ahora nos veíamos en gran medida libres de aquellas molestias... así como los criminales condenados a muerte se ven favorecidos con ciertas liberalidades que se les negaban antes de que se pronunciara la sentencia.

»Imposible es decir cuántas veces dimos la vuelta al circuito. Corrimos y corrimos, una hora quizá, volando más que flotando, y entrando cada vez más hacia el centro de la resaca lo que nos acercaba progresivamente a su horrible borde interior. Durante todo este tiempo no había soltado la armella que me sostenía. Mi hermano estaba en la popa, sujetándose a un pequeño barril vacío, sólidamente atado bajo el compartimento de la bovedilla, y que era la única cosa a bordo que la borrasca no había precipitado al mar. Cuando ya nos acercábamos al borde del pozo, soltó su asidero y se precipitó hacia la armella de la cual, en la agonía de su terror, trató de desprender mis manos, ya que no era bastante grande para proporcionar a ambos un sostén seguro. Jamás he sentido pena más grande que cuando lo vi hacer eso, aunque comprendí que su proceder era el de un insano, a quien el terror ha vuelto loco furioso. De todos modos, no hice ningún esfuerzo para oponerme. Sabía que ya no importaba quién de los dos se aferrara de la armella, de modo que se la cedí y pasé a popa, donde estaba el barril. No me costó mucho hacerlo, porque el queche corría en círculo con bastante estabilidad, sólo balanceándose bajo las inmensas oscilaciones y conmociones del remolino. Apenas me había afirmado en mi nueva posición, cuando dimos un brusco bandazo a estribor y nos precipitamos de proa en el abismo. Murmuré presurosamente una plegaria a Dios y pensé que todo había terminado.

»Mientras sentía la náusea del vertiginoso descenso, instintivamente me aferré con más fuerza al barril y cerré los ojos. Durante algunos segundos no me atreví a abrirlos, esperando mi aniquilación inmediata y me maravillé de no estar sufriendo ya las agonías de la lucha final con el agua. Pero el tiempo seguía pasando. Y yo estaba vivo. La sensación de caída había cesado y el movimiento de la embarcación se parecía al de antes, cuando estábamos en el cinturón de espuma, salvo que ahora se hallaba más inclinada. Junté coraje y otra vez miré lo que me rodeaba.

»Nunca olvidaré la sensación de pavor, espanto y admiración que sentí al contemplar aquella escena. El queche parecía estar colgando, como por arte de magia, a mitad de camino en el interior de un embudo de vasta circunferencia y prodigiosa profundidad, cuyas paredes, perfectamente lisas, hubieran podido creerse de ébano, a no ser por la

asombrosa velocidad con que giraban, y el lívido resplandor que despedían bajo los rayos de la luna, que, en el centro de aquella abertura circular entre las nubes a que he aludido antes, se derramaban en un diluvio gloriosamente áureo a lo largo de las negras paredes y se perdían en las remotas profundidades del abismo.

»Al principio me sentí demasiado confundido para poder observar nada con precisión. Todo lo que alcanzaba era ese estallido general de espantosa grandeza. Pero, al recobrar un tanto, mis ojos miraron instintivamente hacía abajo. Tenía una vista completa en esa dirección, dada la forma en que el queche colgaba de la superficie inclinada del vórtice. Su quilla estaba perfectamente nivelada, vale decir que el puente se hallaba en un plano paralelo al del agua, pero esta última se tendía formando un ángulo de más de cuarenta y cinco grados, de modo que parecía como si estuviésemos ladeados. No pude dejar de observar, sin embargo, que, a pesar de esta situación, no me era mucho más difícil mantenerme aferrado a mi puesto que si el barco hubiese estado a nivel; presumo que se debía a la velocidad con que girábamos.

»Los rayos de la luna parecían querer alcanzar el fondo mismo del profundo abismo, pero aún así no pude ver nada con suficiente claridad a causa de la espesa niebla que lo envolvía todo y sobre la cual se cernía un magnífico arco iris semejante al angosto y bamboleante puente que, según los musulmanes, es el solo paso entre el Tiempo y la Eternidad. Aquella niebla, o rocío, se producía sin duda por el choque de las enormes paredes del embudo cuando se encontraba en el fondo; pero no trataré de describir el aullido que brotaba del abismo para subir hasta el cielo.

»Nuestro primer deslizamiento en el pozo, a partir del cinturón de espumas de la parte superior, nos había hecho descender a gran distancia por la pendiente; sin embargo, la continuación del descenso no guardaba relación con el anterior. Una y otra vez dimos la vuelta, no con un movimiento uniforme sino entre vertiginosos balanceos y sacudidas, que nos lanzaban a veces a unos cuantos centenares de yardas, mientras otras nos hacían completar casi el circuito del remolino. A cada vuelta, y aunque lento, nuestro descenso resultaba perceptible.

»Mirando en torno la inmensa extensión de ébano líquido sobre la cual éramos así llevados, advertí que nuestra embarcación no era el único objeto comprendido en el abrazo del remolino. Tanto por encima como por debajo de nosotros se veían fragmentos de embarcaciones, grandes pedazos de maderamen de construcción y troncos de árboles, así como otras cosas más pequeñas, tales como muebles, cajones rotos, barriles y duelas. He aludido ya a la curiosidad anormal que había reemplazado en mí el terror del comienzo. A medida que me iba acercando a mi horrible destino parecía como si esa curiosidad fuera en aumento. Comencé a observar con extraño interés los numerosos objetos que flotaban cerca de nosotros. Debo de haber estado bajo los efectos del delirio, porque hasta busqué diversión en el hecho de calcular sus respectivas velocidades en el descenso hacía la espuma del fondo. 'Ese abeto -me oí decir en un momento dado- será el que ahora se precipite hacia abajo y desaparezca'; y un momento después me quedé decepcionado al ver que los restos de un navío mercante holandés se le adelantaban y caían antes. Al final, después de haber hecho numerosas conjeturas de esta naturaleza, y haber errado todas, ocurrió que el hecho mismo de equivocarme invariablemente me indujo a una nueva reflexión, y entonces me eché a temblar como antes, y una vez más latió pesadamente mí corazón.

»No era el espanto el que así me afectaba, sino el nacimiento de una nueva y emocionante esperanza. Surgía en parte de la memoria y, en parte, de las observaciones que acababa de hacer. Recordé la gran cantidad de restos flotantes que aparecían en la costa de Lofoden y que habían sido tragados y devueltos luego por el Moskoe-ström. La gran mayoría de estos restos aparecía destrozada de la manera más extraordinaria; estaban como frotados, desgarrados, al punto que daban la impresión de un montón de astillas y esquirlas. Pero al mismo tiempo recordé que algunos de esos objetos no

estaban desfigurados en absoluto. Me era imposible explicar la razón de esa diferencia, salvo que supusiera que los objetos destrozados eran los que habían sido completamente absorbidos, mientras que los otros habían penetrado en el remolino en un período más adelantado de la marea, o bien, por alguna razón, habían descendido tan lentamente luego de ser absorbidos, que no habían alcanzado a tocar el fondo del vórtice antes del cambio del flujo o del reflujo, según fuera el momento. Me pareció posible, en ambos casos, que dichos restos hubieran sido devueltos otra vez al nivel del océano, sin correr el destino de los que habían penetrado antes en el remolino o habían sido tragados más rápidamente.

»Al mismo tiempo hice tres observaciones importantes. La primera fue que, por regla general, los objetos de mayor tamaño descendían más rápidamente. La segunda, que entre dos masas de igual tamaño, una esférica y otra de cualquier forma, la mayor velocidad de descenso correspondía a la esfera. La tercera, que entre dos masas de igual tamaño, una de ellas cilíndrica y la otra de cualquier forma, la primera era absorbida con mayor lentitud. Desde que escapé de mi destino he podido hablar muchas veces sobre estos temas con un viejo preceptor del distrito, y gracias a él conozco el uso de las palabras 'cilindro' y 'esfera'. Me explicó -aunque me he olvidado de la explicación- que lo que yo había observado entonces era la consecuencia natural de las formas de los objetos flotantes, y me mostró cómo un cilindro, flotando en un remolino, ofrecía mayor resistencia a su succión y era arrastrado con mucha mayor dificultad que cualquier otro objeto del mismo tamaño, cualquiera fuese su forma.

»Había además un detalle sorprendente, que contribuía en gran medida a reformar estas observaciones y me llenaba de deseos de verificarlas: a cada revolución de nuestra barca sobrepasábamos algún objeto, como ser un barril, una verga o un mástil. Ahora bien, muchos de aquellos restos, que al abrir yo por primera vez los ojos para contemplar la maravilla del remolino, se encontraban a nuestro nivel, estaban ahora mucho más arriba y daban la impresión de haberse movido muy poco de su posición inicial.

»No vacilé entonces en lo que debía hacer: resolví asegurarme fuertemente al barril del cual me tenía, soltarlo de la bovedilla y precipitarme con él al agua. Llamé la atención de mi hermano mediante signos, mostrándole los barriles flotantes que pasaban cerca de nosotros, e hice todo lo que estaba en mi poder para que comprendiera lo que me disponía a hacer. Me pareció que al fin entendía mis intenciones, pero fuera así o no, sacudió la cabeza con desesperación, negándose a abandonar su asidero en la armella. Me era imposible llegar hasta él y la situación no admitía pérdida de tiempo. Así fue como, lleno de amargura, lo abandoné a su destino, me até al barril mediante las cuerdas que lo habían sujetado a la bovedilla y me lancé con él al mar sin un segundo de vacilación.

»El resultado fue exactamente el que esperaba. Puesto que yo mismo le estoy haciendo este relato, por lo cual ya sabe usted que escapé sano y salvo, y además está enterado de cómo me las arreglé para escapar, abreviaré el fin de la historia. Habría transcurrido una hora o cosa así desde que hiciera abandono del queche, cuando lo vi, a gran profundidad, girar terriblemente tres o cuatro veces en rápida sucesión y precipitarse en línea recta en el caos de espuma del abismo, llevándose consigo a mi querido hermano. El barril al cual me había atado descendió apenas algo más de la mitad de la distancia entre el fondo del remolino y el lugar desde donde me había tirado al agua, y entonces empezó a producirse un gran cambio en el aspecto del vórtice. La pendiente de los lados del enorme embudo se fue haciendo menos y menos escarpada. Las revoluciones del vórtice disminuyeron gradualmente su violencia. Poco a poco fue desapareciendo la espuma y el arco iris, y pareció como si el fondo del abismo empezara a levantarse suavemente. El cielo estaba despejado, no había viento y la luna llena resplandecía en el oeste, cuando me encontré en la superficie del océano, a plena vista de las costas de Lofoden y en el lugar donde había estado el remolino de Moskoe-ström. Era la hora de la calma, pero el mar se encrespaba todavía en gigantescas olas por

efectos del huracán. Fui impulsado violentamente al canal del Ström, y pocos minutos más tarde llegaba a la costa, en la zona de los pescadores. Un bote me recogió, exhausto de fatiga, y, ahora que el peligro había pasado, incapaz de hablar a causa del recuerdo de aquellos horrores. Quienes me subieron a bordo eran mis viejos camaradas y compañeros cotidianos, pero no me reconocieron, como si yo fuese un viajero que retornaba del mundo de los espíritus. Mi cabello, negro como ala de cuervo la víspera, estaba tan blanco como lo ve usted ahora. También se dice que la expresión de mi rostro ha cambiado. Les conté mi historia... y no me creyeron. Se la cuento ahora a usted, sin mayor esperanza de que le dé más crédito del que le concedieron los alegres pescadores de Lofoden.»

COLOQUIO ENTRE MONOS Y UNA

Una.- ¿Renacida?

Monos.- Sí, mi hermosa y más amada Una. Ésta era la palabra, sobre cuyo místico significado yo había meditado tan largamente, rechazando la explicación del sacerdote, hasta que la Muerte ha descifrado el secreto para mí.

Una.- ¡La Muerte!

Monos.- ¡Qué extrañamente repites mis palabras, dulce Una! ¡Y qué gozosa inquietud en tus ojos! Estás confusa y sobrecogida por la majestuosa novedad de la Vida Eterna. Sí, hablaba de la Muerte, y ¡qué singularmente suena aquí esa palabra que en los viejos tiempos acostumbraba llenar de terror todos los corazones, haciendo marchitar todos los deleites!

Una.- Ah la Muerte, el espectro que se sienta en todos los festines! ¿Cuántas veces, Monos, nos perdimos en especulaciones acerca de su Naturaleza? ¡Qué misteriosamente actuaba como freno para la felicidad humana, diciendo a cada paso "hasta aquí, y no más allá"! ¡Aquel vehemente y mutuo amor nuestro, querido Monos, que ardía en nuestros pechos! ¡Cuán vanamente nos hacía lisonjearnos, sintiéndonos felices por sus primeros brotes, de que nuestra felicidad se fortalecía con su fuerza! ¡Ay!, mientras crecía en nuestros corazones el temor de que aquella hora funesta se estaba acercando apresuradamente para separarnos para siempre. Así con el tiempo el amor se volvió doloroso, y el odio hubiera sido entonces un verdadero don.

Monos.- No hablemos ahora de esas penas, querida Una. ¡Mía! ¡Mía para siempre!

Una.- Pero ¿no es el recuerdo del dolor pasado lo que constituye la alegría actual? Todavía tengo mucho que decir de las cosas pasadas. Por encima de todo, ardo en deseos de conocer los incidentes de tu paso a través del oscuro Valle de la Sombra.

Monos.- ¿Y cuándo la radiante Una pidió nada en vano a su Monos? Voy a ser minucioso al relatarlo todo. Pero ¿en qué punto he de dar comienzo al relato?

Una.- ¿En qué punto?

Monos.- Tú lo has dicho.

Una.- Monos, te comprendo; la propia Muerte nos ha enseñado a los dos la propensión del hombre a definir lo indefinido. No te pedirá que comiences con el momento de la cesación de la vida, sino en aquel triste momento en que, habiéndote abandonado la fiebre, te hundiste en un sopor, inmóvil y sin respirar, y yo te cerré los pálidos párpados con los dedos llenos de apasionado amor.

Monos.- Una palabra primero, Una mía, referente a la condición general de los hombres de aquella época. Recordarás que uno o dos de los sabios antepasados, sabios realmente, aunque no en la estima del mundo, se habían aventurado a dudar de la propiedad del término "progreso", como aplicado a los avances de nuestra civilización.

Hubo períodos. en cada uno de los cinco o seis siglos que precedieron inmediatamente ~ nuestra muerte, en que surgieron de vez en cuando algunas mentalidades vigorosas que valientemente luchaban por aquellos principios cuya verdad se muestra ahora a nuestra liberada razón; principios que hubieran enseñado a nuestra raza a someterse a la dirección de las leyes naturales, en lugar de someterlas a su control. A largos intervalos, aparecían algunas mentes maestras que consideraban todo avance de la ciencia práctica como un retroceso en la verdadera utilidad. De vez en cuando la inteligencia poética-esa inteligencia que ahora sentimos que ha sido la más elevada de todas, puesto que aquellas verdades que para nosotros tienen la mayor importancia sólo se pueden alcanzar por esa analogía que únicamente habla en tono inconfundible a la imaginación y nada aporta a la razón-; de vez en cuando, repito, esa inteligencia poética daba un paso más allá en la evolución de la vaga idea filosófica y hallaba en la mística parábola que habla del árbol de la ciencia y de la fruta prohibida que produce la muerte, una clara insinuación de que la ciencia no era posible de ser alcanzada por el hombre, cuyo espíritu se halla todavía en la infancia, y aquellos hombres, los poetas, viviendo y muriendo en el escarnio de los "utilitarios", esos toscos pedantes que se confieren a sí mismos el título que sólo podía aplicárseles con propiedad para ser escarnecido, aquellos hombres, los poetas, reflexionaban lánguidamente, pero no faltos de ingenio, sobre aquellos días de la Antigüedad en que nuestros goces eran más sencillos que intensos, días que la palabra regocijo resultaba algo desconocida porque la felicidad era profunda y solemne: sanos y augustos días de felicidad en que los ríos azules corrían intactos entre las colinas no cultivadas, entre bosques solitarios, primitivos, olorosos e inexplorados.

Pero en realidad, aquellas nobles excepciones en medio del extravío general sólo servían para reforzarlo aún más por el contraste. ¡Ay! Habíamos caído en los días peores de todos nuestros días. Al gran "movimiento" como se le llamaba falsamente, le siguió una enferma conmoción moral y física. El Arte-las Artes-resurgieron supremas, y una vez entronizadas echaron cadenas sobre la inteligencia que las había elevado al poder. El hombre, como no podía reconocer la majestad de la Naturaleza, cayó en una pueril exaltación del dominio que había logrado y que iba en aumento. Incluso cuando en su propia fantasía se consideraba Dios, una pueril imbecilidad le iba invadiendo. Como se puede suponer, del origen de este desorden se fue contagiando cada vez más con toda clase de sistemas y abstracciones ~ se envolvió en generalidades. Entre otras extrañas ideas, ganó terreno la de la igualdad universal y a la faz de la analogía y de Dios -a pesar de la fuerte voz de las leyes que advierte sobre los grados que se observan con claridad en todas las cosas de la Tierra y del Firmamento- a pesar de estas leyes, el hombre hizo insensatos esfuerzos para establecer una democracia omnipotente. Y, sin embargo, estos males surgieron del origen de todos los males: el conocimiento. El hombre no pudo conocer y sucumbió. Entretanto, se elevaron enormes ciudades humeantes, las verdes hojas se encogían ante el caliente respiro de los hornos, la hermosa faz de la Naturaleza quedó deformada como por alguna repugnante enfermedad y yo pienso, mi dulce Una, que hubieran bastado nuestros soñolientos sentidos de lo forzado y de lo excesivo para detenernos en aquel punto. Pero ahora se comprende que trabajábamos en nuestra propia destrucción por la perversidad de nuestro discernimiento, o mejor tal vez, por la ceguera de su cultivo en las escuelas. Porque la verdad es que en medio de aquella crisis, el discernimiento sólo-aquella facultad que mantiene una posición intermedia entre la inteligencia pura y el sentido moral-sólo aquel discernimiento podía habernos conducido con suavidad otra vez hacia la Belleza, la Naturaleza y la Vida. Pero ¡ay del puro espíritu contemplativo y de la intuición majestuosa de Platón! ¡Ay de la que precisamente él la consideraba como toda necesaria educación del alma! ¡Ay de él y de ella! -puesto que ambos se necesitaban del modo más desesperado en aquellos momentos en que estaban más completamente olvidados o despreciados-. Pascal, un filósofo a quien ambos amábamos, ha dicho "que tout notre raisonnement se réduit a ceder au sentiment" ("que

todo nuestro razonamiento se reduce a ceder al sentimiento") y no es imposible que este sentimiento de lo natural, de haber tenido tiempo, habría recuperado su antigua ascendencia sobre la severa razón de las escuelas. Pero esta cosa no había de poder ser. Prematuramente provocada por la intemperancia del conocimiento, la vejez del mundo vino rápidamente. Esto, la masa de la Humanidad no lo vio, o viéndolo intensa aunque infelizmente, afectó no verlo. Pero por mi parte, los anales de la Tierra me habían enseñado a relacionar la más completa ruina como precio de la más alta civilización. Yo me había imbuido de una presciencia de nuestro destino por la comparación de China, la sencilla y sufrida, con Asiria, la arquitectura; con Egipto, la astrología; con Nubia, la más astuta que ninguna, madre turbulenta de todas las Artes. En la historia de aquellas regiones encontré un rayo de lo Futuro. Las artificialidades individuales de las tres últimas fueron para la Tierra enfermedades locales y en sus individuales derrumbamientos hemos visto aplicar remedios locales; pero para el mundo infestado yo no podía anticipar regeneración alguna, salvo la Muerte. Para que el hombre como raza no llegara a extinguirse, yo veía que debía "nacer de nuevo".

Y entonces fue, hermosísima y amadísima, cuando nosotros envolvimos nuestros espíritus diariamente en sueños. Entonces fue cuando a la hora del crepúsculo discurríamos sobre los días que habían de venir, cuando la superficie lacerada de la Tierra, una vez que hubiera sufrido aquella purificación que sólo puede borrar sus obscenidades, se revistiera de nuevo con el verdor de sus colinas montañosas y sonrieran por ella las aguas del Parnaso, y tornara a quedar al fin como digna residencia para el hombre; para el hombre purgado por la Muerte; para el hombre en cuyo exaltado intelecto el veneno del conocimiento no puede hacer nada; para el hombre redimido, regenerado, bienaventurado y ahora inmortal, pero, con todo, para el hombre material.

Una.- Bien recuerdo aquellas conversaciones, querido Monos, pero la época de la fiera ruina no estaba tan cerca como nosotros nos figurábamos y la condición que tú indicabas seguramente sostenía nuestra creencia. Los hombres vivían y morían individualmente. Tú también enfermaste y pasaste a la tumba, y a ella, constante, Una te siguió rápidamente, y aunque el siglo que ha transcurrido desde entonces, y cuyo final una vez más nos reúne, no ha torturado nuestros soñolientos sentidos con la impaciencia de su duración, sin embargo, mi amado Monos, ha transcurrido todo un siglo.

Monos.- Di más bien un punto en la vaga infinitud. Indiscutiblemente, fue en la decrepitud de la Tierra cuando yo morí. Llevando en mi corazón las angustias que se habían originado, el tumulto general y la ruina, sucumbía a la abrasadora fiebre. Después de algunos días dolorosos y muchos de delirio soñador, repleto de éxtasis, cuyas manifestaciones tú tomaste equivocadamente por dolor, mientras yo suspiraba y no tenía fuerza para desengañarte, después de unos días, me invadió, como tú has dicho, un sopor sin aliento y sin movimiento al que los que estaban a nuestro alrededor llamaron Muerte.

Las palabras son cosas vagas. Mi estado no me privó de la conciencia; me parecía no muy diferente del extremado reposo de quien, luego de haber dormido larga y profundamente, quedando inmóvil y completamente postrado en un mediodía estival, comienza a deslizarse lentamente hacia la conciencia, por la mera eficacia del sueño y sin ser despertado por molestias externas.

Ya no respiraba; el pulso se había parado. El corazón había dejado de latir. La voluntad no había desaparecido, pero no tenía fuerza. Los sentidos estaban extrañamente activos, aunque de modo anormal -asumiendo a menudo las funciones unos de otros, sin orden ni concierto-. El gusto y el olfato se hallaban inextricablemente confundidos y se convertían en un único sentimiento, anormal e intenso. El agua de rosas, que con tu ternura había humedecido mis labios en el último instante, me afectó con suaves fantasías de flores - flores fantásticas, mucho más hermosas que ninguna de la Tierra, pero cuyos prototipos tenemos ahora florecientes a nuestro alrededor-. Los párpados, transparentes y

exangües, no ofrecían total impedimento a la visión. Como la voluntad estaba ausente, los globos no podían moverse en sus cuencas, pero todos los objetos que estaban dentro de la línea del hemisferio visual, yo los veía con más o menos distinción; los rayos que caían sobre la parte exterior de la retina, o dentro de la córnea del ojo, producían un efecto mucho más vivo que los que lo herían de frente en la superficie anterior; y, con todo, en el primer instante, aquel efecto era tan anómalo que yo sólo lo apreciaba como sonido - sonido dulce o discordante, según que los objetos que se presentaban a mi lado estuvieran iluminados u oscurecidos en la sombra, curvos o angulares en su contorno-. Al mismo tiempo el oído, aunque excitado en intensidad, no era irregular en su acción y estimaba sonidos reales con una extravagancia de precisión no menos que de sensibilidad. El tacto había sufrido una modificación más peculiar. Sus impresiones eran recibidas con retardo, pero pertinazmente retenidas, y se resolvían siempre en el más alto placer físico. Así, la presión de tus dedos suaves sobre mis párpados, al principio sólo reconocida por la visión, luego y largo tiempo después de apartarse, llenaron todo mi ser con una delicia sensual inmensurable. Eso es: con delicia sensual. Todas mis percepciones eran simplemente sensuales. Los materiales que suministraban los sentidos al pasivo cerebro no eran modelados ya, ni en el más remoto grado, por el entendimiento muerto. Un poco de dolor, un mucho de placer, pero nada en absoluto de placer o dolor moral. Así, tus sollozos flotaban en mi oído con sus tristes cadencias y eran apreciados en todas sus variaciones de tono triste, pero eran suaves sonidos musicales y nada más; no comunicaban a la extinguida razón ningún indicio del pesar que las originaba, mientras que las abundantes y constantes lágrimas que caían sobre mi rostro, hablando a los circunstantes de un corazón que se rompía, sólo conmovían con un suave éxtasis todas las fibras de mi cuerpo; y esto, en verdad, fue la Muerte, de la cual hablaban aquellos circunstantes con tanto respeto en bajos cuchicheos, y tú, dulce Una, con ahogos y sollozos.

Me vistieron para ponerme en el ataúd, tres o cuatro negras figuras que se deslizaban atareadamente de arriba para abajo y cuando cruzaban la línea recta de mi visión me afectaban como formas, pero al pasar a mi lado, sus imágenes me impresionaban con la idea de chillidos, quejidos y otras tristes expresiones de terror, de horror o de angustia. Tú solamente, vestida con túnica blanca, pasabas junto a mí en todas direcciones de una manera musical.

El día declinaba, y cuando su luz se desvaneció me sentí poseído de una vaga inquietud, de una ansiedad tal como la que siente el dormido cuando tristes sonidos reales resuenan continuamente en su oído; bajos, distantes sonidos de campanas, solemnes, a largos pero iguales intervalos y mezclándose con sueños melancólicos. Llegaba la noche y con sus sombras un pesado malestar que oprimía mis miembros con la opresión de algún peso abrumador que resultaba palpable. Había también un sonido de gemidos, no diferente a la distante repercusión de la marejada, pero más continuo, que habiendo comenzado con el crepúsculo, había crecido con más fuerza en la oscuridad. De pronto trajeron luces a la habitación y aquellas repercusiones quedaron inmediatamente interrumpidas, en frecuentes y desiguales golpes del mismo sonido, pero con menor monotonía y distinción. La poderosa opresión se había aliviado en gran medida, y brotando de la llama de cada lámpara (pues había muchas) manaba sin interrupción en mis oídos un acento de melodiosa monotonía. Y cuando entonces, querida Una, acercándote a la cama, sobre la que yo estaba tendido, te sentaste suavemente junto a mí y con la brisa de tus dulces labios oprimiste mi frente, se alzó trémulo en mi pecho y mezclándose con las sensaciones simplemente físicas que las circunstancias habían provocado, algo semejante al sentimiento mismo -una sensación que casi comprendía, casi correspondía a tu diligente amor y pesar-; pero este sentimiento no arraigó en el corazón sin latidos, y más parecía una sombra que una realidad, y se fue

extinguendo rápidamente, primero en extremada quietud y luego en un placer puramente sensual como antes.

Y entonces, en la destrucción y en el caos de los ordinarios sentidos, parecía alzarse en mí un sexto sentido, de una perfección absoluta. En su ejercicio hallé vivo deleite-con todo, un deleite todavía físico, puesto que el entendimiento no tenía relación alguna con él-. El movimiento de mi cuerpo humano había cesado completamente. Ni un solo músculo se agitaba; ni un nervio vibraba; ni una arteria latía, pero parecía haber brotado en el cerebro aquel de que ninguna palabra podía comunicar a la inteligencia simplemente humana, ni siquiera un concepto confuso. Permite que lo llame una pulsación mental penduleante. Era la incorporación mental de la idea abstracta que tiene el hombre del tiempo, pues la absoluta igualación de aquel movimiento -o de algo parecido- había sido ajustado a los propios ciclos de las órbitas del firmamento. Con su ayuda, medí las irregularidades del reloj que estaba sobre la chimenea y de los relojes de los visitantes. Su tic tac llegaba sonoramente a mis oídos. La más ligera desviación de la verdadera proporción -y estas derivaciones predominaban constantemente- me afectaban tanto como las violaciones a la verdad suelen afectar al sentido moral en la Tierra. Aunque no había dos relojes en la habitación que diesen a la vez sus segundos, con todo, no tenía yo dificultad en retener en mi espíritu los tonos y los respectivos errores momentáneos de cada uno; y esto -este sutil, perfecto, existente por sí mismo sentimiento de duración- este sentimiento que existía (como ningún hombre hubiera podido concebir que existiera) con independencia de cualquier sucesión de acontecimientos, esta idea, este sexto sentido, brotando de las cenizas de los demás, era el primer paso cierto y evidente del alma inmortal en el umbral de la temporal eternidad.

Era medianoche, y tú todavía estabas sentada junto a mí. Todos los demás se habían marchado de la cámara de la Muerte. Me habían puesto en el ataúd. Las lámparas ardían parpadeando: esto lo sabía por el trémolo de los monótonos sonos. Pero de pronto la melodía disminuyó en distinción y volumen. Finalmente, cesó. El perfume se extinguió de mi nariz; las formas no afectaron por más tiempo a mi visión. La opresión de la oscuridad se alzó por sí misma de mi pecho. Una débil sacudida como de electricidad invadió mi cuerpo y fue seguida por una pérdida de la idea de contacto. Todo lo que el hombre llama sentido se había sumergido en la única conciencia del ser y en el único permanente sentimiento de duración. El cuerpo mortal había sido al fin herido por la mano de la fatal Destrucción.

Con todo, la sensibilidad no se había apartado completamente, pues la conciencia y el sentimiento que quedaban ejercían algunas de sus funciones con una letárgica intuición. Yo advertía el terrible cambio que ahora se estaba operando en mi carne, y como a veces sucede en sueños, que se capta la presencia de alguien que se apoya sobre nosotros, así, dulce Una, yo aún sentí que tú estabas cerca de mí. Así también, cuando llegó el segundo mediodía no dejé de darme cuenta de los movimientos que te apartaron de mi lado, de los que me encerraron en el ataúd y me depositaron en el coche fúnebre que me llevó a la tumba, de los que me hundieron en ella y que paletada a paletada amontonaron pesadamente el barro sobre mí, y que así me dejaron en la oscuridad y en la corrupción, abandonado a mis tristes y solemnes sueños con los gusanos.

Y allí, en la prisión que tiene pocos secretos que revelar, rodaron los días, las semanas y los meses; y el alma observaba estrechamente el paso de cada segundo que volaba y sin esfuerzo alguno registraba su vuelo; sin esfuerzo y sin objeto.

Pasó un año. La conciencia de ser se había ido tornando hora por hora más borrosa, y la de mera localización había, en gran medida, usurpado su puesto. La idea de entidad se iba confundiendo con la de lugar. El estrecho espacio que inmediatamente rodeaba lo que había sido el cuerpo estaba entonces viniendo a ser el cuerpo mismo. Al fin, como ocurre frecuentemente a los que están durmiendo (pues con el sueño y su solo mundo la Muerte

queda representada), al fin, como a veces sucede sobre la Tierra al que duerme profundamente, cuando alguna luz lo sobresalta en su despertar y, sin embargo, lo deja medio envuelto en sueños, así llegó para mí, en el estrecho abrazo de la Sombra, aquella luz que sólo podía haber tenido el poder de despertarme: la luz del constante amor. Los hombres se afanaban en donde yo yacía en tinieblas. Levantaron la húmeda tierra y sobre mis huesos consumidos bajaron el ataúd de Una. Y entonces todo volvió al vacío de nuevo. Aquella nebulosa luz se había extinguido; aquel débil estremecimiento había vibrado en el reposo. Muchos lustros habían sobrevenido. El polvo había vuelto al polvo. Los gusanos no tenían más alimento. El sentido del ser, finalmente había desaparecido por completo y allí reinaban en su lugar -en lugar de todas las cosas-, dominantes y perpetuos, los autócratas, Espacio y Tiempo. Porque para lo que no era-para lo que no tenía forma-, para lo que no tenía pensamiento-para lo que no tenía conciencia-, para lo que no tenía alma y aun para aquello que ya no formaba parte de la materia y para aquella inmortalidad, la tumba todavía era una morada, y las horas corrosivas, sus compañeras.

UNA HISTORIA DE LAS MONTAÑAS RAGGED

Durante el otoño del año 1827, cuando yo residía cerca de Charlottesville, Virginia, casualmente conocí al señor Augusto Bedloe. Este joven caballero era notable en todos los aspectos y despertó en mí profundo interés y curiosidad. Hallé imposible comprender sus relaciones, tanto morales como físicas. Nunca averigüé de dónde venía. Hasta en su edad, aunque le llamo joven gentlenman, había algo que me asombraba en no pequeña medida. Ciertamente parecía joven, y no dejaba de hablar de su juventud, pero había momentos en los cuales yo no habría tenido el menor reparo en imaginarlo de cien años de edad, pues nada había tan peculiar como su aspecto exterior. Era singularmente alto y delgado bastante encorvado, y sus miembros resultaban excesivamente largos y enflaquecidos. Su frente, ancha y baja; su tez, del todo exangüe. La boca, grande y flexible, y sus dientes ferozmente desiguales, aunque sanos como yo jamás había visto en cabeza humana. Sin embargo, la expresión de su sonrisa no era de ningún modo desagradable, como podría suponerse, aunque carecía de toda variación. Era una sonrisa de profunda melancolía, de permanente y molesta tristeza. Tenía unos ojos anormalmente grandes y redondos como los de un gato. También las pupilas, al menor aumento o disminución de la luz, experimentaban la misma contracción o dilatación que se observa en la familia de los felinos. En momentos de excitación, las órbitas le brillaban de un modo casi inconcebible; parecía que emitieran rayos luminosos, pero no como un reflejo, sino como sucede con una vela o con el sol. Con todo, en su estado ordinario eran tan totalmente opacas, sutiles y tontas como para transmitir la idea de un cadáver por largo tiempo enterrado.

Esos rasgos de su persona parecían causarle un gran fastidio y continuamente se refería a ellos por medio de semijustificativas excusas, que al escucharlas por vez primera me causaron muy dolorosa impresión.

Sin embargo, pronto me acostumbre y mi inquietud desapareció. Más bien parecía tener el propósito de insinuar que de afirmar directamente el hecho de que físicamente no siempre había sido lo que era, y que una larga serie de ataques neurálgicos le habían reducido, de un estado de belleza poco frecuente, al que yo ahora veía. Durante muchos años había sido atendido por un médico llamado Templeton, un señor viejo de unos setenta años de edad, a quien había conocido en Saratoga y de cuyo cuidado mientras tanto recibía, o imaginaba que recibía, gran beneficio.

El doctor Templeton había viajado mucho en su juventud, y en París se convirtió con entusiasmo en un seguidor de la doctrina de Mesmer. Sólo por medio de remedios magnéticos, había logrado aliviar los agudos dolores de su paciente, y este éxito inspiró en este último cierto grado de confianza en las opiniones que daban origen a aquellos remedios. Sin embargo, el doctor había luchado, como todos los entusiastas, para lograr una concienzuda conversión de su pupilo, y finalmente consiguió su propósito de que se sometiera a numerosos experimentos. Por una repetición frecuente de aquellos había surgido un resultado, que desde aquellos días ha llegado a ser tan frecuente como para atraer muy poca o ninguna atención, pero que en la época sobre la cual escribo apenas se conocía en Norteamérica. Quiero decir que entre el doctor Templeton y Bedloe, poco a poco, había crecido una evidente y fuertemente acentuada conformidad o relación magnética. Sin embargo, no estoy preparado para sostener que esta afinidad se extendiese más allá de los límites del simple poder productor del sueño; pero este poder había obtenido una gran intensidad. Al principio el mesmerista, en su primer intento de producir la somnolencia magnética, fracasó por completo. En el quinto o sexto experimento, y después de largos y prolongados esfuerzos, obtuvo un éxito parcial. Sólo en el duodécimo tuvo el triunfo completo. Después de éste, la voluntad del paciente sucumbió rápidamente a la del médico, de modo que, cuando por vez primera conocí a ambos, el sueño se producía casi inmediatamente por la simple voluntad del operador, aun cuando el enfermo no se diera cuenta de su presencia. Sólo ahora, en el año 1845, cuando similares milagros son presenciados diariamente por miles de personas, me atrevo a resaltar esa aparente imposibilidad como un acto seno. El temperamento de Bedloe era en él más alto grado sensitivo, excitable y entusiasta. Su imaginación resultaba singularmente vigorosa y creadora, y sin duda esta fuerza adicional derivaba del habitual uso de la morfina, que él tomaba en gran cantidad, y sin la cual le habría resultado imposible vivir. Acostumbraba tomar una dosis muy grande inmediatamente después del desayuno, o más bien inmediatamente después de una taza de café cargado, pues él no comía nada hasta mediodía, y entonces se marchaba, solo o acompañado únicamente de su perro, a dar un largo paseo por la cadena de salvajes y tristes colinas que se extendían al oeste y sur de Charlottesville, y que son conocidas con el nombre de Ragged Mountain.

En un día oscuro, cálido y nubloso, hacia fines de noviembre, en ese interregno de las estaciones que en los Estados Unidos se llama "el Verano Indio", el señor Bedloe partió como de costumbre hacia las colinas. Pasó el día, y el señor Bedloe no regreso.

Cerca de las ocho de la noche, estando bastante alarmados por su prolongada ausencia, íbamos a salir en su busca, cuando inesperadamente hizo su aparición en el mismo estado de salud que de costumbre y un humor mejor que de ordinario. El relato que nos hizo de su paseo y de los acontecimientos que le habían detenido fue, en verdad, sorprendente.

Ustedes recordarán, dijo, que eran cerca de las nueve cuando dejé Charlottesville. Inmediatamente dirigí mis pasos hacia las montañas, y cerca de las diez entré en un desfiladero que era del todo nuevo para mí. Seguí las sinuosidades de aquel paso con mucho interés. El escenario que sé presentaba por todas partes, aunque no pudiera llamarse grandioso, tenía para mí un indescriptible y delicioso aspecto de triste desolación. La soledad parecía absolutamente virgen, y no pude menos de creer que los verdes céspedes y las rocas grises que pisaba nunca habían sido holladas con anterioridad por los pies de ningún ser humano. La entrada del barranco estaba tan apartada y de hecho tan inaccesible, salvo a través de una serie de desviaciones, que no es inconcebible que haya sido yo el primer aventurero, el primero y el único que haya penetrado nunca en su interior.

La densa y peculiar niebla o humo que distingue al Verano Indio, y que ahora colgaba pesadamente sobre todos los objetos, servía sin duda para ahondar las vagas impresiones que aquellos objetos creaban. Tan densa era aquella agradable niebla que yo en ninguna ocasión veía más de doce yardas por delante del camino que recorría. Esta senda era excesivamente sinuosa, y como el sol no podía verse, pronto perdí toda idea de la dirección en que viajaba. Mientras tanto, la morfina había hecho su acostumbrado efecto de revestir el mundo exterior de un muy intenso interés. En el temblar de una hoja, en el matiz de una brizna de hierba, en la forma de un trébol, en el zumbido de una abeja, en el brillo de una gota de rocío, en el soplo del viento, en los suaves olores que venían del bosque formábase un universo de sugestión, un tren de pensamientos alegres, abigarrados, rapsódicos y desordenados. Entretenido de este modo, caminé varias horas, durante las cuales la niebla se espesaba sobre mí con tal extensión que al final me vi obligado a marchar absolutamente a tientas, y entonces un indescriptible malestar se apoderó de mí. Era una especie de excitación y temblor nerviosos. Temía caminar por la posibilidad de verme precipitado en el abismo. Recordé también extrañas historias que se contaban de aquellas Ragged Hills, y acerca de las incontables y fieras razas de hombres que habitaban sus bosques y cavernas. Un millar de vagas fantasías me oprimían y desconcertaban, tanto más desconcertantes cuanto más imprecisas eran. De pronto mi atención quedó en suspenso por el alto golpear de un tambor.

Mi sorpresa fue, naturalmente, extraordinaria. Un tambor en aquellas colinas era algo desconocido y no me hubiera dejado más sorprendido el sonido de la trompeta del Arcángel. Pero surgió una nueva y aún más pasmosa fuente de interés y perplejidad. Se oía un salvaje tintineo o sonido metálico, como si se tratara de un manojo de grandes llaves, y en aquel instante pasó a mi lado un hombre de tez oscura, medio desnudo y profiriendo alaridos. Tanto se acercó a mi persona que sentí su cálido aliento sobre mi cara. Llevaba en una mano un instrumento compuesto de una serie de anillos de acero que agitaba vigorosamente mientras corría. Apenas hubo desaparecido en la niebla, cuando jadeando detrás de él, con la boca abierta y los ojos centelleantes, se precipitó una bestia enorme. Yo no podía estar equivocado sobre su especie: era una hiena. La vista del monstruo más bien alivió que aumentó mi terror, pues entonces me convencí de que estaba soñando e hice un esfuerzo por despertar. Caminé osadamente y con rapidez hacia adelante; me froté los ojos, hablé en voz alta, me pellizqué las piernas. Una pequeña cascada de agua apareció ante mi vista y, parándome allí, me lavé las manos, la cabeza y el cuello. Esto pareció disipar las sensaciones equívocas que hasta entonces me habían asaltado. Al levantarme, creo que me sentí otro hombre y entonces proseguí firmemente y con complacencia mi desconocido camino.

Al final, muy cansado por el esfuerzo y por una cierta opresiva pesadez de la atmósfera, me senté debajo de un árbol. En aquel instante apareció un débil rayo de luz, y las sombras de las hojas de los árboles cayeron sobre la hierba débilmente, pero definidas. Miré aquella sombra durante segundos con fijeza y admiración. Su forma me llenó de atónita sorpresa. Alcé los ojos: era una palmera.

Entonces me levanté apresuradamente, y en un estado de terrible agitación -pues el imaginar que soñaba no podría durarme mucho tiempo-, vi, sentí que tenía un perfecto dominio de mis sentidos, y esos sentidos traían ahora a mi alma un mundo de nuevas y singulares sensaciones. El calor, de pronto se hizo intolerable; la brisa iba cargada de un extraño olor, y un suave murmullo como el que sube de un río crecido, pero que corre suavemente, llegaba a mis oídos, mezclado con el peculiar susurro de una multitud de voces humanas.

Mientras escuchaba con la más extrema sorpresa, que prefiero no intentar describir, una fuerte y breve ráfaga de viento se llevó la niebla como por arte de magia. Me hallaba al pie de una alta montaña que dominaba una vasta llanura, por la cual corría un majestuoso río. En las márgenes de éste se elevaba una ciudad de aspecto oriental, tal

como las que se describen en los cuentos de Arabia, pero de un carácter aún más singular que cualquiera de ellas. Desde mi posición, que estaba algo alejada y sobre el nivel de la ciudad, podía divisar todos los rincones y ángulos como si estuvieran dibujados sobre un mapa. Las calles parecían innumerables y se cruzaban de forma irregular en todas direcciones, siendo más bien callejones largos y sinuosos que aparecían absolutamente repletos de habitaciones. Las casas eran pintorescas. A cada lado había una profusión de balcones, de barandas, de minaretes, de hornacinas y miradores, fantásticamente esculpidos. Abundaban los bazares y en ellos había ricos objetos en infinita variedad y profusión: sedas, muselinas, resplandeciente cuchillería, magníficas joyas y piedras preciosas. Además de esto, por todas partes se veían estandartes y palanquines, literas que llevaban damas veladas, elefantes majestuosamente engualdrapados, ídolos grotescamente vestidos, tambores, banderas, batintines, lanzas, mazas plateadas y doradas, y en medio del gentío, del clamor y del tumulto y confusión generales -en medio de un millón de hombres negros y amarillos, de turbante y túnica, con las barbas flotantes- circulaba una innumerable multitud de bueyes sagrados, mientras nutridas legiones de monos inmundos pero sagrados trepaban, parloteaban y chillaban por las cornisas de las mezquitas o colgaban de los alminares y de los miradores. Desde las hormigueantes calles a la orilla del río, descendían innumerables escalinatas que llevaban a los baños, mientras el río mismo parecía hacerse paso con dificultad entre las nutridas flotas de barcos profundamente cargados que cubrían su superficie a lo largo y a lo ancho. Más allá de los límites de la ciudad se levantaban en frecuentes grupos majestuosos la palmera y el cocotero, con otros gigantescos y exóticos árboles de edad vetusta. Aquí y allá divisábase algún arrozal, alguna choza de paja de un campesino, una cisterna, un templo solitario, un campamento de gitanos o alguna graciosa doncella solitaria que marchaba con un cántaro sobre la cabeza hacia la orilla del río.

Desde luego, ustedes dirán que yo soñaba, pero no fue así. Lo que veía, lo que oía, lo que sentía, lo que pensaba no tenía nada de la inequívoca naturaleza del sueño. Todo era vigorosamente consecuente. Al principio, dudando de que estuviese realmente despierto, hice una serie de pruebas que me convencieron de lo que lo estaba realmente. Ahora bien, cuando uno sueña y dentro del sueño sospecha que está soñando, la sospecha nunca deja de confirmarse y quien sueña se levanta casi al instante. Por eso Novalis no yerra al decir que "estamos a punto de despertar cuando soñamos que soñamos". Si la visión se me hubiese presentado tal como la describo, sin la sospecha de que fuera un sueño, entonces debiera haberlo sido completamente; pero ocurriendo como sucedió, y sospechada y probada tal como lo fue, me veo forzado a clasificarla entre otros fenómenos.

-En eso no estoy seguro de que usted se equivocara -observó el doctor Templeton-; pero continué. Usted se levantó y descendió hasta la ciudad.

-Me levanté -continuó Bedloe, mirando fijamente al doctor con un aire de profunda sorpresa-, me levanté, como usted dice, y descendí a la ciudad. Por el camino me encontré entre un inmenso populacho que obstruía todas las avenidas siguiendo todos sus componentes en la misma dirección y mostrando la excitación más salvaje. Repentinamente, y movido por algún impulso inconcebible, llegué a sentirme imbuido intensamente de un interés por lo que iba a pasar. Parecía sentir que tenía un papel importante en el juego, sin comprender exactamente de qué se trataba. Sin embargo, frente a la multitud que me rodeaba experimenté un profundo sentimiento de animosidad. Me aparté de ella y rápidamente, dando un rodeo, llegué y entré en la ciudad. Allí todo era tumulto y contienda. Un pequeño grupo de hombres, con indumentaria medio india, medio europea y mandado por caballeros de uniforme parcialmente británico, estaba combatiendo' en absoluta desigualdad con el hormigueante populacho de las avenidas.

Me uní al grupo más débil, tomando las armas de un oficial caído y luché sin saber contra quién, con la nerviosa ferocidad de la desesperación.

Pronto fuimos vencidos por la masa y tuvimos que buscar refugio en una especie de quiosco. Allí nos 'atrincheramos y por el momento estuvimos seguros. Desde una tronera situada en la parte superior del quiosco vi un enorme gentío en furiosa agitación, que rodeaba y asaltaba un llamativo palacio que colgaba sobre el río. Entonces de una ventana alta del palacio se descolgó una persona de aspecto afeminado, valiéndose de una cuerda hecha con los turbantes de sus criados. En la orilla había un barco, en el cual escapó hasta la orilla opuesta del río.

Entonces una nueva decisión se apoderó de mi alma. Dije algunas apresuradas palabras a mis compañeros, y habiendo logrado convencer de mi propósito a unos cuantos de ellos, hice una salida frenética del quiosco. Nos arrojamos entre la multitud que nos rodeaba. Al principio retrocedieron, se reagruparon, luchando malamente, y de nuevo volvieron a retroceder. Mientras tanto, habíamos sido arrastrados lejos del quiosco y llegamos a estar aturdidos y enredados entre las estrechas calles de altas y sobresalientes casas, en cuyos recodos el sol no había sido capaz de brillar. El gentío presionaba impetuosamente sobre nosotros, hostigándonos con sus lanzas y abrumándonos con el vuelo de sus flechas. Estas últimas eran muy notables y se parecían en algunos aspectos al cris retorcido de los malayos. Imitaban el cuerpo de una serpiente arrastrándose, y eran largas y negras, con una punta envenenada. Una de ellas me alcanzó en la sien derecha. Me tambaleé y caí al suelo. Un mareo instantáneo y terrible se apoderó de mí. Luché, emití un estertor y quedé muerto.

-Difícilmente podrá pretender ahora -dije sonriendo- que toda su aventura no fue un sueño. ¿Supongo que no sostendrá que está muerto, verdad?

Desde luego, cuando dije estas palabras esperé alguna salida graciosa por parte de Bedloe, pero para asombro mío, le vi vacilar, temblar y ponerse terriblemente pálido, guardando silencio. Miré a Templeton. Estaba sentado, tieso y rígido, en una silla, sus dientes castañeteaban y sus ojos parecían salirse de las órbitas.

-¡Continué! -Le dijo al fin con voz ronca.

-Durante muchos minutos -siguió aquél- mi único sentimiento, mi única sensación, fue de oscuridad y vacío con la conciencia de la muerte. Finalmente, me pareció que una violenta y repentina descarga pasaba por mi alma, cual si se tratara de una descarga eléctrica. Con ella llegó el sentido de la elasticidad y de la luz. Esta última la sentí, no la vi. En un instante me pareció que me elevaba de la tierra, pero no tenía presencia corpórea, ni visible, ni audible o palpable. El gentío se había marchado, el Tumulto había cesado; la ciudad estaba en relativo reposo. Debajo de mí yacía mi cadáver, con la flecha clavada sobre la sien y la cabeza enormemente hinchada y desfigurada. Pero todas aquellas cosas las sentía en vez de verlas.

Nada me interesaba. Hasta el cadáver parecía algo que no me concernía. No tenía voluntad, pero sentía un impulso que me obligaba a moverme y volé ligeramente fuera de la ciudad, por el mismo camino sinuoso que había recorrido al entrar. Cuando hube alcanzado el punto del barranco donde había encontrado a la hiena, nuevamente experimenté una sacudida como de una pila galvánica, recobrando la sensación de peso, voluntad y materia. Recobré mi propio ser original y dirigí con apresuramiento mis pasos hacia casa; pero el pasado no había perdido la vivacidad de lo real, y ni siquiera ahora, por un instante, logro obligar a mi mente a considerar todo aquello como un sueño.

-No lo fue -dijo Templeton, con un aire de profunda solemnidad-, aunque sería difícil resolver la manera de calificarlo. Sólo presumamos que la mente del hombre de hoy está al borde de ciertos estupendos descubrimientos psíquicos. Con formémos con esta suposición. En cuanto al resto, he de dar algunas explicaciones. Aquí tienen una acuarela que yo les hubiera mostrado antes si un inexplicable sentimiento de temor no me hubiera impedido hacerlo.

Observamos el cuadro que nos presentaba. No vimos en él nada de extraordinario, pero su efecto sobre Bedloe fue prodigioso. Casi se desmayó al verlo, y eso que no era sino un retrato en miniatura -de milagroso parecido, eso sí- que reproducía con absoluta fidelidad sus rasgos característicos. Al menos eso pensé.

-Ustedes pueden observar -dijo Templeton- que la fecha de este retrato está aquí, apenas visible, en esta esquina: 1780. El retrato fue hecho ese año; pertenece a un amigo muerto, un tal señor Oldeb, con quien llegué a tener gran intimidad en Calcuta durante el gobierno de Warren Hasting. Entonces yo sólo tenía veinte años. Cuando lo vi a usted por vez primera, señor Bedloe, en Saratoga, la milagrosa semejanza entre usted y el cuadro me indujeron a abordarle, a buscar su amistad, y a conseguir lo necesario para llegar a ser su constante compañero. Con el fin de llevar a cabo este propósito, me impulsó parcialmente, de manera esencial, el recuerdo lleno de pena del difunto, pero bien, en parte, una inquieta curiosidad hacia usted mismo, no exenta de sentimientos pavorosos.

-En los detalles de la visión que presentó usted en las colinas ha descrito con la más minuciosa exactitud la ciudad india de Benarés, sobre el Río Sagrado. Los motines, el combate, la matanza fueron acontecimientos reales de la insurrección de Cheyte Sing, que tuvo lugar en 1780, cuando Hasting estuvo a punto de perder la vida. El hombre que escapó por la cuerda confeccionada con los turbantes fue el mismo Cheyte Sing. El grupo del quiosco eran cipayos y oficiales británicos, capitaneados por Hastings. Yo fui uno de los integrantes de este grupo, e hice cuanto pude por impedir la embestida y fatal salida del oficial que cayó en las callejuelas atestadas por la flecha envenenada de un bengalés. Aquel oficial era mi amigo más querido. Se trataba de Oldeb. Ustedes adivinarán por estas notas (en este momento, el narrador nos enseñó una libreta en la cual varias páginas parecían haber sido escritas recientemente) que en el mismo momento en que a usted, Bedloe, le sucedían esas cosas en medio de las montañas, yo me dedicaba aquí, en casa, a deleitarlas en estas páginas.

Una semana después de esta conversación apareció en un periódico de Charlottesville la siguiente nota:

"Tenemos el penoso deber de anunciar la muerte del señor Augusto Bedloe, un caballero cuyas buenas maneras y numerosas virtudes durante largo tiempo, le han valido el afecto de las gentes de Charlottesville.

Desde hace algunos años, el señor Bedloe ha padecido de neuralgias, que frecuentemente le amenazaron con terminar fatalmente; pero esto sólo puede ser considerado como la causa parcial de su muerte. La causa auténtica ofreció una especial singularidad. En una excursión a las Montañas Ragged, hace unos días, contrajo un ligero enfriamiento que le produjo una congestión en la cabeza. Para aliviar esto, el señor Templeton recurrió al uso frecuente de la sangría. Se le aplicaron sanguijuelas en las sienes, pero en un terrible y breve período el paciente murió, descubriéndose que en el tarro que contenía las sanguijuelas había sido introducida por accidente una de las sanguijuelas vermiculares venenosas que de vez en cuando se encuentran en las charcas de los alrededores. Este anélido se adhirió sobre una pequeña vena en la sien derecha, y su absoluta semejanza con las sanguijuelas medicinales hizo que el error se descubriese cuando era demasiado tarde.

»N. de la A.- Las sanguijuelas venenosas de Charlottesville siempre pueden distinguirse de las sanguijuelas usadas en medicina por su negrura y especialmente por sus retorcidos movimientos vermiculares, que se asemejan a los de las serpientes.

Estaba yo hablando con el director del periódico en cuestión sobre este notable accidente, cuando se me ocurrió preguntar por qué el nombre del difunto había aparecido como Bedlo.

-Supongo -dije- que usted tiene la suficiente autoridad como para emplear esa ortografía, pero yo siempre había supuesto que el nombre debía escribirse con una "e" al final.

-¡Autoridad! ¡No! -contestó él-. Sólo una simple errata tipográfica. El nombre es Bedloe, con una e final. Todo el mundo lo sabe y nunca en mi vida lo vi escribir de otro modo.

-Entonces -dije yo entre dientes, mientras daba media vuelta- sucede de hecho que una verdad es más extraña que cualquier ficción. Bedloe sin la "e" final no es sino Oldeb al revés... ¡Y este nombre me dice que se trata de un error tipográfico!

REVELACIÓN MESMÉRICA

Más allá de cualquier duda que aún pueda envolver a la lógica de la hipnosis, sus hechos sorprendentes son ahora casi universalmente admitidos. De éstos últimos, aquellos que dudan, son sus meros dudadores por profesión, una tribu improductiva y desprestigiada. No puede haber pérdida de tiempo más absoluta que el intento de probar, hoy día, que el hombre, mediante el mero ejercicio de la voluntad, puede impresionar tanto a su compañero, como para lanzarlo a una condición anormal, en la cual el fenómeno se asemeja mucho al de la muerte, o al menos se asemeja mucho más que los fenómenos de cualquier otra condición normal dentro de nuestro conocimiento; que, estando en este estado, la persona así impresionada empleando sólo con esfuerzo, y después débilmente, los órganos sensoriales externos, aún percibe, con aguda y refinada percepción, y mediante canales supuestamente desconocidos, asuntos fuera del rango de los órganos físicos; que, además, sus facultades intelectuales son exaltadas y vigorizadas formidablemente; que sus simpatías con la persona que así lo impresiona son profundas; y, finalmente, que su susceptibilidad a la impresión crece con su frecuencia, mientras, en la misma proporción, el peculiar fenómeno provocado es más extenso y más pronunciado.

Digo que a éstas -que son las leyes de la hipnosis en sus características generales- sería supererogación demostrarlas; no deba infligir yo sobre mis lectores una demostración tan innecesaria; hoy. Mi propósito al presente es por cierto muy diferente. Estoy impulsado, aún en pleno mundo de prejuicios, a detallar sin comentarios la muy notable sustancia de un coloquio, ocurriendo entre un sonámbulo y yo.

Por largo tiempo había estado yo en el hábito de hipnotizar a la persona en cuestión, (el Sr. Vankirk,) y la usual susceptibilidad y exaltación aguda de la percepción hipnótica había sobrevenido. Por muchos meses él había estado trabajando bajo una tuberculosis confirmada, el efecto más inquietante de la cual había sido aliviado por mis manipulaciones; y en la noche del Miércoles, decimoquinto del corriente mes, yo estaba emplazado junto a su cama.

El inválido estaba sufriendo un dolor agudo en la región del corazón, y respiraba con gran dificultad, presentando todos los síntomas típicos del asma. En espasmos como éstos generalmente había hallado alivio por la aplicación de mostaza en los centros nerviosos, pero ésta noche esto había sido intentado en vano.

Mientras entraba a su cuarto me saludó con una sonrisa alegre, y aunque evidentemente tenía mucho dolor corporal, parecía estar, mentalmente, bastante tranquilo.

"Lo mandé a buscar esta noche," dijo, "no tanto para atender a mi dolencia corporal, como para que me satisfaga sobre cierta impresión psíquica que, de tarde, me ha ocasionado mucha ansiedad y sorpresa. No necesito decirle cuán escéptico he sido hasta ahora en el tema de la inmortalidad del alma. No puedo negar que siempre ha existido, como si en este mismo alma que he estado negando, un vago semi-sentimiento de su propia existencia. Pero este semi-sentimiento en ningún momento implicó convicción. Con esto mi razón no tiene nada que hacer. Todos los intentos de indagación lógica acabaron, ciertamente, por dejarme más escéptico que antes. He sido advertido de estudiar a

Cousin. Lo estudié en sus propios trabajos tanto como en aquellos de sus ecos Europeos y Americanos. El 'Charles Elwood' del Sr. Brownson, por ejemplo, fue puesto en mis manos. Lo leí con profunda atención. En toda su extensión lo encontré lógico, pero las partes que no eran meramente lógicas eran infelizmente los argumentos iniciales del incrédulo héroe del libro. En su sumario me pareció evidente que el razonador no había triunfado siquiera en convencerse a sí mismo. Su final evidentemente había olvidado su comienzo, como el gobierno de Trínculo. En definitiva, no tardé mucho en percibir que si el hombre debe estar convencido intelectualmente de su propia inmortalidad, nunca será convencido por las meras abstracciones que durante tanto tiempo han sido la moda de los moralistas de Inglaterra, de Francia y de Alemania. Las abstracciones pueden entretener y ejercitar, pero no se afianzan en la mente. Aquí sobre la tierra, al menos, la filosofía, estoy persuadido, siempre nos alentará en vano a que veamos a las cualidades como cosas. La voluntad puedo afirmar -el alma- el intelecto, nunca.

"Repito, entonces, que solo sentí a medias, y que nunca creí intelectualmente. Pero últimamente ha habido una cierta profundización del sentimiento, hasta ha llegado tan cerca de asemejarse al beneplácito de la razón, que encontré difícil distinguir entre los dos. Estoy capacitado, también, para rastrear llanamente este efecto en la influencia hipnótica. No puedo explicar mejor mi propósito que por la hipótesis de que la exaltación hipnótica me habilita a percibir un tren de racionalización que, en mi existencia anormal, convence, pero que, en total conformidad con el fenómeno hipnótico, no se extiende, excepto a través de su efecto, en mi condición normal. En el sonambulismo, el razonamiento y su conclusión -la causa y su efecto- se presentan juntos. En mi estado natural, desapareciendo la causa, el efecto sólo, y tal vez sólo parcialmente, permanece.

"Estas consideraciones me han llevado a pensar que algún buen resultado puede devenir de una serie de preguntas bien dirigidas que se me propongan estando hipnotizado. Frecuentemente has observado el profundo auto-conocimiento evidenciado por el sonámbulo, el extenso conocimiento que muestra sobre todos los puntos concernientes a la misma condición hipnótica; y de este auto-conocimiento se pueden deducir indicios para la conducta propia de un catecismo."

Acepté por supuesto realizar este experimento. Unas pocas pasadas arrojaron al Sr. Vankirk en el sueño hipnótico. Su respiración se volvió inmediatamente más tranquila, y él pareció no sufrir de dolencias físicas. La conversación siguiente entonces aconteció: - V. en el diálogo representa al paciente, y P. a mí mismo.

P. ¿Estás dormido?

V. Sí, no dormiría mejor más profundamente.

P. [Después de unas pocas pasadas más.] ¿Duermes ahora?

V. Sí.

P. ¿Cómo crees que terminará tu enfermedad actual?

V. [Después de una larga vacilación y hablando como con esfuerzo.] Puedo morir.

P. ¿Te aflige la idea de la muerte?

V. [Muy rápidamente.] ¡No, no!

P. ¿Te complace la posibilidad?

V. Si estuviera despierto me gustaría morir, pero ahora no importa. La condición hipnótica es tan cercana a la muerte como para contentarme.

P. Me gustaría que se explicara, Sr. Vankirk.

V. Quiero hacerlo, pero requiere más esfuerzo del que me siento capaz de hacer. No me estas interrogando correctamente.

P. ¿Qué debo preguntar entonces?

V. Debes comenzar por el comienzo.

P. ¡El comienzo! ¿pero cuál es el comienzo?

V. Sabes que el comienzo es DIOS. [Esto fue dicho en un tono bajo, fluctuante, y con todos los signos de la veneración más profunda.]

P. ¿Qué es Dios entonces?

V. [Vacilando por varios minutos.] No puedo decirlo.

P. ¿Dios no es espíritu?

V. Cuando estaba despierto sabía lo que querías decir con "espíritu," pero ahora parece sólo una palabra - tal como por ejemplo verdad, belleza - una cualidad, quiero decir.

P. ¿Dios no es inmaterial?

V. No hay inmaterialidad - eso es sólo una palabra. Aquello que no es materia, no es nada - salvo que las cualidades sean cosas.

P. ¿Dios es, entonces, material?

V. No. [Esta respuesta me sobresaltó mucho.]

P. ¿Entonces qué es?

V. [Después de una larga pausa, y en un murmullo.] Veo, pero es una cosa difícil de decir. [Otra larga pausa.] No es espíritu, ya que existe. Ni es materia, tal como tú la entiendes. Pero hay graduaciones de materia de las que el hombre no sabe nada; lo más grueso impulsando a lo más fino, lo más fino impregnado lo más grueso. La atmósfera, por ejemplo, impulsa al principio eléctrico, mientras que el principio eléctrico impregna la atmósfera. Estas graduaciones de materia crecen en rareza o finura, hasta que llegan a una materia no-particular, sin partículas, indivisible, uno y aquí la ley de impulsión y impregnación es modificada. Lo último, o materia no-particular, no sólo impregna todas las cosas sino que impulsa todas las cosas - y así es todas las cosas en sí misma. Esta materia es Dios. Lo que los hombre intentan abarcar con la palabra "pensamiento," es esta materia en movimiento.

P. Los metafísicos sostienen que toda acción es reducible a movimiento y pensamiento, y que el último es el origen del anterior.

V. Sí; y ahora veo la confusión de la idea. El movimiento es la acción de la mente - no del pensamiento. La materia no-particular, o Dios, en estado de latencia, es (tan cerca como podemos concebirlo) lo que los hombres llaman mente. Y el poder del automovimiento (equivalente en su efecto a la voluntad humana) es, en la materia no-particular, el resultado de su unidad y omnisciencia; cómo no lo sé, y ahora veo claramente que nunca lo sabré. Pero la materia no-particular, puesta en movimiento por una ley, o cualidad, existente en sí misma, está pensando.

P. ¿No puedes darme una idea más precisa de lo que llamas materia no-particular?

V. Las materias de las que el hombre es conocedor, escapan a los sentidos en gradación. Tenemos, por ejemplo, un metal, un pedazo de madera, una gota de agua, la atmósfera, un gas, calor, electricidad, el éter luminífero. Ahora nosotros llamamos materia a todas estas cosas, y contenemos toda la materia en una definición general; pero sin embargo, no puede haber dos ideas más esencialmente diferentes que aquella que asociamos a un metal, y aquella que asociamos al éter luminífero. Cuando alcanzamos el último, sentimos una inclinación casi irresistible a clasificarlo con el espíritu, o con la nada. La única consideración que nos retiene es nuestra concepción de su constitución atómica; y aquí, aún, tenemos que buscar ayuda en nuestra noción de un átomo, como de algo poseedor de una infinita pequeñez, solidez, palpabilidad, peso. Destruyamos la idea de la constitución atómica y ya no seremos capaces de entender al éter como una entidad, o al menos como materia. Por necesidad de una palabra mejor podemos llamarlo espíritu. Vayamos, ahora, un paso más allá del éter luminífero -concibamos una materia tanto más rara que el éter, cuanto éste éter es más raro que el metal, y arribaremos de una vez (pese a todos los dogmas de escuela) a una masa única- una materia no-particular. Pero aunque podamos admitir la infinita pequeñez de los átomos mismos, la infinidad de pequeñez del espacio entre ellos es un absurdo. Habrá un punto, habrá un grado de rareza, en el cual, si los átomos son suficientemente numerosos, los interespacios desaparecen, y la masa se une absolutamente. Pero ante la consideración de que la

constitución atómica sea ahora extraída, la naturaleza de la masa inevitablemente cae en lo que concebimos como espíritu. Esta claro, sin embargo, que es una materia completa como antes. La verdad es, no es posible concebir el espíritu, ya que es imposible imaginar lo que no es. Cuando nos jactamos de haber establecido su concepción, sólo hemos engañado a nuestro entendimiento con la consideración de una materia infinitamente rarificada.

P. Se me ocurre una objeción insuperable a la idea de la unión absoluta; -y se trata de la pequeñísima resistencia experimentada por los cuerpos celestes en sus revoluciones a través del espacio- una resistencia que ahora se ha determinado, es verdad, existe en algún grado, pero la cual es, sin embargo, tan pequeña como para haber sido pasada por alto por la sagacidad hasta de Newton. Sabemos que la resistencia de los cuerpos es, principalmente, proporcional a su densidad. Unión absoluta es densidad absoluta. Donde no hay interespacios, no puede haber flexibilidad. Un éter, absolutamente denso, pondría un fin infinitamente más efectivo al progreso de una estrella que un éter de diamantino o de hierro.

V. Tu objeción se contesta con una facilidad que está casi en proporción con su aparente incontestabilidad. A los efectos del progreso de una estrella, no hace demasiada diferencia si la estrella pasa a través del éter, o el éter a través de ella. No hay un error astronómico mas incomprensible que aquel que concilia el retardo conocido de los cometas con la idea de su pasaje por un éter: ya que, por más denso que éste éter sea supuesto, pondría fin a todas las revoluciones siderales, en un período tanto más corto de lo que ha sido admitido por aquellos astrónomos que se han empeñado en calumniar sobre un punto que hallan imposible comprender. El retardo experimentado realmente es, por el contrario, aproximadamente el que se puede esperar de la fricción del éter en su pasaje instantáneo a través de la órbita. En un caso, la fuerza de retardo es momentánea y completa en sí misma, en el otro es infinitamente acumulativa.

P. Pero en todo esto -en ésta identificación de mera materia con Dios- ¿No hay algo de irreverencia? [Me vi obligado a repetir ésta pregunta antes que el sonámbulo entendiera completamente su significado.]

V. ¿Puedes decir por qué la materia debe ser menos reverenciada que la mente? Pero olvidas que la materia de la que hablo es, en todos los aspectos, la misma "mente" o "espíritu" de las escuelas, hasta donde conciernen sus altas capacidades, y es, además, al mismo tiempo la "materia" de esas escuelas. Dios, con todos los poderes atribuidos al espíritu, no es más que la perfección de la materia.

P. ¿Afirmas, entonces, que la materia no-particular, en movimiento, es pensamiento?

V. En general, este movimiento es el pensamiento universal de la mente universal. Este pensamiento crea. Todas las cosas creadas no son más que los pensamientos de Dios.

P. Dices, "en general."

V. Sí. La mente universal es Dios. Para individualidades nuevas, la materia es necesaria.

P. Pero ahora hablas de "mente" y "materia" como lo hacen los metafísicos.

V. Sí, para evitar confusiones. Cuando digo "mente," quiero decir la materia no-particular o última; por "materia," significo todo el resto.

P. Decías que "para individualidades nuevas la materia es necesaria."

V. Sí; para la mente, el incorporado existente, es simplemente Dios. Para crear seres individuales, pensantes, era necesario incorporar porciones de la mente divina. Así el hombre es individualizado. Despojado de la investidura corporal, sería Dios. Así, el movimiento particular de las porciones encarnadas de la materia no-particular es el pensamiento del hombre; mientras que el movimiento del conjunto es el de Dios.

P. ¿Dices que despojado del cuerpo el hombre será Dios?

V. [Después de mucha vacilación.] No puedo haber dicho esto; es un absurdo.

P. [Refiriéndome a mis notas.] Dijiste que "despojado de la investidura corporal el hombre sería Dios."

V. Y es verdad. El Hombre así despojado sería Dios, sería individualizado. Pero nunca puede ser despojado así -al menos nunca lo será- sino deberíamos imaginar una acción de Dios volviendo sobre sí mismo, una acción inútil y fútil. El hombre es una criatura. Las criaturas son los pensamientos de Dios. La naturaleza del pensamiento es ser irrevocable.

P. No entiendo. ¿Dices que el hombre nunca se librará del cuerpo?

V. Digo que nunca será incorpóreo.

P. Explica.

V. Hay dos cuerpos, el rudimentario y el completo; correspondiendo a las dos condiciones del gusano y la mariposa. Lo que llamamos "muerte," no es más que la dolorosa metamorfosis. Nuestra encarnación actual es progresiva, preparatoria, temporaria. Nuestro futuro es perfecto, último, inmortal. La vida última es el diseño total.

P. Pero de la metamorfosis del gusano somos palpablemente conocedores.

V. Nosotros, ciertamente, pero no el gusano. La materia de la cual está compuesta nuestro cuerpo rudimentario, está al alcance del conocimiento de los órganos de ese cuerpo; o, más claramente, nuestros órganos rudimentarios están adaptados a la materia de la cual está formado el cuerpo rudimentario; pero no a aquella de la que está compuesta el último. Así el cuerpo último escapa a nuestros sentidos rudimentarios, y sólo percibimos la coraza que desciende, en decadencia, de la forma interna; no la forma interna en sí misma; pero ésta forma interna, tanto como la coraza, es apreciable por aquellos que ya han alcanzado la vida última.

P. Has dicho a menudo que el estado hipnótico se asemeja mucho al de la muerte. ¿Cómo es esto?

V. Cuando digo que se asemeja a la muerte, quiero decir que se asemeja a la vida última; ya que cuando estoy hipnotizado los sentidos de mi vida rudimentaria quedan en suspenso, y percibo las cosas externas directamente, sin órganos, por un medio que emplearé en la vida última, desorganizada.

P. ¿Desorganizada?

V. Sí; los órganos son objetos mediante los cuales lo individual es puesto en relación sensible con ciertas clases y formas de materia, para la exclusión de otras clases y formas. Los órganos del hombre están adaptados a su condición rudimentaria, y sólo a eso; su condición última, siendo desorganizada, es de comprensión ilimitada en todos sus puntos excepto uno -la naturaleza de la voluntad de Dios- que es como decir, el movimiento de la materia no-particular. Tendrás una idea clara del cuerpo último concibiéndolo como puro cerebro. No es esto; pero una concepción de esta naturaleza te dará una idea cercana de lo que es. Un cuerpo luminoso hace vibrar al éter luminífero. Las vibraciones generan otras similares dentro de la retina; éstas a su vez le comunican otras similares al nervio óptico. El nervio le comunica otras similares al cerebro; el cerebro, también, otras similares a la materia no-particular que lo impregna. El movimiento de éste último es el pensamiento, del cual la percepción es la primer ondulación. Éste es la forma en la cual la mente de la vida rudimentaria se comunica con el mundo externo; y éste mundo externo está, para la vida rudimentaria, limitado, por la idiosincrasia de sus órganos. Pero en la vida última, desorganizada, el mundo externo alcanza al cuerpo entero, (que es de una sustancia que tiene afinidad con el cerebro, como he dicho) sin más intervención que aquella de un éter aún infinitamente más raro que el luminífero; y en éste éter -al unísono con él- vibra el cuerpo entero, poniendo en movimiento a la materia no-particular que lo impregna. Es a la ausencia de órganos idiosincrásicos, entonces, que debemos atribuir la casi ilimitada percepción de la vida última. Para las criaturas rudimentarias, los órganos son cárceles necesarias para confinarlos hasta que emplumen.

P. Hablas de "criaturas" rudimentarias. ¿Hay otras criaturas rudimentarias pensantes además del hombre?

V. La conglomeración multitudinaria de materia rara en nebulosas, planetas, soles, y otros cuerpos que no son nebulosas, soles, ni planetas, tiene el único propósito de proporcionar alimento a la idiosincrasia de los órganos de una infinidad de criaturas rudimentarias. Si no fuera por la necesidad del rudimentario, anterior a la vida última, no habría habido cuerpos como éstos. Cada uno de éstos está habitado por una variedad diferente de criaturas orgánicas, rudimentarias, pensantes. En todos, los órganos varían con las características del lugar habitado. A la muerte, o metamorfosis, éstas criaturas, disfrutando la vida última -la inmortalidad- y conocedores de todos los secretos excepto el único, hacen todas las cosas y van a todos lados por mera voluntad: - morando, no las estrellas, que para nosotros parecen las únicas certezas, y para la distribución de las cuales estimamos ciegamente el espacio creado -sino ese ESPACIO en sí mismo- en la infinidad del cual la verdadera vastedad sustantiva se traga las sombras de las estrellas, exterminándolas como no-entidades desde la percepción de los ángeles.

P. Dices que "si no fuera por la necesidad de la vida rudimentaria" no hubieran habido estrellas. ¿Pero por qué ésta necesidad?

V. En la vida inorgánica, tanto como en la materia inorgánica en general, no hay nada que impida la acción de una única ley simple, la Voluntad Divina. Con la perspectiva de resultar un impedimento, es que la vida y la materia orgánica, (complejas, sustanciales, y sujetas a la ley,) fueron inventadas.

P. Pero otra vez, ¿Por qué debía ser producido éste impedimento?

V. El resultado de una ley inviolada es perfección -felicidad correcta- negativa. El resultado de una ley violada es imperfección, dolor erróneo, positivo. A través de los impedimentos enfrentados por el número, la complejidad, y la sustancialidad de las leyes de la vida y la materia orgánica, la violación de la ley se hace, hasta cierto punto, practicable. Así el dolor, que en la vida inorgánica es imposible, es posible en la orgánica.

P. ¿Pero con que buen fin el dolor es así hecho posible?

V. Todas las cosas son buenas o malas por comparación. Un análisis suficiente mostrará que el placer, en todos los casos, no es más que el contraste del dolor. El placer positivo es una mera idea. Para ser felices hasta un cierto punto debemos haber sufrido hasta el mismo. No sufrir nunca sería nunca haber sido bendecido. Pero ha sido demostrado que, en la vida inorgánica, el dolor no puede ser así la necesidad de la orgánica. El dolor de la vida primitiva de la Tierra, es la única base de la dicha de la vida última en el cielo.

P. Aún, hay una de tus expresiones que encuentro imposible de comprender, "la verdadera vastedad sustantiva de la infinidad."

V. Esto, probablemente, suceda porque no tienes una concepción suficientemente genérica del término "sustancia". No debemos suponerlo como una cualidad, sino como un sentimiento: - es la percepción, en las criaturas pensantes, de la adaptación de la materia a su organización. Hay muchas cosas en la Tierra, que podrían ser la nada para los habitantes de Venus, muchas cosas visibles y tangibles en Venus, de las que nosotros podríamos no apreciar siquiera su existencia. Pero para las criaturas inorgánicas -para los ángeles- la totalidad de la materia no-particular es sustancial eso es como decir, la totalidad de lo que llamamos "espacio" es para ellos la verdadera sustancialidad; las estrellas, en tanto, mediante lo que consideramos su materialidad, escapan al sentido angélico, al igual que la materia no-particular, mediante lo que consideramos su inmaterialidad, elude lo orgánico.

Mientras el sonámbulo pronunciaba estas últimas palabras, con un tono débil, observé en su aspecto una expresión singular, que en cierto modo me alarmó, y me indujo a despertarlo de una vez. Tan pronto lo hube hecho, que, con una sonrisa brillante irradiando por todos sus rasgos, cayó sobre su almohada y murió. Noté que menos de un minuto después su cuerpo tenía toda la austera rigidez de la piedra. Su frente tenía la frialdad del hielo. Tal como, por lo común, hubiera aparecido, sólo después de una larga

presión de la mano de Azrael. ¿Es que el sonámbulo, ciertamente, durante la última porción de su discurso, había estado dirigiéndose a mí desde más allá de la región de las tinieblas?

BREVE CHARLA CON UNA MOMIA

El 'symposium' de la noche anterior había fatigado un poco mis nervios. Tenía un atroz dolor de cabeza y estaba desesperadamente soñoliento. Por eso, en vez de pasar fuera la noche, como tenía intención, se me ocurrió que no podía hacer nada más sensato que tomar cualquier cosa de cena y meterme al punto en la cama.

Una cena 'ligera', naturalmente. Soy aficionado con exceso a las tostadas untadas de queso derretido, con cerveza. Comer más de una libra de una vez puede no ser, empero, del todo aconsejable. Aunque no cabe hacer objeción material a la cifra dos. Y, en realidad, entre dos y tres hay, en suma, una sola unidad de diferencia. Me arriesgué, quizá, hasta engullir cuatro. Mi mujer sostiene que fueron cinco; pero, a no dudar, ha confundido ella dos cuestiones muy distintas. El número abstracto cinco estoy dispuesto a admitirlo; pero, concretamente, ella se refiere a las botellas de Brown Stout, sin las cuales, en materia de condimento, hay que huir de las tostadas de queso.

Habiendo así despachado una comida frugal, y ya puesto el gorro de dormir, abrigando la sincera esperanza de gozar de él hasta las doce del día siguiente, apoyé mi cabeza sobre la almohada, y con la ayuda de una conciencia excelente me sumí en un profundo sueño, desde luego.

Pero ¿cuándo se realizan por completo las esperanzas de la Humanidad? Apenas había acabado mi tercer ronquido, sonaron unos furiosos campanillazos en la puerta de la calle y, luego, unos aldabonazos impacientes que me despertaron en seguida. Un minuto después, y mientras me restregaba todavía los ojos, mi mujer me metió en la cara una esquila de mi viejo amigo el doctor Ponnonner. Rezaba así:

«Venga a casa sin falta, mi querido y buen amigo, tan pronto como reciba ésta. Venga a compartir mi alegría. Al fin, merced a una perseverante diplomacia, he obtenido el consentimiento de los directores del Museo de la ciudad para que examine la momia, ya sabe usted a cuál me refiero. Tengo permiso para desfajarla y abrirla, si quiero. Sólo unos cuantos amigos estarán presentes, usted entre ellos, por supuesto. La momia se encuentra ahora en mi casa, y comenzaremos a desfajarla a las nueve de la noche.

Siempre suyo,
PONNONNER.»

Antes de llegar al 'Ponnonner' me convencí de que estaba tan despierto como un hombre necesita estarlo. Salté del lecho, extasiado, derribando todo en mi camino; me vestí con una rapidez verdaderamente maravillosa, y saliendo a la calle, me dirigí a toda velocidad hacia la casa del doctor.

Encontré allí una reunión muy agitada. Me habían esperado con mucha impaciencia. La momia estaba tendida sobre la mesa del comedor; en el momento de entrar habían comenzado su examen.

Aquella momia era una de las dos traídas unos años antes por el capitán Arthur Sabretahs, un primo de Ponnonner, de una tumba cercana a Eleithias, en las montañas libias, a una distancia considerable, más arriba de Tebas, junto al Nilo. Los sepulcros, en ese lugar, aunque menos magníficos que los tebanos, son de mayor interés, pues ofrecen numerosas ilustraciones de la vida privada de los egipcios. La cámara de donde había

sido cogido nuestro ejemplar era, según decían, muy rica en tales ilustraciones: los muros estaban completamente cubiertos de pinturas al fresco y de bajorrelieves; a trechos, estatuas, vasos y una obra de mosaico de excelente modelo atestiguaban la crecida fortuna de los difuntos.

El tesoro fue depositado en el Museo, precisamente en el mismo estado en que el capitán Sabretahs lo había encontrado; es decir, con el féretro intacto. Durante ocho años permaneció allí expuesta, sometida sólo en su exterior a las miradas públicas. Teníamos, por tanto, ahora, la momia completa a nuestra disposición, y a los que saben cuán raro es que lleguen a nuestras costas antigüedades sin saquear les resultará evidente en seguida que teníamos muchas razones para congratularnos de nuestra buena suerte.

Al acercarme a la mesa vi sobre ella un cajón o arca de cerca de siete pies de largo y quizá de tres pies de ancho por dos pies y medio de profundidad. Era oblongo, no en forma de ataúd. Al principio supusimos que la materia de que estaba hecho era madera de sicomoro; pero al cortarla nos encontramos con que era cartón, o, con más propiedad, 'papier mâché' compuesto de papiro. Estaba toscamente adornado de pinturas representando escenas funerarias y otros temas lúgubres, con las cuales se entremezclaban en todos sentidos ciertas series de caracteres jeroglíficos, que significaban, sin duda, el nombre del difunto. Por fortuna, Mr. Gliddon formaba parte de la reunión, y no tuvo dificultad en traducirnos las letras, que eran sólo fonéticas y componían la palabra «Allamistakeo».

Nos costó algún trabajo abrir el arca sin estropearla; pero, efectuada al cabo la tarea, encontramos una segunda, ésta en forma de ataúd y de un tamaño mucho menor que la externa, aunque parecida a aquella con exactitud en todo lo demás. El espacio entre las dos estaba relleno de resina, que había, hasta cierto punto, deteriorado los colores de la caja interna.

Después de haber abierto ésta (lo cual nos fue muy fácil), llegamos a una tercera caja, también en forma de ataúd y que no se diferenciaba de la segunda en ningún detalle, salvo en su materia, que era cedro y desprendía aún el peculiar y altamente aromático olor de esa madera. Entre la segunda y la tercera caja no quedaba espacio alguno, pues la una entraba con toda precisión en la otra.

Al sacar la tercera caja descubrimos y sacamos el propio cuerpo. Esperábamos encontrarlo, como es costumbre, envuelto en numerosas tiras o vendas de lino; pero en lugar de ello hallamos una especie de vaina hecha de papiro y cubierta de una capa de yeso burdamente pintada y dorada. Las pinturas representaban temas relacionados con los diversos supuestos deberes del alma y su presentación a las diferentes divinidades, entre numerosas figuras humanas idénticas, puestas allí, con toda probabilidad, como retratos de las personas embalsamadas. De la cabeza a los pies extendíase una inscripción columnaria o perpendicular en jeroglíficos fonéticos, indicando de nuevo el nombre y los títulos del difunto y los nombres y títulos de sus parientes.

Alrededor del cuello así desfajado estaba el collar de cuentas de vidrio cilíndricas de diversos colores y dispuesto como para formar imágenes de deidades, del escarabajo, etc., con el globo alado. En torno a la parte estrecha de la cintura había un collar o cinturón parecido.

Habiendo quitado el papiro, encontramos la carne en excelente conservación, sin ningún olor perceptible. El color era rojizo. La piel, dura, lisa y satinada. Los dientes y los cabellos se hallaban en buen estado. Los ojos (al parecer) habían sido arrancados, sustituyéndolos con otros de vidrio, muy bellos, que imitaban a maravilla la vida, salvo en su fijeza, demasiado acentuada. Los dedos y las uñas estaban brillantemente dorados.

Mr. Gliddon opinaba, dada la rojez de la epidermis, que el embalsamamiento había sido efectuado enteramente con asfalto; pero al raspar la superficie con un instrumento de

acero, y habiendo echado al fuego un poco del polvo así obtenido, se hizo evidente el olor de alcanfor y de otras gomas aromáticas.

Examinamos el cadáver con sumo cuidado para descubrir las incisiones acostumbradas, por las cuales eran extraídas las entrañas; pero, para sorpresa nuestra, no encontramos una sola. Ningún miembro de la reunión sabía en aquel momento que es frecuente encontrar momias enteras o sin incisiones. El cerebro solía vaciarse por la nariz; los intestinos, por una incisión en el costado. El cuerpo era entonces afeitado, lavado y salado; luego lo dejaban reposar aparte durante varias semanas, y después comenzaba la operación del embalsamamiento propiamente dicho.

Como no se podía encontrar ninguna huella de incisión, el doctor Ponnonner preparaba sus instrumentos de disección cuando hice notar que eran ya las dos dadas. Al llegar aquí se acordó aplazar el examen interno hasta la noche próxima, y cuando íbamos a separarnos, alguien sugirió la idea de un experimento o dos con la pila de Volta.

La aplicación de la electricidad a una momia que tendría tres o cuatro mil años era una idea, si no muy sensata, al menos bastante original, y todos la cogimos al vuelo. Con una décima parte de seriedad y nueve décimas partes de broma, dispusimos una batería en el gabinete del doctor, y transportamos allí al egipcio.

Sólo después de mucho trabajo conseguimos descubrir un trozo del músculo temporal que parecía presentar menor rigidez pétreo que las otras partes del cuerpo, pero que, como esperábamos, no dio, claro está, señal de susceptibilidad galvánica al ponerlo en contacto con el alambre. Al tercer ensayo esto nos pareció decidido y, riéndonos con ganas de nuestro propio desatino, nos deseábamos las buenas noches mutuamente cuando mis ojos, cayendo por casualidad sobre los de la momia, se quedaron allí clavados de asombro. Aquel breve vistazo me bastó, en realidad, para tener la completa certeza de que los globos que todos habíamos supuesto eran de vidrio, y que al principio se distinguían por una extraña fijeza, estaban ahora tan bien cubiertos por los párpados, que sólo era visible una pequeña porción de la 'túnica albugínea'.

Llamé la atención con un grito sobre aquel hecho, que fue en seguida evidente para todos.

No diré que me sentí 'alarmado' por el fenómeno, porque «alarmado» no es, en mi caso, la palabra exacta. Es posible, sin embargo, que, a causa del Brown Stout, estuviese un poco nervioso. En cuanto al resto de los reunidos, no intentaron, por cierto, ocultar el claro miedo que los invadía. El doctor Ponnonner era un hombre que daba lástima. Mr. Gliddon, por algún procedimiento especial, se hizo invisible. E imagino que Mr. Silk Buckingham no tendrá la osadía de negar que se metió a cuatro patas debajo de la mesa.

Pasada la primera conmoción de estupor, decidimos, empero, ni que decir tiene, efectuar inmediatamente otro experimento. Nuestras operaciones se dirigieron ahora contra el dedo pulgar del pie derecho. Hicimos una incisión en la parte externa del 'os sesamoideum pollicis pedis' y llegamos así a la raíz del músculo 'abductor'. Adaptando de nuevo la batería, aplicamos ahora el fluido a los nervios bisectores cuando, con un movimiento que superaba al de la vida natural, la momia levantó la rodilla derecha como para ponerla en estrecho contacto con el abdomen, y luego, enderezando aquel miembro con una fuerza inconcebible, largó un puntapié al doctor Ponnonner, que tuvo por efecto disparar a dicho 'gentleman' como el proyectil de una catapulta y lanzarle a la calle por una ventana.

Nos precipitamos fuera 'en masse' para recoger los destrozados restos de la víctima; pero tuvimos la dicha de encontrárnoslo en la escalera que subía con una inexplicable celeridad, henchido de la más ardiente filosofía y más convencido que nunca de la necesidad de proseguir nuestro experimento con vigor y celo.

Por consejo suyo, en efecto, hicimos, acto seguido, una profunda incisión en la punta de la nariz del paciente mientras el propio doctor, cogiéndola con ímpetu, la puso en violento contacto con el alambre.

Moral y físicamente -metafórica y literalmente- el efecto fue eléctrico. Primero, el cadáver abrió los ojos y parpadeó muy de prisa durante unos minutos, como hace Mr. Barnes en su pantomima; en segundo lugar, estornudó; en tercer lugar, se incorporó, quedando sentado; en cuarto, colocó su puño ante la cara del doctor Ponnonner, y en quinto lugar, volviéndose hacia los señores Gliddon y Buckingham, se dirigió a ellos, en el egipcio más puro, de este modo:

-Debo decirles, caballeros, que estoy tan sorprendido como mortificado por su conducta. Del doctor Ponnonner no podía esperarse otra cosa. Es un desdichado y gordo mentecatuero que no sabría hacer nada mejor. Le compadezco y le perdono. Pero usted Mr. Gliddon, y usted, Silk, que han viajado y residido en Egipto hasta el punto de que podría imaginarse que han nacido en aquellas tierras; usted, digo, que ha vivido tanto tiempo entre nosotros, que habla el egipcio tan bien, creo, como escribe su lengua materna; de usted, a quien había yo considerado siempre como el más fiel amigo de las momias, esperaba realmente un comportamiento más caballeroso. ¿Qué debo pensar de su actitud impasible al verme tratado de un modo tan cruel? ¿Qué debo suponer cuando permite a Juan y a Pedro que me despojen de mi féretro y de mis ropas en este clima detestablemente frío? ¿Desde qué punto de vista (para terminar) debo considerar su ayuda y complicidad a ese miserable y pequeño bellaco del doctor Ponnonner al tirarme de la nariz?

Se supondrá, de fijo, que después de oír aquel discurso en tales circunstancias salimos todos por la puerta, o caímos presa de violentos ataques de nervios, o sufrimos un desmayo general. Una de estas tres cosas era, digo yo, de esperar. Al fin y al cabo, cada una de esas tres líneas de conducta pudo haber sido seguida muy plausiblemente. Y, bajo palabra, no he logrado saber cómo o por qué no seguimos ninguna de las tres. Aunque acaso haya que buscar la verdadera razón en el espíritu de este tiempo, que actúa siempre conforme a la regla de los contrarios, la cual se admite ahora como solución de lo que sea por medio de paradojas e imposibles. O tal vez, después de todo, era tan sólo el aire harto natural y familiar de la momia lo que quitaba a sus palabras todo sentido terrorífico. Comoquiera que fuese, los hechos son evidentes, y ningún miembro de nuestra reunión reveló un azaramiento especial o pareció creer que había ocurrido algo del orden más irregular.

Por mi parte, estaba convencido de que todo era natural, y me situé simplemente a un lado, fuera del alcance del puño del egipcio. El doctor Ponnonner se metió las manos en los bolsillos, miró, iracundo, a la momia y se puso muy colorado. Mr. Gliddon se acariciaba las patillas y estiraba el cuello de su camisa. Mr. Buckingham bajó la cabeza y se metió el pulgar derecho en la comisura izquierda de la boca.

El egipcio le miró con cara severa durante unos minutos, y por último dijo con un gesto despreciativo:

-¿Por qué no habla, Mr. Buckingham? ¿Ha oído usted, o no, lo que le he preguntado? ¿Quiere quitarse de la boca ese dedo?

Mr. Buckingham, al decir esto, tuvo un ligero sobresalto, se sacó el pulgar derecho de la comisura izquierda de la boca y, a modo de compensación, introdujo su pulgar izquierdo en la comisura derecha de la abertura antes mencionada.

No pudiendo obtener una respuesta de Mr. Buckingham, la momia se volvió, malhumorada, hacia Mr. Gliddon, y en tono perentorio le pidió que explicase en términos generales qué era lo que deseábamos todos.

Mr. Gliddon respondió extensamente en fonética, y de no ser por la insuficiencia de tipos jeroglíficos en las imprentas americanas, tendría yo mucho gusto en transcribir aquí, en el original, su excelente discurso.

Aprovecharé esta ocasión para hacer notar que toda la conversación subsiguiente, en que tomó parte la momia, tuvo lugar en egipcio primitivo, por mediación (en lo que

respecta a mí mismo y a los otros miembros de la reunión que no habían viajado), por mediación, repito, de los señores Gliddon y Buckingham como intérpretes. Estos caballeros hablaban la lengua materna de la momia con fluidez y gracia inimitables; pero no podía yo dejar de observar que (a causa, sin duda, de la introducción de imágenes enteramente modernas y, por descontado, enteramente nuevas para el extranjero) los dos viajeros se vieron a veces precisados a emplear formas sensibles, a fin de darles un sentido especial. Hubo un momento, por ejemplo, en que Mr. Gliddon no pudo hacer comprender al egipcio el vocablo «política» hasta que trazó sobre la pared, con un trozo de carbón, un caballere de nariz granujienta, con los codos al aire, erguido en una tribuna, con la pierna izquierda estirada hacia atrás, el brazo derecho proyectado hacia adelante, el puño cerrado, los ojos alzados hacia el cielo y la boca abierta en un ángulo de noventa grados. De igual modo, Mr. Buckingham no conseguía hacerle entender la idea, por completo moderna, de 'whig', hasta que (por indicación del doctor Ponnonner), palideciendo a fondo, accedió a quitarse la suya.

Era, en verdad, muy comprensible que el discurso de Mr. Gliddon versara principalmente sobre los grandes beneficios que la ciencia podía obtener del desfajamiento y desentrañamiento de las momias, disculpando a este respecto cualquier molestia que le hubieran podido causar a él en particular, a la momia llamada Allamistakeo; terminó con la simple insinuación (pues apenas fue más) de que como aquellas pequeñas cuestiones estaban ahora ya explicadas, podíase en el acto proseguir la investigación proyectada. Al llegar aquí, el doctor Ponnonner preparó sus instrumentos.

Con relación a las últimas sugerencias del orador, parece ser que Allamistakeo sintió ciertos escrúpulos de conciencia, sobre la naturaleza de los cuales no he sido claramente informado; pero se mostró satisfecho de las disculpas ofrecidas y, bajándose de la mesa, dio la mano a toda la reunión a la redonda.

Cuando hubo terminado esta ceremonia nos ocupamos sin demora de reparar los daños que el escalpelo había causado al paciente. Cosimos la herida de su sien, le vendamos el pie y aplicamos una pulgada de tafetán negro sobre la punta de su nariz.

Observamos entonces que el conde (éste era el título, al parecer, de Allamistakeo) sentía un ligero temblor, seguramente motivado por el frío. El doctor fue acto seguido a su guardarropa y volvió al momento con un frac negro del mejor corte hecho por Jennings, un pantalón de tartán azul cielo con trabillas, una 'chemise' de guinda rosada, un chaleco de brocado con solapas, un gabán saco claro, un bastón de cayada, un sombrero sin alas, unas botas de charol, unos guantes de gamuza color paja, unas antiparras y una corbata de plastrón. A causa de la diferencia de talla entre el conde y el doctor (la proporción era como de dos a uno), costó cierto trabajo adaptar aquellas prendas a la persona del egipcio; pero cuando todo estuvo arreglado, podía él decir, por lo menos, que estaba bien vestido. Mr. Gliddon, pues, le dio el brazo y le condujo hacia un cómodo sillón junto al fuego, mientras el doctor tocó la campanilla, presuroso, y mandó que trajesen cigarros y vino.

Se animó la conversación muy pronto. Existía, naturalmente, mucha curiosidad con respecto al hecho, bastante notable, de que Allamistakeo estuviera vivo.

-Yo hubiera pensado -observó Mr. Buckingham- que hacía ya mucho tiempo que había usted muerto.

-¡Cómo! -replicó el conde, muy asombrado-. ¡Si no tengo más que setecientos años! Mi padre vivió mil, y no chocheaba en absoluto cuando murió.

Siguió a esto una serie de preguntas y de cálculos, por medio de los cuales resultó patente que la antigüedad de la momia había sido muy torpemente evaluada. Hacía cinco mil cincuenta años y unos meses que había sido depositada en las catacumbas de Eleithias.

-Pero mi observación -prosiguió Mr. Buckingham- no se refería a su edad en la época de su entierro (no deseo, de todas veras, sino reconocer que aún es usted joven); yo

aludía a la inmensidad de tiempo durante el cual, según su propia manifestación, debe usted de haber estado envuelto en asfalto.

-¿En qué? -preguntó el conde.

-En asfalto -insistió Mr. Buckingham.

-¡Ah, sí! Tengo una vaga noción de lo que quiere usted decir; eso puede servir, aunque en mi tiempo no empleábamos apenas más que el bicloruro de mercurio.

-Pero lo que nos resulta más difícil de comprender -dijo el doctor Ponnonner- es cómo puede ocurrir que, habiendo usted muerto y sido enterrado en Egipto hace cinco mil años, esté aquí hoy perfectamente vivo y con un aspecto tan deliciosamente saludable.

-Si yo hubiese, como usted dice, 'muerto' -replicó el conde-, es muy probable que muerto seguiría, pues noto que están ustedes aún en la infancia del galvanismo y que no pueden realizar con él lo que era cosa corriente entre nosotros en los antiguos días. Pero el hecho es que sufrí un ataque de catalepsia y que mis mejores amigos creyeron que estaba muerto o que debía estarlo, y decidieron embalsamarme en seguida. Supongo que conocerán ustedes el principio capital del método de embalsamamiento.

-¡Cómo! Ni una palabra.

-¡Ah, ya lo veo! ¡Deplorable estado de ignorancia! Bien; no puedo entrar en detalles, por ahora; pero es necesario explicarles que, en Egipto, embalsamar (hablando con propiedad) era suspender por tiempo indefinido 'todas' las funciones animales sometidas a ese procedimiento. Empleo la palabra «animal» en su sentido más amplio, abarcando el ser tanto moral como 'vital'. Repito que el principio capital del embalsamamiento consistía entre nosotros en paralizar inmediatamente y en mantener perpetuamente en suspenso 'todas' las funciones animales sometidas a ese procedimiento. Para ser breve, cualquiera que fuese el estado en que se encontrara el individuo en el período de embalsamamiento, en ese mismo estado permanecía. Ahora bien: como tenía yo la buena suerte de ser de la sangre del Escarabajo, fui embalsamado 'vivo', tal como me ven ustedes actualmente.

-¡La sangre del Escarabajo! -exclamó el doctor Ponnonner.

-Sí. El Escarabajo era la 'insignium', las «armas» de una familia noble muy distinguida y muy poco numerosa. Ser «de la sangre del Escarabajo» significa, en fin, ser uno de los miembros de esa familia que tenían al Escarabajo como emblema. Hablo en sentido figurado.

-Pero ¿qué tiene eso que ver con que esté usted vivo ahora?

-Pues verán ustedes: era costumbre general en Egipto quitar al cadáver, antes del embalsamamiento, los intestinos y el cerebro; sólo la estirpe de los Escarabajos no estaba sujeta a esa costumbre. Por tanto, de no haber sido yo un Escarabajo, me hubiera quedado sin intestino y sin cerebro, y resulta incómodo vivir sin esas dos cosas.

-Lo comprendo -dijo Mr. Buckigham-, y supongo que todas las momias enteras que llegan a nuestras manos son de la raza de los Escarabajos.

-Sin ningún género de duda.

-Yo creía -dijo Mr. Gliddon con mucha humildad- que el Escarabajo era uno de los dioses egipcios.

-¿Uno de los 'qué' egipcios? -exclamó la momia, poniéndose en pie de un salto.

-¡Dioses! -repitió el viajero.

-Mr. Gliddon, estoy muy asombrado de oírle hablar de ese modo -dijo el conde, sentándose de nuevo-. Ninguna nación sobre la faz de la tierra ha reconocido nunca más que 'un dios'. El Escarabajo, el Ibis, etcétera, eran para nosotros (lo mismo que unas criaturas semejantes lo han sido para otros) los símbolos o 'media', o intermediarios, con ayuda de los cuales ofrendamos culto al Creador, demasiado augusto para que nos acerquemos a Él directamente.

Hubo aquí una pausa. Al fin reanudó el coloquio el doctor Ponnonner.

-No es, pues, improbable, por lo que usted ha explicado -dijo-, que en las catacumbas próximas al Nilo puedan existir otras momias de la raza del Escarabajo en condiciones de vitalidad.

-Eso es incuestionable -confirmó el conde-; todos los Escarabajos embalsamados accidentalmente estando vivos, vivos siguen. Incluso algunos de los embalsamados 'deliberadamente' así pueden haber sido olvidados por sus albaceas testamentarios, y permanecer aún en la tumba.

-¿Tendría usted la bondad de explicar -dije- qué entiende usted por «embalsamados deliberadamente así»?

-Con mucho gusto -respondió la momia, después de examinarme despacio a través de sus antiparras, pues era la primera vez que me atrevía a hacerle una pregunta directa-. Con mucho gusto -repitió-. La duración ordinaria de la vida del hombre en mi tiempo era de ochocientos años, aproximadamente. Pocos hombres morían, salvo a consecuencia de un accidente extraordinario, antes de los seiscientos, y pocos vivían más de diez siglos; pero ocho siglos era considerado como el término natural. Después de descubrirse el principio del embalsamamiento, como ya se lo he descrito antes, se les ocurrió a nuestros filósofos que se podría satisfacer una laudable curiosidad, y al mismo tiempo hacer progresar en grande los intereses de la ciencia, viviendo ese término natural en plazos. Por lo que atañe a la Historia, la experiencia ha demostrado a las claras cuán indispensable sería algo así. Un historiador, por ejemplo, habiendo alcanzado la edad de quinientos años, escribiría un libro después de una ímproba labor, y luego sería embalsamado con esmero, dejando el encargo a sus albaceas 'pro tempore' de que le hicieran resucitar pasado cierto lapso de tiempo: pongamos quinientos o seiscientos años. Cuando volviera a la vida al expirar ese plazo, encontraría indefectiblemente su gran obra convertida en una especie de cuaderno de notas escritas al azar; es decir, de una especie de liza literaria abierta a las conjeturas antagónicas, a los enigmas y disputas personales de toda la chusma de exasperados comentadores. Esas conjeturas, etc., pasando bajo el nombre de anotaciones o enmiendas, habrían envuelto, deformado y aniquilado el texto, hasta el punto de que el autor tendría que ir dando vueltas con una linterna para descubrir su propio libro. Cuando lo descubriese no merecería la pena que se había tomado en buscarlo. Después de reescribirlo desde el principio hasta el fin, consideraría el historiador un deber ineludible ponerse sin tardanza a corregir, conforme a su ciencia y experiencia propias, las tradiciones actuales referentes a la época en que hubiera él vivido antes. Ahora bien: este procedimiento de reescritura y de rectificación personales, proseguido de cuando en cuando por diferentes sabios, tendría como efecto impedir que nuestra historia degenera en una completa fábula.

-Le pido que me perdone -dijo el doctor Ponnonner en este momento, poniendo suavemente su mano sobre el brazo del egipcio-, le pido que me perdone, conde; pero ¿me permite que le interrumpa un momento?

-Sin duda alguna, caballero -accedió el conde, retirando el brazo.

-Quisiera nada más que hacerle una pregunta -repuso el doctor-. Ha aludido usted a correcciones personales del historiador de 'tradiciones' relativas a su época. Como promedio, se lo ruego, ¿en qué proporción se encontraba generalmente mezclada la verdad a esa cábala?

-La cábala, como usted la llama apropiadamente, caballero, estaba, por regla general, a la par con los hechos registrados en la historia misma no reescrita; es decir, que no se conoció nunca ni una simple tilde de la una o de la otra, en ninguna circunstancia, que no fuese total y radicalmente falsa.

-Pero ya que resulta absolutamente claro -prosiguió el doctor- que han transcurrido lo menos cinco mil años desde su entierro, doy por supuesto que su historia, si no sus tradiciones, en ese período, era lo bastante explícita sobre un tema de interés universal, la creación, que tuvo lugar, como sabe usted, sin duda, sólo unos diez siglos antes.

-¡Caballero! -exclamó el conde Allamistakeo.

El doctor repitió su observación, pero únicamente después de muchas explicaciones adicionales pudo hacer que comprendiese el extranjero. Al cabo, este último dijo, vacilando:

-Las ideas que ha indicado usted son para mí, lo confieso, totalmente nuevas. En mi tiempo no he conocido nunca a nadie que tomara en consideración una fantasía tan peregrina como la de que el universo (o este mundo, si usted lo prefiere) puede haber tenido un comienzo. Recuerdo que una vez, sólo una vez, oí algo vagamente insinuado por un hombre de mucha ciencia, concerniente al origen de la 'raza humana'; y este hombre empleaba, como usted, la palabra 'Adán' (o Tierra Roja). La empleaba, no obstante, en un sentido genérico, refiriéndose a la generación espontánea sobre la tierra fértil (ni más ni menos que como un millar de minúsculas especies germinadas), a la generación espontánea, digo, de cinco vastas hordas de hombres, creciendo simultáneas en cinco partes distintas del globo, casi iguales.

Aquí la reunión, en general, se encogió de hombros, y uno o dos miembros se barrenaron la sien con un gesto significativo. Mr. Silk Buckingham, lanzando una rápida ojeada primero sobre el occipucio, y luego sobre el sincipucio de Allamistakeo, habló del siguiente modo:

-La larga duración de la vida animal en su tiempo, unida a la práctica ocasional de pasarla, como nos ha explicado usted, en plazos, debió de haber contribuido realmente a fortalecer el desarrollo general y la acumulación de la ciencia. Presumo, pues, que debemos atribuir en absoluto la marcada inferioridad de los antiguos egipcios en todas las especialidades de la ciencia, comparados con los hombres modernos, y más en particular con los yanquis, al mayor espesor del cráneo egipcio.

-Confieso de nuevo -replicó el conde con mucha afabilidad- que me cuesta algún trabajo comprenderle. ¿Quiere decirme, se lo ruego, a qué partes de la ciencia alude usted?

Aquí la reunión entera, uniendo sus voces, detalló extensamente las teorías de la frenología y las maravillas del magnetismo animal.

Habiéndonos escuchado hasta el final, el conde se puso a contarnos algunas anécdotas, por las cuales resultó evidente que los prototipos de Gall y Spurzheim habían florecido y fenecido en Egipto hacía tanto tiempo que estaban casi olvidados, y que los procedimientos de Mesmer eran, si bien se mira, despreciables tretas en comparación con los positivos milagros realizados por los sabios tebanos, que creaban piojos y otros muchos seres semejantes.

Pregunté al conde si su raza había sido capaz de calcular los eclipses. Sonrió con cierto desdén y dijo que sí.

Esto me azaró un poco; pero iba yo a hacerle otras preguntas referentes a su ciencia astronómica, cuando un miembro de la reunión, que no había abierto aún la boca, murmuró a mi oído que, si necesitaba una información sobre aquello, haría mejor en consultar a Tolomeo (quienquiera que fuese) y también a un tal Plutarco en su obra 'De facie lunae'.

Interrogué entonces a la momia sobre los vidrios ardientes y las lentes, y, en suma, acerca de la fabricación del vidrio; pero no había terminado de hacer mis preguntas cuando aquel miembro silencioso me dio suavemente en el codo, rogándome por amor de Dios que echase una ojeada sobre Diodoro de Sicilia. En cuanto al conde, sólo me preguntó, a manera de réplica, si nosotros los modernos teníamos microscopios que nos permitiesen tallar camafeos al estilo de los egipcios. Mientras pensaba yo cómo podría contestar aquella pregunta, el pequeño doctor Ponnonner se aventuró por un camino muy extraordinario.

-¡Vea usted nuestra arquitectura -ponderó, con gran indignación de los dos viajeros, que le pellizcaban hasta ponerlo negro y morado en vano-. ¡Vea usted -gritó,

entusiasmado- la Fuente Verde del Juego de Bolos en Nueva York! O si esa es una visión demasiado abrumadora, ¡contemple un momento el Capitolio de Washington, D. C.!

Y el bueno del hombrecillo médico se puso a detallar con mucha minuciosidad las proporciones del edificio mencionado. Explicó que el pórtico sólo estaba adornado con no menos de veinticuatro columnas de cinco pies de diámetro y a diez pies de distancia unas de otras.

El conde dijo que lamentaba no poder acordarse con precisión en aquel momento de las dimensiones exactas de algunos de los principales edificios de la ciudad de Carnac, cuyos cimientos se perdían en la noche del Tiempo, pero cuyas ruinas estaban aún en pie, por la época de su entierro, en una amplia llanura de arena al oeste de Tebas. Recordaba, sin embargo, (hablando de pórticos), que uno de ellos, erigido en un palacio inferior en una especie de suburbio llamado Carnac, se componía de ciento cuarenta y cuatro columnas de treinta y siete pies de circunferencia y veinticinco de separación. Se llegaba a aquel pórtico, desde el Nilo, por una avenida de dos millas de largo, formada con esfinges, estatuas y obeliscos de veinte, sesenta y cien pies de altura. El propio palacio (hasta donde él podía recordar) tenía, en una sola dirección, dos millas de largo, y podría tener en total cerca de siete de circuito. Los muros estaban ricamente pintados todos, por fuera y por dentro, con jeroglíficos. El no pretendía 'afirmar' que no se hubiesen podido edificar cinco o seis de aquellos Capitolios del doctor entre sus muros; pero no estaba demostrado que doscientos o trescientos de ellos no hubiesen podido estibarse allí sin demasiado trastorno. Aquel palacio de Carnac era un pequeño, un insignificante edificio, después de todo. Él (el conde), con todo, no podía en conciencia negarse a admitir la ingeniosidad, la magnificencia y la superioridad de la Fuente Verde del Juego de Bolos, tal como la describía el doctor. Nada parecido, se veía obligado a confesarlo, se había visto nunca en Egipto ni en ninguna otra parte.

Pregunté entonces al conde qué podía decir de nuestros ferrocarriles.

-Nada -replicó- de particular. Son un tanto endebles, un tanto mal ideados y toscamente ensamblados. No pueden, pues, compararse, naturalmente, con las calzadas amplias, llanas, directas, de rodadas de hierro sobre las cuales los egipcios transportaban templos enteros y obeliscos macizos de ciento cincuenta pies de altura.

Hablé de nuestras gigantescas fuerzas mecánicas.

Convino en que sabíamos algo en ese género; pero me preguntó cómo nos compondríamos hoy para levantar las impostas sobre los dinteles del más pequeño palacio en Carnac.

Decidí dar por no oído aquello, y le pregunté si tenía alguna idea de los pozos artesianos; pero se limitó a levantar las cejas, mientras Mr. Gliddon me guiñaba con mucha insistencia los ojos y me decía en voz baja que los ingenieros encargados de los sondeos para buscar agua en el Gran Oasis habían descubierto uno recientemente.

Mencioné entonces nuestro acero; pero el extranjero alzó la nariz y me preguntó si nuestro acero hubiera podido nunca ejecutar la talla de las figuras que se ven en los obeliscos, y que habían sido esculpidas por entero con instrumentos de filo de cobre.

Esto nos desconcertó tanto, que juzgamos prudente desviar nuestro ataque hacia la metafísica. Enviamos a buscar un ejemplar de una obra titulada el 'Dial', y leímos varios capítulos acerca de algo no muy claro que los bostonianos llaman el Gran Movimiento Progresivo.

El conde dijo simplemente que los grandes movimientos eran cosa muy corriente en sus días, y en cuanto al Progreso, fue en una determinada época una completa calamidad, pero no progresó jamás.

Le hablamos después de la gran belleza e importancia de la Democracia, y nos costó mucho trabajo hacer comprender al conde el verdadero sentido de las ventajas que gozábamos viviendo en un país donde el sufragio era 'ad libitum' y no había rey.

Nos escuchó con marcado interés y, en realidad, pareció divertirse mucho. Cuando terminamos, dijo él que mucho tiempo atrás había sucedido allí algo muy parecido. Trece provincias egipcias decidieron de pronto ser libres, dando así un magnífico ejemplo al resto de la Humanidad. Reunieron a sus sabios y confeccionaron la más ingeniosa constitución que sea posible concebir. Durante algún tiempo se manejaron muy bien, sólo que su habitual fanfarronería seguía siendo prodigiosa. La cosa, no obstante, terminó con la unión de los trece Estados, a los que se agregaron algo así como otros quince o veinte, para el más odioso e insoportable despotismo de que se haya oído hablar sobre la faz de la Tierra.

Pregunté cuál era el nombre de aquel tirano usurpador.

Por lo que el conde podía recordar, se llamaba 'Chusma'.

No sabiendo qué decir a eso, levanté la voz y deploré la ignorancia de los egipcios sobre el vapor.

El conde me miró con gran asombro, pero no contestó. Sin embargo, el caballero silencioso me dio un violento codazo con el costado, diciéndome que ya me había comprometido lo bastante una vez, y me preguntó si era yo de veras tan inculto que ignoraba que la moderna máquina de vapor provenía del invento de Hero a través de Salomón de Caus.

Estábamos en inminente peligro de ser derrotados; pero la buena suerte hizo que el doctor Ponnonner, reanimado, acudiese en socorro nuestro y preguntase si el pueblo egipcio podía pretender seriamente competir con los modernos en el importantísimo arte de la indumentaria.

El conde, a esto, lanzó un vistazo hacia las trabillas de sus pantalones, y luego, cogiendo por la punta uno de los faldones de su frac, lo mantuvo ante sus ojos unos minutos. Dejándolo caer, por fin, se abrió su boca gradualmente, de oreja a oreja; pero no recuerdo que dijese nada a manera de contestación.

En este momento recobramos nuestro ánimo, y el doctor, acercándose a la momia con gran dignidad, quiso que nos dijese, con sinceridad, por su honor de caballero, si los egipcios habían concebido en cualquier época la fabricación, bien de las pastillas Ponnonner o bien de las píldoras Brandreth.

Esperamos con profunda ansiedad una respuesta, aunque en vano. Aquella respuesta no llegaba. El egipcio se puso colorado y bajó la cabeza. No hubo nunca triunfo más cabal, no hubo nunca derrota sufrida con peor gracia. Realmente, no podía yo soportar el espectáculo de aquella humillación de la pobre momia. Cogí mi sombrero, me incliné con tiesura ante él y me marché.

Al volver a mi casa, vi que eran las cuatro dadas, y me metí al momento en la cama. Son ahora las diez de la mañana. Estoy levantado desde las siete, escribiendo estas notas en beneficio de mi familia y de la Humanidad. A la primera no la veré más. Mi mujer es una arpía. La verdad es que estoy francamente harto de esta vida y del siglo XIX en general. Estoy convencido de que todo marcha de la peor manera. Además, siento una gran impaciencia por saber quién será presidente en el año 2045. Por eso, en cuanto me haya afeitado y sorbido una taza de café, voy a subir a casa de Ponnonner y a hacerme embalsamar por un par de siglos.

EL PODER DE LAS PALABRAS

Oinos.-Perdona, Agathos, la flaqueza de un espíritu recién ornado con las alas de la inmortalidad.

Agathos.-Nada has dicho, Oinos mío, por lo que debas pedir perdón. Ni siquiera aquí el conocimiento es cosa de intuición. La sabiduría sí, la sabiduría pídesela libremente a los ángeles, que te podrá ser concedida.

Oinos.-Pero yo había soñado que en esta existencia sería sabedor de todas las cosas al mismo tiempo, y así al punto feliz por conocerlo todo.

Agathos.-¡Ah, la felicidad no está en el conocimiento, sino en la adquisición del conocimiento! La bienaventuranza eterna reside en conocer más y más, pero conocer todo sería la maldición de un demonio.

Oinos.-Pero, ¿no conoce el Altísimo todo?

Agathos.-Esa (pues que él es el Felicísimo) debe ser la única cosa desconocida hasta para él.

Oinos.-Sin embargo, puesto que ganamos a cada hora en conocimiento, ¿no han de ser, afín, conocidas todas las cosas?

Agathos.-!Mira, hacia abajo, hacia las abismales distancias!! Intenta hundir la vista en la múltiple perspectiva de las estrellas, mientras nos deslizamos lentamente a través de ellas, así..., así y así! Incluso la visión espiritual, ¿no está detenida en todos los puntos por las continuas murallas áureas del universo..., por esas murallas de las miríadas de los cuerpos brillantes cuyo mero número parece fundirse en una unidad?

Oinos.-Advierto claramente que la infinidad de la materia no es un sueño.

Agathos.-No hay sueños en Hedén..., pero aquí se murmura que la única finalidad de esa infinidad de la materia es ofrecer manantiales infinitos en los cuales el alma pueda aplacar la sed de conocer, siempre insaciable dentro de ella -pues saciarla sería extinguir la esencia misma del alma. Pregúntame, pues, Oinos mía, libremente y sin temor. ¡Ven! Dejaremos a la izquierda la alta armonía de las Pléyades y desde el trono iremos a caer en los prados sembrados de estrellas allende Orión, donde en lugar de pensamientos, violetas y trinitarias están los lechos de los soles triplicados y tricromados.

Oinos.-Y ahora, Agathos, mientras avanzamos, instrúyeme, háblame en los tonos familiares de la tierra. No he comprendido lo que me has estado sugiriendo sobre los modos o sobre los métodos de lo que, cuando éramos mortales, hemos acostumbrado a llamar Creación. ¿Quieres dar a entender que el Creador no es Dios?

Agathos.-Quiero dar a entender que la Deidad no crea.

Oinos.-¡Explícate!

Agathos.-Sólo en el principio creó. Las aparentes criaturas que están, ahora, por todo el universo, adquiriendo su ser tan continuamente, sólo pueden ser consideradas como resultados indirectos o mediatos, no como directos o inmediatos, del divino poder creador.

Oinos.-Entre los hombres, Agathos mío, esa idea sería considerada como herética en extremo.

Agathos.-Entre los ángeles, Oinos mía, es aceptada sencillamente como cierta.

Oinos.-Puedo comprenderte hasta este punto: que ciertas operaciones de lo que denominamos Naturaleza, o leyes naturales, darán origen, bajo ciertas condiciones, a lo que tiene toda la apariencia de creación. Poco antes de la destrucción final de la tierra, hubo, recuerdo bien, muchos experimentos coronados por el éxito en lo que algunos filósofos denominaron neciamente creación de animáculos.

Agathos.-Los casos de que hablas eran, en realidad, ejemplos de creación secundaria y de la única especie de la creación que jamás haya existido desde que la primera palabra dio existencia a la primera ley.

Oinos.-¿No son los mundos estelares que, desde el abismo de la nada, estallan a cada hora hacia los cielos..., no son estas estrellas, Agathos, la obra inmediata de la mano del Soberano?

Agathos.-Déjame que intente, Oinos mía, conducirte paso a paso a la concepción que busco explicar. Ten por seguro que, así como ningún pensamiento puede perecer, tampoco ningún acto queda sin resultado infinito. Nosotros movíamos las manos, por

ejemplo, cuando éramos habitantes de la tierra, y al hacerlo impartíamos vibración a la atmósfera que la circundaba. Esta vibración iba extendiéndose indefinidamente hasta que daba impulso a cada una de las partículas del aire de la tierra, que en lo sucesivo, y para siempre, era excitado por ese único movimiento de la mano. Este hecho lo conocían bien los matemáticos de nuestro planeta. En realidad, ellos hicieron de los efectos especiales, creados en los líquidos por impulsos especiales, objeto de cálculo exacto, de manera que resultó fácil determinar en qué momento preciso un impulso de grado determinado circundaría el orbe y dejaría su impresión (por siempre) en cada átomo de la atmósfera ambiente. Retrogradando, no tuvieron dificultad en determinar el valor del impulso original. Ahora bien, los matemáticos que vieron que los resultados de cualquier impulso dado eran absolutamente inacabables, y que una parte de esos resultados podía medirse con exactitud por medio del análisis algebraico, que vieron también la facilidad de la retrogradación, vieron al mismo tiempo que esa especie de análisis contenía en sí una capacidad de progreso indefinido, que no existían límites concebibles para su avance y aplicabilidad, excepto dentro del intelecto de quien lo promovía o aplicaba. Pero nuestros matemáticos se detuvieron en ese punto.

Oinos.-¿Y por qué, Agathos, debieron haber seguido adelante?

Agathos.-Porque más allá había algunas consideraciones de profundo interés. Era deducible por lo que conocían que, para un ser de entendimiento infinito, para quien la perfección del análisis algebraico no tuviese secretos, no podía haber dificultad en seguir el rastro a cada uno de los impulsos impartidos al aire -y al éter a través del aire- hasta las consecuencias más remotas en las épocas más infinitamente remotas. Es, en verdad, demostrable que cada uno de tales impulsos dados al aire, debe finalmente dejar su impresión en cada una de las cosas individuales que existen dentro del universo, de modo que el ser de infinita inteligencia, al ser que hemos imaginado, pueda seguir el rastro a las remotas ondulaciones del impulso, seguir su rastro hacia arriba y adelante en la influencia dejada por ellas en todas las partículas de toda la materia, hacia arriba y adelante por siempre en las modificaciones hechas por ellas sobre las formas antiguas -o, en otras palabras, en sus creaciones nuevas- hasta que las encuentre reflejadas -incapaces al fin de dejar impresión- desde el trono de la Divinidad. Y no sólo podría hacer eso un ser semejante, sino que además, en cualquier época, dado un resultado (de sometérsele a su examen, por ejemplo, uno de esos innumerables cometas), no tendría dificultad en determinar, por retrogradación analítica, a qué impulso original era debido. Este poder de retrogradación en su plenitud y perfección absolutas, esta facultad de asignar en todas las épocas todos los efectos a todas las causas, es desde luego la prerrogativa única de la Deidad; pero en todas las variedades de grados, inferiores a la absoluta perfección, el poder es ejercido por todas las huestes de las inteligencias angélicas.

Oinos.-Pero tú hablas sólo de impulsos sobre el aire.

Agathos.-Al hablar del aire, me refiero sólo a la tierra, pero la proposición general hace referencia a impulsos sobre el éter, que, al penetrar y ser él solo el que penetra en todo el espacio, resulta el gran médium de la creación,

Oinos.-Entonces, ¿todo movimiento, de la naturaleza que sea, crea?

Agathos.-Debe hacerlo. Pero una verdadera filosofía viene enseñando desde hace mucho tiempo que la fuente de todo movimiento es el pensamiento... y la fuente de todo pensamiento es...

Oinos.-Dios.

Agathos.-Y mientras hablaba así, ¿no ha cruzado por tu mente algún pensamiento del poder físico de las palabras? ¿No es toda palabra un impulso sobre el aire?

Oinos.-Pero ¿por qué lloras, Agathos...? ¿Y por qué, oh, por qué se abaten tus alas mientras pasemos por encima de esa hermosa estrella, que es la más verde y no obstante la más terrible de todas las que hemos encontrado en nuestro vuelo? Sus

brillantes flores son como un sueño de cuento de hadas, pero sus furiosos volcanes como las pasiones de un turbulento corazón.

Agathos.-!Lo son, lo son¡Esa extraña estrella..., hace ahora tres siglos, que con manos crispadas y con ojos radiantes, a los pies de mi amada, le di nacimiento con mis apasionadas frases. ¡Sus brillantes flores son mis más caros sueños irrealizados y sus iracundos volcanes son las pasiones del más turbulento e impío corazón¡

EL SISTEMA DEL DOCTOR BREA Y EL PROFESOR PLUMA

En el otoño de 18..., en el transcurso de una gira por las provincias del extremo sur de Francia, mi ruta me llevó hasta pocas millas de distancia de una cierta Maison de Santé, o manicomio privado, acerca del cual había oído hablar mucho en París a mis amigos médicos. Dado que nunca había visitado un lugar semejante, consideré que aquella oportunidad era demasiado preciosa como para dejarla escapar, y propuse, por lo tanto, a mi compañero de viaje (un caballero con el que había trabado amistad casualmente unos días antes) que nos desviáramos de nuestro camino, durante una hora o así, para echar un vistazo al establecimiento. Él se opuso a esto, argumentando prisa, en primer lugar, y como segundo motivo, un horror muy normal a ver a un lunático. Me rogó, no obstante, que no dejara que la cortesía me impidiera satisfacer mi curiosidad, diciendo que él seguiría su camino tranquilamente para que yo pudiera alcanzarle aquel mismo día o, en el peor de los casos, el día siguiente. Mientras nos despedíamos se me ocurrió pensar que tal vez pudiera haber algunas dificultades para obtener acceso al lugar, y mencioné mi preocupación acerca de ello. Él replicó que, de hecho, a menos que conociera personalmente al superintendente, monsieur Maillard, o tuviera en mi poder alguna credencial, como por ejemplo una carta, podría, en efecto, encontrarme con algunas dificultades, ya que las reglas de aquellas casas de locos privadas eran mucho más estrictas que las de los hospitales públicos. Por su parte, añadió, conocía de pasada a Maillard desde hacía algunos años, y estaba dispuesto a ayudarme hasta el punto de acompañarme hasta la puerta y presentármelo, aunque su opinión acerca del asunto no le permitiera entrar dentro de la casa.

Le di las gracias, y saliendo de la carretera principal nos adentramos por un camino lateral cubierto de hierbajos que, al cabo de media hora de viaje, se perdía prácticamente en una densa floresta que cubría la base de una montaña. Habíamos cabalgado a través de aquel oscuro y húmedo bosque durante un par de millas cuando apareció ante nuestra vista la Maison de Santé. Era un château fantástico, muy deslavazado y, de hecho, escasamente habitable a causa de su antigüedad y de la falta de cuidados. Su aspecto me produjo verdadero horror, y deteniendo mi caballo estuve a punto de volverme atrás. No obstante, pronto me avergoncé de mi debilidad y seguí adelante.

Mientras cabalgábamos hacia la entrada me di cuenta de que estaba medio abierta, y vi la cara de un hombre mirándonos desde la misma. Un instante después, el hombre se adelantó, se dirigió a mi compañero llamándole por su nombre, le estrechó cordialmente la mano y me rogó que descendiera del caballo. Era el mismísimo monsieur Maillard. Un caballero corpulento, de magnífico aspecto, de la vieja escuela, pulido comportamiento y un cierto aire de gravedad, dignidad y autoridad que resultaban muy imponentes.

Mi amigo, una vez que me hubo presentado, mencionó mi deseo de inspeccionar el lugar, y recibió toda clase de seguridades de que el mismo monsieur Maillard me atendería. Se despidió de nosotros y no volví a verle.

Cuando se hubo ido, el superintendente me hizo pasar a una pequeña salita, extraordinariamente pulcra, que contenía, entre otras pruebas de un gusto refinado,

numerosos libros, dibujos, jarrones de flores e instrumentos musicales. Un alegre fuego ardía en la chimenea.

Sentada al piano, cantando un aria de Bellini, había una joven y bellísima mujer que, al entrar yo, hizo una pausa en su canto, recibíendome con graciosa cortesía. Hablaba en voz baja y toda su actitud era sumisa. Me pareció también detectar señales de dolor en su semblante, que era extraordinariamente pálido, aunque para mi gusto no desagradable. Iba de luto riguroso, y produjo en mi pecho sensaciones entremezcladas de respeto, interés y admiración.

Había oído decir en París que la institución de monsieur Maillard funcionaba con un sistema conocido vulgarmente como el «sistema de apaciguamiento»; que se rehuían todos los castigos; que incluso pocas veces se recurría a la reclusión; que los pacientes, aunque vigilados en secreto, disfrutaban aparentemente de amplia libertad, y que, en su mayor parte, tenían derecho a vagar por la casa y sus terrenos con la indumentaria de un individuo en su sano juicio.

Conservando estas impresiones en mi cerebro, tuve gran cuidado con lo que decía ante la joven dama, ya que no podía estar seguro de que estuviera cuerda, y, de heho, existía una especie de brillo inquieto en sus ojos que estuvo a punto de hacerme pensar que no lo estaba.

Limité, por lo tanto, mis comentarios a tópicos vulgares y, de entre éstos, a aquellos que, en mi opinión, no resultaran desagradables o excitantes para un lunático. Ella replicó de forma perfectamente racional a todo lo que yo dije, e incluso sus observaciones llevaban la impronta del mayor sentido común. Pero mi amplio contacto con la metafísica de la manía me había enseñado a no fiarme de tales muestras de cordura, y seguí aplicando, a todo lo largo de la entrevista, la misma prudencia con la que la había comenzado.

Al cabo de un rato, un elegante lacayo con librea nos trajo una bandeja en la que había frutas, vino y otros refrescos, a los cuales hice honor, mientras que la joven dama abandonaba poco después el cuarto. Mientras se iba le dirigí una mirada interrogante a mi anfitrión.

-No -dijo-, ¡oh, no!; es un miembro de mi familia, mi sobrina, y es una mujer de lo más preparada.

-Le presento un millón de excusas por mis sospechas -reliqué yo-, pero por supuesto usted sabrá excusarme. La excelente administración con que lleva usted sus asuntos es bien conocida en París y pensé que era remotamente posible que..., usted me comprende...

-Claro, claro. No me diga usted más, o tal vez sea yo el que debiera agradecerle la encomiable prudencia que ha demostrado. Muy rara vez tenemos ocasión de disfrutar de una consideración como la suya entre los hombres jóvenes, y en más de una ocasión ha ocurrido algún lamentable contratiempo a causa de la falta de cuidado de nuestros visitantes. Mientras estaba aún en funciones mi anterior sistema, y los pacientes eran libres de vagar por donde quisieran, era frecuente que se vieran excitados hasta un peligroso estado de frenesí por personas carentes de juicio que venían a inspeccionar la casa. Por lo tanto me vi obligado a implantar un rígido sistema de exclusividad y así nadie puede obtener acceso a la casa sin que yo esté seguro de poder confiar en su discreción.

-¡Mientras estaba aún en funciones su anterior sistema! -dije, repitiendo sus palabras-. ¿Debo entender entonces que el «sistema de apaciguamiento», del que tanto he oído hablar, ha sido ya abandonado?

-Así es -replicó él-. Hace ya varias semanas que llegamos a la decisión de abandonarlo para siempre.

-¿Ah, sí? ¡Me deja usted asombrado!

-Descubrimos, señor -dijo suspirando-, que era absolutamente necesario volver a las antiguas usanzas. El peligro que planteaba el sistema de apaciguamiento fue siempre

aterrador, y sus ventajas han sido excesivamente sobrevaloradas. En mi opinión, señor, en esta casa ha sido sometido el sistema a una prueba justa, si es que alguna vez lo fue. Hicimos todo lo que un humanismo racional podía sugerir. Lamento que no haya podido usted hacernos una visita en la etapa anterior para que hubiera podido usted juzgar por sí mismo. Pero supongo que debe usted estar familiarizado con la práctica del apaciguamiento... con sus detalles.

-No del todo. Todo lo que he oído ha sido de tercera o cuarta mano.

-Podría entonces definir el sistema en términos generales como un sistema en el que los pacientes estaban ménagés, o sea, se les seguía la corriente. Nosotros no contradecíamos ninguna de las fantasías que se les pasaran por la imaginación a los locos. Por el contrario, no solamente las tolerábamos, sino que las favorecíamos, y muchas de nuestras curaciones más espectaculares las hemos logrado así. No hay ningún argumento que afecte tanto a la débil razón del loco como la del reductio ad absurdum. Hemos tenido hombres, por ejemplo, que creían ser gallinas. La cura consistía en considerar aquello como un hecho, en acusar al paciente de ser un estúpido por no considerarlo como un hecho lo suficientemente serio, y así, le negábamos durante una semana todo alimento que no fuera el propio de una gallina. Por este procedimiento se conseguía que un poco de grano y cascajo realizaran maravillas.

-¿Y eso era todo?

-En absoluto. Nosotros teníamos mucha fe en los entretenimientos de tipo sencillo, como la música, los ejercicios gimnásticos en general, las cartas, ciertas clases de libros y así sucesivamente. Fingíamos tratar a cada individuo como si tuviera alguna enfermedad física normal, y la palabra «locura» no se empleaba jamás. Un factor de gran importancia fue el hacer que cada lunático vigilara los actos de todos los demás. El demostrar confianza en la comprensión o la discreción de un loco es ganársela en cuerpo y alma. Por este procedimiento pudimos prescindir de un oneroso cuerpo de guardianes.

-¿Y no practicaban ustedes ningún tipo de castigo?

-Ninguno.

-¿Y nunca confinaban ustedes a sus pacientes?

-Muy rara vez. De tarde en tarde, cuando la enfermedad de algún individuo se traducía en una crisis, o le producía algún acceso furioso, le colocábamos en una celda secreta, para evitar que su afección pudiera contagiar al resto, y le manteníamos allí hasta que podíamos despedirle de sus amigos, ya que nosotros no tenemos nada que hacer con un loco peligroso. Normalmente, se le trasladaba a un hospital público.

-Y ahora han prescindido de todo esto... ¿y cree usted que es para bien?

-Definitivamente. El sistema tiene sus ventajas, e incluso sus peligros. Afortunadamente ha sido ya abandonado en todas las Maisons de Santé de Francia.

-Estoy muy sorprendido -dije- por lo que me cuenta; porque me habían asegurado que no existía en este momento ningún otro método para el tratamiento de la manía en todo el país.

-Es usted muy joven aún, amigo mío -replicó mi anfitrión-, pero llegará el día en que aprenderá a juzgar por sí mismo lo que ocurre en el mundo, sin tener que confiar en los chismorreos de los demás. No crea usted nada de lo que oiga, y sólo la mitad de lo que vea. Ahora bien, en cuanto a nuestras Maisons de Santé, es evidente que ha sido usted confundido por algún ignorante. No obstante, después de la cena, cuando esté usted suficientemente recuperado de la fatiga de su viaje, le acompañaré con mucho gusto a recorrer toda la casa, y le familiarizaré con un sistema que, en mi opinión, y en la de todos aquellos que han sido testigos de su forma de operación, es sin comparación el más eficaz de todos cuantos se han ensayado hasta hoy.

-¿Su propio sistema? -pregunté-. ¿Uno de su propia invención?

-Me siento orgulloso de poder decir que así es -replicó-, al menos en cierta medida.

De esta manera estuve conversando con monsieur Maillard durante una hora o dos, en las cuales me mostró los jardines y los invernaderos del lugar.

-No puedo dejarle ver a mis pacientes -me dijo- en este momento. Para una mente sensible, siempre hay algo de desagradable en este tipo de espectáculos, y no quiero estropear su apetito antes de la cena. Cenaremos. Le puedo ofrecer ternera á la St Menehault, con coliflor en salsa velouté, y después un vaso de Clos de Vougeót. Después de eso, sus nervios estarán mucho más firmes que ahora.

A las seis nos anunciaron que la cena estaba servida, y mi anfitrión me condujo a una gran Salle á manger, donde estaba reunida una numerosa concurrencia, unas veinticinco o treinta personas en total. Eran aparentemente personas de alto rango, desde luego de elevada cuna, aunque sus atuendos, pensé, eran extravagantemente ostentosos, participando quizá en demasía del ville cour. Me fijé en que al menos dos tercios de los invitados eran damas, y algunas de éstas iban ataviadas de una forma que ningún parisiense consideraría de buen gusto hoy en día. Muchas mujeres, por ejemplo, cuya edad no podía ser inferior a los setenta años, iban cubiertas con gran profusión de joyas, como anillos, brazaletes y pendientes, y exhibían pechos y brazos vergonzosamente desnudos. Observé también que muy pocos trajes estaban bien hechos, o al menos que muy pocos de ellos sentaban bien a los que los llevaban puestos. Mirando alrededor descubrí a aquella interesante muchacha que monsieur Maillard me había presentado en la salita, y cuál no sería mi sorpresa al ver que llevaba un miriñaque y un guardainfante, junto con unos zapatos de tacón alto y una capa sucia de bordado de Bruselas, que le estaba tan grande, que hacía a su cara ridículamente diminuta. Cuando la vi por vez primera iba vestida muy atractivamente de luto riguroso. En pocas palabras, había algo de extrañío en los atuendos de todos los reunidos, que al principio me hizo volver a mi idea original del «sistema de apaciguamiento» y a imaginarme que monsieur Maillard había decidido mantenerme engañado hasta después de la cena para que no experimentara sensaciones desagradables durante ésta, al encontrarme cenando con lunáticos, pero yo recordaba haber sido informado en París que los provincianos del sur eran gente particularmente excéntrica, con gran cantidad de ideas anticuadas, y también, al conversar con algunos de los reunidos, mi aprensión desapareció por completo y al instante.

El mismo comedor, aunque tal vez fuera lo suficientemente confortable y tuviera las dimensiones adecuadas, no tenía gran cosa de elegante. Por ejemplo, el suelo carecía de alfombra. No obstante, en Francia es muy frecuente prescindir de ellas. También las ventanas carecían de cortinas; las contraventanas, que estaban cerradas, estaban aseguradas por medio de barras de hierro, dispuestas diagonalmente, a la manera de los cierres de nuestras tiendas. El salón, como pude observar, formaba por sí mismo un ala del château, de modo que las ventanas cubrían tres lados del paralelogramo, estando situada la puerta en el cuarto lado. No había menos de un total de diez ventanas.

La mesa estaba soberbiamente servida: repleta de platos de plata labrada, y más que repleta de exquisitas viandas. La profusión de éstas era absolutamente bárbara. Había carnes suficientes como para haber agasajado al Anakim. Jamás en mi vida había tenido yo ocasión de presenciar un despilfarro tan profuso de las cosas buenas de la vida. No obstante, la disposición de éstas parecía revelar una carencia de buen gusto, y mis ojos, habituados a las luces discretas, se vieron tristemente ofendidos por la prodigiosa luminosidad de una multitud de velas de ceras, que, dispuestas en candelabros de plata, estaban colocadas sobre la mesa, y alrededor de toda la habitación, en todo sitio donde era posible encontrar un lugar para las mismas. Había varios sirvientes activos encargados del servicio, y sobre otra gran mesa, situada al extremo opuesto de la habitación, estaban sentadas siete u ocho personas provistas de violines, pífanos, trombones y un tambor. Estos individuos consiguieron molestarme en determinados instantes durante la comida, haciendo una infinita variedad de ruidos, que se suponía eran

música, y que parecían suministrar gran entretenimiento a todos los presentes, con la sola excepción de mi persona.

En términos generales, no pude evitar el pensar que había mucho de bizarro en todo lo que veía, pero después de todo, en el mundo tiene que haber de todo, todo tipo de personas, con todo tipo de formas de pensar, y todo de convenciones sociales. Por otra parte, yo había fijado ya tanto, que era todo un adepto al *nil admirari*; de modo que tomé asiento con gran ecuanimidad al lado de mi anfitrión, y teniendo como tenía un gran apetito, hice justicia a las delicias que colocaron ante mí.

La conversación entre tanto era animada y general. Las damas, como de costumbre, hablaban mucho. Pronto descubrí que prácticamente todos los presentes eran gente de educación, y mi anfitrión era por sí mismo todo un mundo de humorísticas anécdotas. Parecía estar perfectamente dispuesto a hablar de su posición como superintendente de una *Maison de Santé*, y, de hecho, el tema de la locura era, muy para mi sorpresa, uno de los favoritos de todos los presentes. Se contó un gran número de divertidas historias, que hacían referencia a los caprichos de los pacientes.

-Tuvimos aquí una vez a un individuo -dijo un grueso caballero que estaba sentado a mi derecha-, un individuo que creía ser una tetera, y dicho sea de paso, ¿no les resulta singular el ver la frecuencia con la que esta idea se apodera de la mente de los lunáticos? No existe prácticamente en toda Francia un manicomio que no albergue alguna tetera humana. Nuestro caballero era una tetera de porcelana de Bretaña, y ponía grandes cuidados en pulirse cada mañana con una gamuza y pulimentador.

-Y después -dijo un hombre alto, que estaba justo enfrente-, tuvimos aquí, no hace mucho, a una persona que se le había metido en la cabeza que era un borrico, lo que, hablando alegóricamente dirán ustedes, era bastante cierto. Era un paciente molesto, y nos dio mucho trabajo mantenerle controlado. Durante un buen tiempo se negó a comer nada que no fueran cardos, pero de esta idea conseguimos curarle pronto, insistiendo en que no comiera ninguna otra cosa. Después se dedicaba continuamente a dar coces, así..., así...

-¡Señor De Kock! ¡Le agradecería que se comportara usted como es debido! -le interrumpió una vieja dama, que estaba sentada junto al que hablaba-. ¡Haga el favor de dejar los pies quietos! ¡Ha estropeado usted mi brocado! ¿Es que acaso le parece necesario ilustrar sus comentarios de una forma tan práctica? Nuestro amigo aquí presente puede, sin duda, comprenderle sin necesidad de que haga usted todo eso. Palabra de honor que es usted casi igual de borrico que lo que aquel pobre desgraciado creía ser. ¡Lo hace usted con mucha naturalidad, por mi vida!

-¡Mille pardons, Ma'm'selle! -respondió monsieur De Kock, a quien iba dirigido todo esto- ¡Mil perdones! No tenía ninguna intención de ofenderla, ma'm'selle Laplace. Monsieur De Kock se permitirá el honor de tomar vino con usted.

Dicho esto, monsieur De Kock hizo una profunda reverencia, besó su mano muy ceremoniosamente y tomó vino con ma'm'selle Laplace.

-Permítame, mon ami -dijo entonces monsieur Maillard, dirigiéndose a mí-, permítame que le ofrezca una porción de esta ternera á la St Menhoul, la encontrará particularmente exquisita.

En ese instante, tres robustos camareros habían conseguido depositar sin contratiempos una enorme fuente o trinchador, conteniendo lo que supuse que sería el *monstrum, horrendum, informe, ingens, cui lumen adeptum*». Un escrutinio más detallado me reveló, no obstante, que no era más que una pequeña ternera asada entera, colocada de rodillas, con una manzana en la boca, del mismo modo en que los ingleses adornan la liebre.

-No, muchas gracias -repliqué-; si he de serle sincero, no soy particularmente aficionado a la ternera á la St... ¿cómo era?... Ya que me temo que no me sienta demasiado bien. No obstante, sí que aceptaría probar un poco de conejo.

Había diversos platos complementarios dispuestos sobre la mesa, que contenían lo que parecía ser conejo común francés, un muy delicioso morceau, que puedo recomendarles.

-Pierre -gritó mi anfitrión-, cambia el plato a este caballero y dale una pieza de costado de este conejo au-chat.

-¿De este qué? -dije yo.

-De este conejo au-chat.

-Oh, muchas gracias, pero, pensándolo bien, déjelo. Me serviré yo mismo un poco de jamón.

No hay forma de saber lo que uno come, me dije a mí mismo, en las mesas de esta gente de provincias. No pienso probar su conejo au-chat, y ya que estamos en ello, tampoco su gato-au-conejo.

-Y después -dijo un personaje de aspecto cadavérico, que estaba casi al final de la mesa, recogiendo el hilo de la conversación donde ésta había sido interrumpida-, y después, entre otras rarezas, tuvimos un paciente una vez, que con gran tozudez insistía en que era un queso de Córdoba, y se dedicaba a pasearse con un cuchillo en la mano, pidiendo a sus amigos que probaran un trozo de su muslo.

-Era un gran tonto, sin duda alguna -le interrumpió alguien-, pero no se le puede comparar con cierto individuo, al que todos conocemos, excepto este caballero de fuera. Me refiero a aquel hombre que creía ser una botella de champaña, y que siempre estaba haciendo estampidos e imitando el ruido de las burbujas de la siguiente manera.

Al llegar aquí, el que hablaba, haciendo, en mi opinión, una exhibición de mal gusto, se metió el pulgar derecho en la mejilla izquierda, sacándolo con un ruido semejante al del tapón de una botella, y después, con un hábil movimiento de la lengua sobre los dientes produjo un agudo silbido y un borboteo que duraron varios minutos, imitando el ruido producido por la espuma del champaña. Este comportamiento, según pude apreciar claramente, no fue del agrado de monsieur Maillard, pero este caballero no dijo nada, y la conversación se vio reanudada por un hombre pequeño y muy delgado, que lucía una gran peluca.

-Y después tuvimos a un ignorante -dijo-, que se confundía a sí mismo con una rana, lo que, dicho sea de paso, parecía, y no poco. Me gustaría que hubiera podido usted verle, señor -dijo dirigiéndose a mí el que estaba hablando-; le hubiera hecho a usted mucho bien el ver el aire de naturalidad que tenía. Señor, si aquel hombre no era una rana, no puedo por menos que observar que es una pena que no lo fuera. Su manera de croar así «¡o-o-o-gh!, ¡o-o-o-gh!» era el sonido más magnífico del mundo natural, y cuando ponía los codos sobre la mesa de esta forma, después de haber tomado uno o dos vasos de vino, y distendía su boca, así, y ponía los ojos en blanco, de esta manera, y los hacía parpadear con asombrosa rapidez, así, entonces, señor, me atrevo a asegurar que hubiera usted enloquecido de admiración ante el genio de aquel hombre.

-No me cabe la menor duda -dije.

-Y también -dijo alguien-, estaba el Petit Gaillard, que creía ser un pellizco de rapé, y que estaba realmente preocupado porque no podía cogerse entre el índice y el pulgar.

-También estaba Jules Desoulières, que era un genio muy singular, y que se volvió loco pensando que era una calabaza. Se dedicaba a perseguir al cocinero pidiéndole que hiciera una tarta con él, a lo que el cocinero se negaba indignado. Por lo que a mí respecta, no me atrevería a decir que una tarta de calabaza á la Desoulières no hubiera resultado un plato realmente capital.

-¡Me asombra usted! -dije, y miré inquisitivamente hacia monsieur Maillard.

-¡Ha! ¡Ha! ¡Ha! -dijo aquel caballero-. ¡He! ¡He! ¡He!... ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi!... ¡Ho! ¡Ho! ¡Ho!... ¡Hu! ¡Hu! ¡Hu!... ¡Muy bueno, sí señor! No debe usted asombrarse, mon ami; aquí nuestro amigo es un chistoso -a drôle-, no debe usted tomarle al pie de la letra.

-Y también -dijo alguna otra persona de las reunidas-, también estaba Bouffon Le Grand, otro personaje extraordinario a su manera. Perdió la cabeza a causa del amor, y creía que estaba en posesión de dos cabezas. Una de éstas, él mantenía que era la cabeza de Cicerón; la otra, la consideraba una cabeza compuesta, siendo de Demóstenes desde la frente hasta la boca, y de lord Brougham desde la boca hasta la barbilla. No es del todo imposible que estuviera equivocado, pero hubiera sido capaz de convencer a cualquiera de que estaba en lo cierto, ya que era un hombre de gran elocuencia. Era un verdadero apasionado por la retórica, y era incapaz de no exhibirse. Por ejemplo, solía saltar sobre la mesa del comedor de esta forma, y... y...

En ese momento, un amigo, sentado junto al que estaba hablando, le puso la mano sobre el hombro y le susurró unas cuantas palabras al oído; después de lo cual el orador dejó de hablar de repente, hundiéndose de nuevo en su silla.

-Y después -dijo el hombre que le había hablado al oído-, estaba Boullard, la perinola. Le llamo la perinola porque tenía la extraña, aunque no del todo irracional, idea de que se había convertido en una pirindola. Se hubiera usted muerto de risa si le hubiera visto dar vueltas. Se dedicaba a dar vueltas durante horas sobre un talón, de esta forma... así...

En aquel momento, el amigo al que acababa de interrumpir hizo exactamente lo mismo con él.

-Pues entonces -aulló una anciana dama con todas sus fuerzas-, su monsieur Boullard era un loco, y, el mejor de los casos, un loco muy tonto, porque, quién, si me permiten la pregunta, ha oído hablar alguna vez de una pirindola humana? Es algo absurdo. Madame Joyeuse era una persona más sensata, como ya saben. Tenía una manía, pero estaba repleta de sentido común, y era un placer conocerla para todos los que habían tenido aquel honor. Descubrió, como producto de maduras deliberaciones, que, por algún extraño accidente se había convertido en un gallo de cocina, pero como tal, se comportaba con la mayor propiedad. Agitaba sus alas, produciendo un efecto prodigioso, así... así... así..., y en cuanto a su canto, ¡era algo delicioso! «¡Cock-a-doodle-doo... cock-a-doodle-doo... cock-a-doodle-de-dod-doo-dooo-do-o-o-o-o-o!».

-¡Madame Joyeuse, le agradeceré que se comporte como es debido! -la interrumpió nuestro anfitrión, muy enfadado-. O se comporta usted como debe hacerlo una dama, o puede usted abandonar la mesa en este mismo instante, ¡elijá usted misma!

La dama (a la que me sorprendió mucho oír llamar madame Joyeuse, después de la descripción que de ésta acabábase de hacer) enrojeció hasta las cejas y pareció extraordinariamente avergonzada por la regañina. Agachó la cabeza y no articuló ni una sílaba en respuesta. Pero otra dama más joven recogió el tema. Era mi preciosa muchacha de la salita.

-¡Oh, Madame Joyeuse era tonta! -exclamó-. Pero, en cambio, la idea de Eugenia Salsafette tenía una buena dosis de sentido común. Ella era una bellísima y dolorosamente modesta joven dama, que consideraba las vestimentas normales indecentes, y siempre deseó vestirse poniéndose ella al exterior de sus ropas, en lugar de meterse dentro de ellas. Esto es algo muy fácil de hacer, después de todo. No hay más que hacer esto... y luego, esto otro... y esto... esto... esto... y luego, esto... esto... esto... y luego...

-¡Mon Dieu! ¡Ma'm'selle Salsafette! -gritaron a la vez una docena de personas-. ¿Qué pretende usted hacer?... ¡Deténgase!... ¡Ya es suficiente!... ¡Ya nos hemos dado cuenta con toda claridad de cómo se hace!.. ¡Quieta! ¡Quieta! -y varias personas se abalanzaban ya sobre ella para evitar que Madame Salsafette emulara a la Venus de Medicea, cuando aquel resultado fue súbita y eficientemente logrado por una serie de fuertes alaridos o gritos, procedentes de algún lugar del cuerpo principal del château.

Mis nervios se vieron muy afectados por estos alaridos, pero el resto de la concurrencia me dio verdadera pena. Jamás había visto un grupo de personas razonables tan asustadas en toda mi vida. Todos se pusieron pálidos como cadáveres, y encogiéndose

sobre sus asientos se quedaron temblando y diciendo incoherencias de puro tomar, y esperando oír una repetición de aquel sonido. Volvió a producirse, más fuerte y aparentemente más cerca, y después, por tercera vez, esta vez ya muy fuertemente, y la cuarta vez, ya con un vigor evidentemente disminuido. Ante esta clara disminución del ruido, la congregación recuperó inmediatamente su buen humor, y todo volvió a ser vitalidad y anécdotas como anteriormente. Me atreví entonces a preguntar cuál había sido la causa de aquel alboroto.

-Una mera bagatelle -me dijo monsieur Maillard-. Estamos acostumbrados ya a estas cosas, y no nos afectan gran cosa. De cuando en cuando, los lunáticos se ponen a aullar a coro; uno arrastra a otro, como a veces ocurre con las jaurías de perros por las noches. A veces, no obstante, el concierto viene seguido de un intento de escapar. En esos casos, hay que admitir la existencia de un cierto peligro.

-¿Cuántos tiene usted a su cargo?

-De momento no tenemos más que diez, todos incluidos.

-En su mayor parte, hembras, supongo.

-Oh, no; todos ellos son hombres, y hombres robustos, se lo puedo asegurar.

-¿De veras? Tenía entendido que la mayor parte de los lunáticos pertenecían al sexo débil.

-En general, así es, pero no siempre. Hace algún tiempo había aquí alrededor de veintisiete pacientes, y de ellos, no menos de dieciocho eran mujeres, pero últimamente las cosas han cambiado, como puede usted ver.

-Sí, han cambiado mucho, como puede usted ver -le interrumpió aquí el caballero que había roto las espinillas a ma'm'selle Laplace.

-¡Sí, han cambiado mucho, como puede usted ver! -coreó toda la congregación como un solo hombre.

-¡Las lenguas quietas, todos ustedes! -dijo mi anfitrión, iracundo. Como consecuencia, todos se mantuvieron en silencio durante casi un minuto. En cuanto a una dama, que obedeció a monsieur Maillard al pie de la letra, sacó la lengua, que era extraordinariamente larga, y se la sujetó resignadamente con ambas manos hasta que acabaron las amenidades.

-Y esta buena señora -le dije a monsieur Maillard, inclinándome hacia él y hablando en un susurro-, esta buena señora que acaba de hablar, que hizo lo de «cock-a-doodle-doo»... supongo que será inofensiva... totalmente inofensiva, ¿no?

-¡Inofensiva! -exclamó mi anfitrión, con no fingida sorpresa-. Pero... pero, ¿a qué puede estarse usted refiriendo?

-Sólo un poco tocada, ¿no es eso? -le dije, tocándome la cabeza-. Doy por supuesto que no está particularmente... peligrosamente afectada, ¿no?

-¡Mon Dieu! ¿Qué es lo que usted se imagina? Esa dama, que precisamente es una vieja amiga mía, madame Joyeuse, está tan absolutamente en su sano juicio como pueda estarlo yo. Tiene sus pequeñas excentricidades, sin duda, pero, como usted ya sabe, ¿qué anciana dama no las tiene?... ¡Todas las mujeres muy ancianas son más o menos excéntricas!

-Qué duda cabe -dije yo-. Qué duda cabe... Entonces, el resto de estas damas y caballeros...

-Son mis amigos y mis encargados -me interrumpió monsieur Maillard, irguiéndose con gran hauteur-. Mis muy buenos amigos y encargados.

-¡Cómo! ¿Todos ellos? -le pregunté-. ¿Las mujeres también?

-Desde luego -dijo él-. No podríamos pasarnos sin ellas; son las mejores enfermeras para lunáticos del mundo; tienen un no sé qué que les es peculiar, ¿sabe? ¡Sus brillantes ojos ejercen un efecto maravilloso, algo así como la fascinación de una serpiente!, ¿comprende?

-Desde luego -dije yo-, ¡desde luego! Pero se comportan de una manera algo rara, ¿no?... Son un poco extrañas, ¿no?... ¿No le parece a usted así?

-¡Raras!... ¡Extrañas!... Válgame, ¿lo cree usted así de veras? Desde luego, es cierto que aquí en el Sur no somos excesivamente mojigatos, que hacemos prácticamente lo que nos apetece, disfrutando de la vida y todas esas cosas, sabe usted...

-Desde luego -dije yo--, desde luego.

-Y por otra parte, tal vez este Clos de Vougeót se suba un poco, usted ya sabe,.. un poco fuerte, usted me comprende, ¿no?

-Desde luego -dije yo-, desde luego. Por cierto, monsieur, si no le entendí mal, creo que usted me dijo que habían adoptado, en lugar del tan celebrado sistema de apaciguamiento, un sistema de rigurosa severidad.

-En absoluto. El confinamiento es necesariamente rígido, pero el tratamiento, el tratamiento médico, quiero decir, les resulta más agradable que otra cosa.

-¿Y este nuevo sistema es de su invención?

-No del todo. Partes de él pueden ser atribuidas al doctor Brea, del que debe usted haber oído hablar sin duda, y, por otro lado, existen modificaciones a mi sistema, que me alegro de poder atribuir a mi colega el tan celebrado Pluma, por derecho propio, con el cual, si no me equivoco, tiene usted el honor de mantener una íntima amistad.

-Me siento bastante avergonzado de confesar -repliqué- que jamás he oído ni siquiera el nombre de esos dos caballeros.

-¡Cielo santo! -exclamó mi anfitrión, retirando abruptamente su silla y alzando las manos al cielo-. ¡Sin duda no debo haberle oído bien! ¿No querría usted decir, por casualidad, que jamás había oído hablar siquiera del erudito doctor Brea ni del tan celebrado profesor Pluma?

-Me veo obligado a confesar mi ignorancia -repliqué-, pero siempre se debe poner la verdad por encima de todas las demás cosas. No obstante, me siento profundamente avergonzado de no conocer los trabajos de estos dos hombres, sin duda extraordinarios. Tengo la intención, de ahora en adelante, de buscar sus escritos y de estudiarlos con la debida atención. ¡Monsieur Maillard, me ha hecho usted, debo confesarlo, verdaderamente me ha hecho usted sentirme avergonzado de mí mismo!

Y así era, en efecto.

-No diga usted más, mi buen amigo -me dijo compasivamente, oprimiéndome la mano;- acompáñeme a tomar un vaso de Sauterne.

Bebimos. La congregación siguió nuestro ejemplo sin perder comba. Charlaban, hacían bromas, reían, perpetraban un millar de actos absurdos, los violines maularon, el tambor rugió, los trombones barritaron como si fueran otros tantos toros de bronce de Phalaris, y todo aquel cuadro, que se iba haciendo cada vez mas caótico, al ir los vinos ganando ascendencia, se acabó convirtiendo en un pandemónium in petto. Mientras tanto, el señor Maillard y yo, con algunas botellas de Sauterne y Vougeót colocadas entre nosotros, continuábamos nuestra conversación a pleno pulmón. Una palabra emitida en un tono normal tenía las mismas posibilidades de ser oída que la voz de un pez desde el fondo de las cataratas del Niágara.

-Y, señor -dije yo, aullándole en el oído-, mencionó usted algo antes de la cena acerca de los peligros del antiguo sistema de apaciguamiento. ¿Cómo es eso?

-Sí -replicó él-, ocasionalmente surgían grandes peligros. No hay forma de prever los caprichos de los locos, y, en mi opinión, así como en la del doctor Brea y la del profesor Pluma, nunca es prudente dejarles sueltos sin la debida vigilancia. Un lunático puede estar «apaciguado», como se dice habitualmente, durante un cierto tiempo, pero al final es muy dado a volverse estrepitoso. Su astucia es, a su vez, grande y proverbial. Si tiene algún objetivo a la vista, lo oculta con maravillosa sabiduría, y la destreza con que finge cordura presenta a los metafísicos uno de los más singulares problemas que pueda haber

en el estudio de la mente humana. Cuando un loco parece estar totalmente cuerdo, es de hecho el momento para ponerle una camisa de fuerza.

-Pero el peligro, querido señor, del que estaba usted hablando, con arreglo a su propia experiencia durante el tiempo que lleva a la cabeza de esta casa... ¿acaso ha tenido usted motivos materiales para pensar que la libertad es peligrosa en el caso de un lunático?

-¿Aquí? ¿En mi propia experiencia?... Bueno, pues podría decir que sí. Por ejemplo, no hace mucho se dio una extraña circunstancia en esta misma casa. El «sistema de apaciguamiento», debe usted saber, estaba aún en marcha, y los pacientes andaban sueltos. Se comportaban notablemente bien, tan bien, que cualquier persona con algo de sentido común se hubiera dado cuenta de que algún diabólico proyecto se estaba cocinando tan sólo a partir de ese único dato, a partir de que aquellos individuos se comportaran tan notablemente bien. Y efectivamente, una bella mañana, los encargados se encontraron atados de pies y manos, y fueron arrojados al interior de las celdas, donde fueron atendidos, como si ellos fueran los lunáticos, por los propios lunáticos, que habían usurpado las funciones de sus guardianes.

-¡No me diga! ¡Jamás había oído nada tan absurdo en toda mi vida!

-Es un hecho. Todo ocurrió por culpa de un individuo estúpido, un lunático, al que se le había metido en la cabeza que había inventado un sistema de gobierno mejor que cualquiera de los conocidos, de gobierno de lunáticos, quiero decir. Deseaba poner a prueba su invento, supongo, de modo que persuadió al resto de los pacientes para que se unieran a él en una conspiración para derrocar a los poderes reinantes.

-¿Y tuvo realmente éxito?

-Sin duda alguna. Los vigilantes y los vigilados fueron rápidamente forzados a intercambiar sus puestos. Tampoco fue así en realidad, ya que los locos habían gozado de libertad, mientras que los guardianes fueron encerrados a partir de entonces en las celdas y tratados, lamento decirlo, de manera muy caballerosa.

-Pero supongo que pronto se produciría una contrarrevolución. Ese estado de cosas no podría haber existido durante demasiado tiempo. Los campesinos de la vecindad... los visitantes que vinieran a ver el lugar... habrían dado la alarma.

-Ahí es donde usted se equivoca. El cabecilla rebelde era demasiado astuto para eso. No permitía absolutamente ninguna visita, con la excepción, un día, de la de un joven caballero de aspecto extremadamente estúpido, del cual no tenía ninguna razón para temer nada. Le dejó entrar a ver el lugar sólo por aquello de la vaciedad, para divertirse un rato con él. En cuanto le hubo tomado el pelo lo suficiente, le dejó salir para que siguiera con sus asuntos.

-¿Y durante cuánto tiempo reinaron entonces los locos?

-Oh, durante mucho tiempo, un mes, por lo menos; cuánto tiempo más no sabría decirle con seguridad. En ese tiempo, los lunáticos se corrieron la gran juerga, eso puede usted jurarlo. Prescindieron de sus ropas raídas y tomaron al asalto el guardarropa familiar y las joyas. Los sótanos del château estaban bien surtidos de vino, y estos locos son precisamente gente que sabe beberlo. Vivieron bien, eso se lo puedo asegurar.

-¿Y el tratamiento? ¿Cuál fue el tipo particular de tratamiento que el jefe de los rebeldes puso en práctica?

-Bueno, en cuanto a eso, un loco no tiene por qué ser necesariamente un tonto, como ya he comentado anteriormente, y es mi sincera opinión que su tratamiento era mucho mejor que el que vino a reemplazar. Era un sistema realmente capital, simple, pulcro, sin ningún problema en absoluto, de hecho era delicioso... era...

Aquí, las observaciones de mi anfitrión se vieron interrumpidas por otra serie de alaridos, como los que nos habían sorprendido previamente. Esta vez, no obstante, parecían proceder de personas que se aproximaban con gran rapidez.

-¡Válgame el cielo! -exclamé-. Sin duda, los lunáticos han conseguido escaparse.

-Mucho me temo que así sea -replicó monsieur Maillard, poniéndose extraordinariamente pálido. No había hecho más que acabar la frase cuando oímos grandes gritos e imprecaciones bajo las ventanas, e inmediatamente después se hizo evidente que algunas personas estaban intentando entrar desde el exterior. La puerta estaba siendo golpeada con lo que parecía ser un martillo pilón, y las contraventanas estaban siendo sacudidas con prodigiosa violencia.

A raíz de esto sobrevino una escena de la más terrible confusión. Monsieur Maillard, muy para mi asombro, se lanzó bajo el aparador. Había esperado de él algo más de decisión. Los miembros de la orquesta, que, a lo largo de los últimos quince minutos, habían parecido estar excesivamente embriagados como para tocar, se pusieron en pie al instante, y, agarrando sus instrumentos, saltaron sobre la mesa y empezaron a tocar, todos a la vez, «Yankee Doodle», que interpretaron, si bien no exactamente a tono, al menos sí con sobrehumana energía, durante toda la duración de aquel pandemónium.

Mientras tanto, el caballero al que tan trabajosamente se le había impedido hacerlo anteriormente, saltó sobre la mesa, entre los vasos y las botellas. En cuanto se hubo aposentado allí, comenzó un discurso que hubiera sido sin duda magnífico si tan sólo se le hubiera podido oír. En aquel mismo instante, el hombre que sentía predilección por las perinolas se dedicó a dar vueltas por toda la habitación, con inmensa energía y con los brazos extendidos, formando un ángulo recto con el cuerpo, de modo que efectivamente parecía una perinola, e iba derribando a todo aquel que se interponía en su camino. Y al oír también en aquel momento el estampido y el burbujeo de una botella de champaña, descubrí finalmente que era el personaje que había imitado a una botella de aquella bebida tan delicada durante la cena.

Por su parte, el hombre-rana croaba como si la salvación de su alma dependiera de cada nota que emitía. Y en medio de todo este mare mágnum surgió el rebuznar de un burro, destacándose de todo lo demás. En cuanto a mi vieja amiga, madame Joyeuse, me entraron verdaderas ganas de llorar, ya que la pobre dama parecía estar absolutamente perpleja. Todo lo que fue capaz de hacer fue ponerse en un rincón, junto a la chimenea, y cantar incesantemente y con todas sus fuerzas: «¡Cock-a-doodle-de-dooooh!».

Y entonces llegó el clímax, la catástrofe de aquel drama. Al no ser ofrecida ninguna resistencia, aparte de los aullidos, los alaridos y los quiquiriqués a la aproximación del grupo del exterior, las diez ventanas cedieron con gran rapidez y casi simultáneamente.

Pero jamás podré olvidar mi asombro y mi horror cuando vi que lo que entraba por las ventanas, cayendo entre nosotros péle-méle, peleando, pisoteando, arañando y aullando era lo que a mí me pareció en aquel momento un perfecto ejército de chimpancés, orangutanes y enormes babuinos negros del cabo de Buena Esperanza.

Recibí una terrible paliza, después de la cual rodé bajo un sofá, quedándome inmóvil. No obstante, después de llevar allí unos quince minutos, tiempo durante el cual estuve escuchando con toda atención lo que ocurría en la habitación, llegué a un dénouement satisfactorio de aquella tragedia. Monsieur Maillard, al parecer, no había hecho más que narrarme sus propios logros al hablarme del lunático que había incitado a sus compañeros a la rebelión. Este caballero había sido efectivamente, hacía ya dos o tres años, el superintendente de la institución, pero se volvió loco a su vez, ingresando así como paciente. Este hecho no era conocido por mi compañero de viaje, que fue el que hizo las presentaciones. Los guardianes, en número de diez, habiendo sido capturados por sorpresa, fueron cubiertos en primer lugar de brea, siendo después cuidadosamente emplumados, y finalmente encerrados en celdas subterráneas. Habían permanecido en esta situación durante más de un mes, y durante todo ese período, monsieur Maillard les permitió generosamente disponer no sólo de brea y plumas (que en ellas consistía su sistema), sino también de algo de pan y agua en abundancia. Ésta era bombeada sobre ellos todos los días. Finalmente, uno que consiguió escapar a través de una alcantarilla puso en libertad a todos los demás.

El «sistema de apaciguamiento», con importantes modificaciones, ha sido implantado de nuevo en el château; sin embargo, no puedo dejar de estar de acuerdo con monsieur Maillard en que su propio «tratamiento» era magnífico a su manera. Como observó él con justeza, era «simple, pulcro y no suponía ningún problema, absolutamente ninguno».

Sólo tengo que añadir que aunque he buscado por todas las librerías de Europa los trabajos del doctor Brea y del profesor Pluma, he fracasado estrepitosamente hasta hoy en mis intentos de encontrar un ejemplar.

EL CASO EXTRAORDINARIO DEL SEÑOR VALDEMAR

No pretenderé, naturalmente, opinar que no exista motivo alguno para asombrarse de que el caso extraordinario del señor Valdemar haya promovido una discusión. Sería un milagro que no hubiera sucedido así, especialmente en tales circunstancias. El deseo de todas las partes interesadas en mantener el asunto oculto al público, al menos hasta el presente o hasta que haya alguna oportunidad ulterior para otra investigación, y nuestros esfuerzos a ese efecto han dado lugar a un relato mutilado o exagerado que se ha abierto camino entre la gente, y que llegará a ser el origen de muchas falsedades desagradables, y, como es natural, de un gran descrédito.

Se ha hecho hoy necesario que exponga los hechos, hasta donde los comprendo yo mismo. Helos sucintamente aquí:

Durante estos tres últimos años ha sido repetidamente atraída mi atención por el tema del mesmerismo o hipnotismo animal, y hace nueve meses, aproximadamente, se me ocurrió de pronto que en la serie de experimentos efectuados hasta ahora existía una muy notable y muy inexplicable omisión: nadie había sido aún hipnotizado in articulo mortis. Quedaba por ver, primero, si en semejante estado existía en el paciente alguna sensibilidad a la influencia magnética; en segundo lugar, si, en caso afirmativo, estaba atenuada o aumentada por ese estado; en tercer lugar, cuál es la extensión y por qué período de tiempo pueden ser detenidas las intrusiones de la muerte con ese procedimiento. Había otros puntos que determinar; pero eran éstos los que mas excitaban mi curiosidad, el último en particular, dado el carácter enormemente importante de sus consecuencias.

Buscando a mi alrededor algún sujeto por medio del cual pudiese comprobar esas particularidades, acabé por pensar en mi amigo el señor Ernesto Valdemar, compilador muy conocido de la Bibliotheca Forensica y autor (bajo el nom de plume de Issachar Marx) de las traducciones polacas de Wallenstein y de Gargantúa. El señor Valdemar, que había residido principalmente en Harlem. N. Y., desde el año de 1839, es (o era) notable sobre todo por la excesiva delgadez de su persona - sus miembros inferiores se parecían mucho a los de John Randolp - y también por la blancura de sus cabellos, que, a causa de esa blancura, se confundían de ordinario con una peluca. De marcado temperamento nervioso, esto le hacía ser un buen sujeto para las experiencias magnéticas. En dos o tres ocasiones le había yo dormido sin dificultad; pero me sentí defraudado en cuanto a otros resultados que su peculiar constitución me había hecho, por supuesto, esperar. Su voluntad no quedaba en ningún momento positiva o enteramente bajo mi influencia, y respecto a la clairvoyance (clarividencia), no pude realizar con él nada digno de mención. Había yo atribuido siempre mi fracaso a esas cuestiones relacionadas con la alteración de su salud. Algunos meses antes de conocerle, sus médicos le habían diagnosticado una tisis comprobada. Era, en realidad, costumbre suya hablar con toda tranquilidad de su cercano fin como de una cuestión que no podía ni evitarse ni lamentarse.

Respecto a esas ideas a que he aludido antes, cuando se me ocurrieron por primera vez, pensé como era natural, en el señor Valdemar. Conocía yo la firme filosofía de aquel hombre para temer cualquier clase de escrúpulos por su parte, y no tenía él parientes en América que pudiesen, probablemente, intervenir. Le hablé con toda franqueza del asunto, y ante mi sorpresa, su interés pareció muy excitado. Digo ante mi sorpresa, pues aunque hubiese él cedido siempre su persona por libre albedrío para mis experimentos, no había demostrado nunca hasta entonces simpatía por mis trabajos. Su enfermedad era de las que no admiten un cálculo exacto con respecto a la época de su término mortal. Quedó, por último, convenido entre nosotros que me mandaría llamar veinticuatro horas antes del período anunciado por sus médicos como el de su muerte.

Hace más de siete meses que recibí la siguiente esquela del propio señor Valdemar:

«Mi querido P***:

»Puede usted venir ahora. D*** y F** están de acuerdo en que no llegaré a las doce de la noche de mañana, y creo que han acertado con el plazo exacto o poco menos.

Valdemar.»

Recibí esta esquela una media hora después de haber sido escrita, y a los quince minutos todo lo más, me encontraba en la habitación del moribundo. No le había visto en diez días, y me quedé aterrado de la espantosa alteración que en tan breve lapso se había producido en él. Su cara tenía un color plomizo, sus ojos estaban completamente apagados, y su delgadez era tan extremada, que los pómulos habían perforado la piel. Su expectoración era excesiva. El pulso, apenas perceptible. Conservaba, sin embargo, de una manera muy notable sus facultades mentales y alguna fuerza física. Hablaba con claridad, tomaba algunas medicinas calmantes sin ayuda de nadie, y cuando entré en la habitación, se ocupaba en escribir a lápiz unas notas en un cuadernito de bolsillo. Estaba incorporado en la cama, gracias a unas almohadas. Los doctores D*** y F*** le prestaban asistencia.

Después de haber estrechado la mano del señor Valdemar, llevé a aquellos caballeros aparte y obtuve un minucioso informe del estado del paciente. El pulmón izquierdo se hallaba desde hacía ocho meses en un estado semióseo o cartilaginoso y era, por consiguiente, de todo punto inútil para cualquier función vital. El derecho, en su parte superior, estaba también parcial, si no totalmente osificado, mientras la región inferior era sólo una masa de tubérculos purulentos, conglomerados. Existían varias perforaciones extensivas, y en cierto punto había una adherencia permanente de las costillas. Estas manifestaciones en el lóbulo derecho eran de fecha relativamente reciente. La osificación había avanzado con una inusitada rapidez; no se había descubierto ningún signo un mes antes, y la adherencia no había sido observada hasta tres días antes. Con independencia de la tisis, se sospechaba un aneurisma de la aorta, en el paciente; pero sobre este punto, los síntomas de osificación hacían imposible un diagnóstico exacto. En opinión de los dos médicos, el señor Valdemar moriría alrededor de medianoche del día siguiente (domingo). Eran entonces las siete de la noche del sábado.

Al separarse de la cabecera del doliente para hablar conmigo, los doctores D*** y F*** le dieron un supremo adiós. No tenían intención de volver; pero, a requerimiento mío, consintieron en venir a visitar de nuevo al paciente hacia las diez de la noche inmediata.

Cando se marcharon hablé libremente con el señor Valdemar sobre su cercana muerte, así como en especial del experimento proyectado. Se mostró decidido a ello con la mejor voluntad, ansioso de efectuarlo, y me apremió para que comenzase en seguida. Estaban allí para asistirle un criado y una sirvienta; pero no me sentí bastante autorizado para comprometerme en una tarea de aquel carácter sin otros testimonios de mayor confianza que el que pudiesen aportar aquellas personas en caso de accidente repentino. Iba a aplazar, pues, la operación hasta las ocho de la noche siguiente, cuando la llegada de un estudiante de Medicina, con quien tenía yo cierta amistad (el señor Teodoro L***I), me

sacó por completo de apuros. Mi primera intención fue esperar a los médicos; pero me indujeron a obrar en seguida, en primer lugar, los apremiantes ruegos del señor Valdemar, y en segundo lugar, mi convicción de que no podía perder un momento, pues aquel hombre se iba por la posta.

El señor L***I fue tan amable, que accedió a mi deseo de que tomase notas de todo cuanto ocurriese, y gracias a su memorándum, puedo ahora relatarlo en su mayor parte, condensando o copiando al pie de la letra.

Faltarían unos cinco minutos para las ocho, cuando, cogiendo la mano del paciente, le rogué que manifestase al señor L***I, lo más claramente que le permitiera su estado, que él (el señor Valdemar) tenía un firme deseo de que realizara yo el experimento de hipnotización sobre su persona en aquel estado.

Replicó él, débilmente, pero de un modo muy audible:

-Sí, deseo ser hipnotizado -añadiendo al punto-: Temo que lo haya usted diferido demasiado.

Mientras hablaba así, comencé a dar los pases que sabía ya eran los más eficaces para dominarle. Estaba él, sin duda, influido por el primer pase lateral de mi mano de parte a parte de su cabeza; pero, aunque ejercité todo mi poder, no se manifestó ningún efecto hasta unos minutos después de las diez, en que los doctores D*** y F*** llegaron, de acuerdo con la cita. Les expliqué en pocas palabras lo que me proponía hacer, y como ellos no opusieron ninguna objeción, diciendo que el paciente estaba ya en la agonía, proseguí, sin vacilación, cambiando, no obstante, los pases laterales por otros hacia abajo, dirigiendo exclusivamente mi mirada a los ojos del paciente.

Durante ese rato era imperceptible su pulso, y su respiración estertorosa y con intervalos de medio minuto.

Aquel estado continuó inalterable casi durante un cuarto de hora. Al terminar este tiempo, empero, se escapó del pecho del moribundo un suspiro natural, aunque muy hondo, y cesó la respiración estertorosa, es decir, no fue ya sensible aquel estertor; no disminuían los intervalos. Las extremidades del paciente estaban frías como el hielo.

A las once menos cinco percibí signos inequívocos de la influencia magnética. El movimiento giratorio de los ojos vidriosos se convirtió en esa expresión de desasosegado examen interno que no se ve nunca más que en los casos de somnambulismo, y que no se puede confundir. Con unos pocos pases laterales rápidos hice estremecerse los párpados, como en un sueño incipiente, y con otros cuantos más se los hice cerrar. No estaba yo satisfecho con esto, a pesar de todo, por lo que proseguí mis manipulaciones de manera enérgica y con el más pleno esfuerzo de voluntad, hasta que hube dejado bien rígidos los miembros del durmiente, después de colocarlos en una postura cómoda, al parecer. Las piernas estaban estiradas por entero; los brazos, casi lo mismo, descansando sobre el lecho a una distancia media de los riñones. La cabeza estaba ligeramente levantada.

Cuando hube realizado esto eran las doce dadas, y rogué a los caballeros allí presentes que examinasen el estado del señor Valdemar. Después de varias pruebas, reconocieron que se hallaba en un inusitado y perfecto estado de trance magnético. La curiosidad de ambos médicos estaba muy excitada. El doctor D*** decidió en seguida permanecer con el paciente toda la noche, mientras el doctor F*** se despidió, prometiendo volver al despuntar el día. El señor L***I y los criados se quedaron allí.

Dejamos al señor Valdemar completamente tranquilo hasta cerca de las tres de la madrugada; entonces me acerqué a él, y le encontré en el mismo estado que cuando el doctor F*** se marchó, es decir, tendido en la misma posición. Su pulso era imperceptible; la respiración, suave (apenas sensible, excepto al aplicarle un espejo sobre la boca); los ojos estaban cerrados con naturalidad, y los miembros, tan rígidos y fríos como el mármol. A pesar de todo el aspecto general no era en modo alguno el de la muerte.

Al acercarme al señor Valdemar hice una especie de semiesfuerzo para que su brazo derecho siguiese al mío durante los movimientos que éste ejecutaba sobre uno y otro lado de su persona. En experimentos semejantes con el paciente no había tenido nunca un éxito absoluto, y de seguro no pensaba tenerlo ahora tampoco; pero, para sorpresa mía, su brazo siguió con la mayor facilidad, aunque débilmente, todas las direcciones que le indicaba yo con el mío. Decidí arriesgar unas cuantas palabras de conversación.

- Señor Valdemar - dije -, ¿duerme usted?

No respondió, pero percibí un temblor en sus labios, y eso me indujo a repetir la pregunta una y otra vez. A la tercera, todo su ser se agitó con un ligero estremecimiento; los párpados se levantaron por sí mismos hasta descubrir una línea blanca del globo; los labios se movieron perezosamente, y por ellos, en un murmullo apenas audible, salieron estas palabras:

- Sí, duermo ahora. ¡No me despierte!... ¡Déjeme morir así!

Palpé sus miembros, y los encontré más rígidos que nunca. El brazo derecho, como antes, obedecía la dirección de mi mano... Pregunté al somnábulo de nuevo:

- ¿Sigue usted sintiendo dolor en el pecho, señor Valdemar?

La respuesta fue ahora inmediata, pero menos audible que antes:

- No siento dolor... ¡Estoy muriendo!

No creí conveniente molestarle más, por el momento, y no se dijo ni se hizo ya nada hasta la llegada del doctor F***, que precedió un poco a la salida del sol; manifestó su asombro sin límites al encontrar al paciente todavía vivo. Después de tomarle el pulso y de aplicar un espejo a sus labios, me rogó que hablase de nuevo al somnábulo. Así lo hice, diciendo.

- Señor Valdemar, ¿sigue usted dormido?

Como antes, pasaron algunos minutos hasta que llegó la respuesta, y durante ese intervalo el yacente pareció reunir sus energías para hablar. Al repetirle por cuarta vez la pregunta, dijo él muy débilmente, de un modo casi ininteligible:

- Sí, duermo aún... Muero.

Fue entonces opinión o más bien deseo de los médicos que se dejase al señor Valdemar permanecer sin molestarle en su actual y, al parecer, tranquilo estado, hasta que sobreviniese la muerte, lo cual debía de tener lugar, a juicio unánime de ambos, dentro de escasos minutos. Decidí, con todo, hablarle una vez más, repitiéndole simplemente mi pregunta anterior.

Cuando lo estaba haciendo se produjo un marcado cambio en la cara del somnábulo. Los ojos giraron en sus órbitas despacio, las pupilas desaparecieron hacia arriba, la piel tomó un tinte general cadavérico, pareciendo no tanto un pergamino como un papel blanco, y las manchas hélicas circulares, que antes estaban muy marcadas en el centro de cada mejilla, se disiparon de súbito. Empleo esta expresión porque lo repentino de su desaparición me hizo pensar en una vela apagada de un soplo. El labio superior al mismo tiempo se retorció, alzándose sobre los dientes, que hacía un instante cubría por entero, mientras la mandíbula inferior cayó con una sacudida perceptible, dejando la boca abierta por completo y al descubierto, a simple vista, la lengua hinchada y negruzca. Supongo que todos los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho mortuario; pero el aspecto del señor Valdemar era en aquel momento tan espantoso y tan fuera de lo imaginable, que hubo un retroceso general alrededor del lecho.

Noto ahora que he llegado a un punto de este relato en que todo lector, sobrecogido, me negará crédito. Es mi tarea, no obstante, proseguir haciéndolo.

No había ya en el señor Valdemar el menor signo de vitalidad, y llegando a la conclusión de que había muerto, le dejábamos a cargo de los criados cuando observamos un fuerte movimiento vibratorio en la lengua. Duró esto quizá un minuto. Al transcurrir, de las separadas e inmóviles mandíbulas salió una voz tal, que sería locura intentar describirla. Hay, en puridad, dos o tres epítetos que podrían serle aplicados en cierto

modo; puedo decir, por ejemplo, que aquel sonido era áspero, desgarrado y hueco; pero el espantoso conjunto era indescriptible, por la sencilla razón de que sonidos análogos no han hecho vibrar nunca el oído de la Humanidad. Había, sin embargo, dos particularidades que -así lo pensé entonces, y lo sigo pensando- pueden ser tomadas justamente como características de la entonación, como apropiadas para dar una idea de su espantosa peculiaridad. En primer lugar, la voz parecía llegar a nuestros oídos -por lo menos, a los míos- desde una gran distancia o desde alguna profunda caverna subterránea. En segundo lugar, me impresionó (temo realmente que me sea imposible hacerme comprender) como las materias gelatinosas o viscosas impresionan el sentido del tacto.

He hablado a la vez de «sonido» y de «voz». Quiero decir que el sonido era de un silabeo claro, o aún más, asombrosa, espeluznantemente claro. El señor Valdemar hablaba, sin duda, respondiendo a la pregunta que le había yo hecho minutos antes. Le había preguntado, como se recordará, si seguía dormido. Y él dijo ahora:

- Sí, no; he dormido..., y ahora..., ahora... estoy muerto.

Ninguno de los presentes fingió nunca negar o intentó reprimir el indescriptible y estremecido horror que esas pocas palabras, así proferidas, tan bien calculadas, le produjeron. El señor L***I (el estudiante) se desmayó. Los criados huyeron inmediatamente de la habitación, y no pudimos inducirles a volver a ella. No pretendo hacer inteligibles para el lector mis propias impresiones. Durante una hora casi nos afanamos juntos, en silencio - sin pronunciar una palabra - nos esforzamos en hacer revivir al señor L***I. Cuando volvió en sí proseguimos juntos de nuevo el examen del estado del señor Valdemar.

Seguía bajo todos los aspectos tal como he descrito últimamente, a excepción de que el espejo no recogía ya señales de respiración. Una tentativa de sangría en el brazo falló. Debo mencionar también que ese miembro no estaba ya sujeto a mi voluntad. Meforcé en balde por que siguiera la dirección de mi mano. La única señal real de influencia magnética se manifestaba ahora en el movimiento vibratorio de la lengua cada vez que dirigía yo una pregunta al señor Valdemar. Parecía él hacer un esfuerzo para contestar, pero no tenía ya la suficiente voluntad. A las preguntas que le hacía cualquier otra persona que no fuese yo, parecía absolutamente insensible, aunque procuré poner a cada miembro de aquella reunión en relación magnética con él. Creo que he relatado cuanto es necesario para hacer comprender el estado del somnábulo en aquel período. Buscamos otros enfermeros, y a las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y del señor L***I.

Por la tarde volvimos todos a ver al paciente. Su estado seguía siendo exactamente el mismo. Tuvimos entonces una discusión sobre la conveniencia y la posibilidad de despertarle, pero nos costó poco trabajo ponernos de acuerdo en que no serviría de nada hacerlo. Era evidente que, hasta entonces, la muerte (o lo que suele designarse con el nombre de muerte) había sido detenida por la operación magnética. Nos pareció claro a todos que el despertar al señor Valdemar sería, sencillamente, asegurar su instantáneo o, por lo menos, su rápido fin.

Desde ese período hasta la terminación de la semana última -en un intervalo de casi siete meses- seguimos reuniéndonos todos los días en casa del señor Valdemar, de cuando en cuando acompañados de médicos y otros amigos. Durante ese tiempo, el somnábulo seguía estando exactamente tal como he descrito ya. La vigilancia de los enfermeros era continua.

Fue el viernes último cuando decidimos, por fin, efectuar el experimento de despertarle, o de intentar despertarle, y es acaso el deplorable resultado de este último experimento el que ha dado origen a tantas discusiones en los círculos privados, en muchas de las cuales no puedo por menos de ver una credulidad popular injustificable. A fin de sacar al señor Valdemar del estado de trance magnético, empleé los acostumbrados pases.

Durante un rato resultaron infructuosos. La primera señal de su vuelta a la vida se manifestó por un descenso parcial del iris. Observamos como algo especialmente notable que ese descenso de la pupila iba acompañado de un derrame abundante de un licor amarillento (por debajo de los párpados) con un olor acre muy desagradable.

Me sugirieron entonces que intentase influir sobre el brazo del paciente, como en los pasados días. Lo intenté y fracasé. El doctor F*** expresó su deseo de que le dirigiese una pregunta. Lo hice del modo siguiente:

- Señor Valdemar, puede usted explicarnos cuáles son ahora sus sensaciones o deseos?

Hubo una reaparición instantánea de los círculos héticos sobre las mejillas; la lengua se estremeció, o más bien se enrolló violentamente en la boca (aunque las mandíbulas y los labios siguieron tan rígidos como antes), y, por último, la misma horrenda voz que ya he descrito antes prorrumpió:

- ¡Por amor de Dios!... De prisa.-., de prisa..., hágame dormir o despiérteme de prisa..., ¡de prisa!... ¡Le digo que estoy muerto!

Estaba yo acorbadado a más no poder, y durante un momento permanecí indeciso sobre lo que debía hacer. Intenté primero un esfuerzo para calmar al paciente, pero al fracasar, en vista de aquella total suspensión de la voluntad, cambié de sistema, y luché denodadamente por despertarle. Pronto vi que esta tentativa iba a tener un éxito completo, o, al menos, me imaginé que sería completo mi éxito, y estoy seguro de que todos los que permanecían en la habitación se preparaban a ver despertar al paciente.

Sin embargo, es de todo punto imposible que ningún ser humano estuviera preparado para lo que ocurrió en la realidad.

Cuando efectuaba yo los pases magnéticos, entre gritos de «¡Muerto, muerto!», que hacían por completo explosión sobre la lengua, y no sobre los labios del paciente, su cuerpo entero, de pronto, en el espacio de un solo minuto, o incluso en menos tiempo, se contrajo, se desmenuzó, se pudrió terminantemente bajo mis manos. Sobre el techo, ante todos los presentes, yacía una masa casi líquida de repugnante, de aborrecible putrefacción.

MELLONTA TAUTA

Al director del Lady's Book:

Tengo el honor de enviarle para su revista un artículo que espero sea usted capaz de comprender más claramente que yo. Es una traducción hecha por mi amigo Martin Van Buren Navis (llamado «El brujo de Poughkeepsie») de un manuscrito de extraña apariencia que encontré hace aproximadamente un año dentro de un porrón tapado, flotando en el Mare Tenebrarum -mar bien descrito por el geógrafo nubio, pero rara vez visitado en nuestros días, salvo por los trascendentalistas y los buscadores de extravagancias.

Suyo,
EDGAR A. POE

A bordo del globo Skylark, 1.º de abril de 2848.

Ahora, mi querido amigo, por sus pecados tendrá que soportar le inflija una larga carta chismosa. Le digo claramente que voy a castigarlo por todas sus impertinencias y que seré tan tediosa, tan discursiva, tan incoherente y tan insatisfactoria como pueda. Además, aquí estoy, enjaulada en un sucio globo, con cien o doscientos miembros de la canaille, realizando una excursión de placer (¡qué idea divertida tiene alguna gente del

placer!), y sin perspectiva de tocar tierra firme durante un mes por lo menos. Nadie con quien hablar. Nada que hacer. Cuando una no tiene nada que hacer, ha llegado el momento de escribir a los amigos. Comprende usted entonces, por qué le escribo esta carta: a causa de mi ennuí y de sus pecados.

Prepare sus lentes y dispóngase a aburrirse. Pienso escribirle todos los días durante este odioso viaje.

¡Ay! ¿Cuándo visitará el pericráneo humano alguna Invención? ¿Estamos condenados para siempre a los inconvenientes del globo? ¿Nadie ideará un modo más rápido de transporte? Este trote lento es, en mi opinión; poco menos que una verdadera tortura. ¡Palabra, no hemos hecho más de cien millas desde que partimos! Los mismos pájaros nos dejan atrás, por lo menos algunos de ellos. Le aseguro que no exagero nada. Nuestro movimiento, sin duda, parece más lento de lo que realmente es, por no tener objetos de referencia para calcular nuestra velocidad, y porque vamos a favor del viento. Indudablemente, cuando encontramos otro globo tenemos una posibilidad de advertir cuán rápido volamos, y entonces, lo admito, las cosas no parecen tan mal. Acostumbrada como estoy a este modo de viajar, no puedo evitar una especie de vértigo cuando un globo pasa en una: corriente situada directamente encima de la nuestra. Siempre me parece un inmenso pájaro de presa a punto de caer sobre nosotros y de llevarnos en sus garras. Esta mañana pasó uno, a la salida del sol, y tan cerca que su cuerda-guía rozó la red que sujeta la barquilla, causándonos seria aprensión. Nuestro capitán dijo que, si el material del globo hubiera sido la mala «seda» barnizada de quinientos o mil años atrás, hubiéramos sufrido perjuicios inevitables. Esa seda, como me lo explicó, era tejido hecho con las entrañas de una especie de gusano de tierra. El gusano era cuidadosamente alimentado con moras -una fruta semejante a la sandía- y, cuando estaba suficientemente gordo, lo aplastaban en un molino. La pasta así obtenida recibía el nombre de papiro en su primer estado, y sufría variedad de procesos hasta convertirse finalmente en «seda»: ¡Cosa singular, fue en un tiempo muy admirada como artículo de vestimenta femenina! Los globos también se construían por lo general con seda. Una clase mejor de material, según parece, se halló luego en el plumón que rodea las cápsulas de las semillas de una planta vulgarmente llamada euphorbium, pero que en aquella época la botánica denominaba vinctósigo. Esta última clase de seda recibía el nombre de seda-buckingham, a causa de su duración superior, y por lo general se la preparaba para el uso barnizándola con una solución de caucho, sustancia que en algunos aspectos debe de haberse asemejado a la gutapercha, ahora de uso común. Este caucho merecía en ocasiones el nombre de goma de la India o goma de whist, y se trataba, sin duda, de uno de los numerosos hongos existentes. No me dirá usted otra vez que en el fondo no soy una verdadera arqueóloga.

Hablando de cuerdas-guías, parece que la nuestra acaba de hacer caer al agua a un hombre que viajaba en una de las pequeñas embarcaciones propulsadas magnéticamente que surcan como enjambres el océano a nuestros pies; se trata de un barco de unas seis mil toneladas y, a lo que parece, vergonzosamente sobrecargado. No debería permitirse a esas diminutas embarcaciones que llevaran más de un número fijo de pasajeros. Como es natural, no se permitió al hombre que volviera a bordo, y muy pronto él y su salvavidas se perdieron de vista. Me alegra, querido amigo, vivir en una edad demasiado

ilustrada para suponer que cosas tales como los meros individuos puedan existir. La verdadera Humanidad sólo se preocupa por la masa. Y ya que estamos hablando de la humanidad, ¿sabía usted que nuestro inmortal Wiggins no es tan original en su concepción de las condiciones sociales y otros puntos análogos, como sus contemporáneos parecen suponer? Pundit me asegura que las mismas ideas fueron formuladas casi de la misma manera, hace unos mil años, por un filósofo irlandés llama-

do Peletero, a causa de que tenía un negocio al menudeo para la venta de pieles de gato y otros animales. Pundit sabe, como no lo ignora usted, y no es posible que se engañe. ¡Cuán admirablemente vemos verificada diariamente la profunda observación del hindú Aries Tottle, según la cita Pundit! «Cabe así sostener que no una, o dos, o pocas veces, sino repetidas casi hasta el infinito, las mismas opiniones giran en círculo entre los hombres»

2 de abril.-Nos pusimos hoy al habla con el cúter magnético que se halla a cargo de la sección central de los alambres telegráficos flotantes. Me entero de que cuando este dispositivo telegráfico fue puesto en funcionamiento por Horse, se consideraba absolutamente imposible llevar los alambres a través del mar, pero ahora lo imposible es comprender cuál era la dificultad. Así cambia el mundo. Tempora mutantur... excúseme por citar en etrusco. ¿Qué haríamos sin el telégrafo atalántico? (Pundit dice que antes se escribía «Atlántico».) Hicimos alto unos minutos para hablar con los del cúter y, entre otras gloriosas noticias, nos enteramos de que la guerra civil arde en Africa, mientras la peste cumple una magnífica tarea tanto en Uropa como en Hasia. ¿No es sumamente notable que, antes de que la humanidad iluminara brillantemente la filosofía, el mundo tuviera costumbre de considerar la guerra y la peste como calamidades? ¿Sabía usted que en los antiguos templos se elevaban rogativas para que esos males (!) no asolaran a la humanidad? ¿No resulta difícilísimo comprender cuáles eran los principios e intereses que movían a nuestros antepasados? ¿Estaban tan ciegos como para no percibir que la destrucción de una miríada de individuos representaba una ventaja positiva para la masa?

3 de abril.-Resulta realmente muy divertido subir por la escala de cuerda que lleva a lo alto de la esfera del globo y contemplar desde allí el mundo que nos rodea. Desde la barquilla, como bien sabe usted, el panorama no es tan amplio, pues poco se alcanza a ver verticalmente. Pero sentada aquí (desde donde le escribo), en la piazza abierta, lujosamente cubierta de almohadones, de lo alto del globo, se puede ver todo lo que ocurre en cualquier dirección. En este momento diviso una verdadera muchedumbre de globos, que presentan un aspecto sumamente animado, mientras el aire resuena con el zumbido de millones de voces humanas. He oído decir que cuando Amarillo (o como Pundit afirma, Violeta), que, según parece, fue el primer aeronauta, sostenía la posibilidad de atravesar la atmósfera en todas direcciones, ascendiendo o descendiendo hasta encontrar una corriente favorable, sus contemporáneos apenas le prestaban atención, creyéndole una especie de loco ingenioso, y todo ello porque los filósofos (!) del momento declaraban que la cosa era imposible. ¡Ah, me resulta completamente inexplicable cómo una cosa tan factible pudo escapar a la sagacidad de los antiguos savants! Pero en todas las edades, los mayores obstáculos al progreso en las artes han sido creados por los así llamados hombres de ciencia. Ciertamente, nuestros hombres de ciencia no son tan intolerantes como los de antaño... Pero tengo algo muy raro que decirle al respecto. ¿Sabía usted que apenas han pasado mil años desde que los metafísicos consintieron en desengañar a la gente de la singular fantasía de que sólo existían dos caminos posibles para llegar a la verdad? ¡Créalo, si le es posible! Parece ser que hace mucho, muchísimo, en la noche de los tiempos, vivió un filósofo turco (o más posiblemente hindú) llamado Aries Tottle. Esta persona introdujo, o al menos propagó lo que se dio en llamar el método de investigación deductivo o a priori. Comenzó postulando los axiomas o «verdades evidentes por sí mismas», y de ahí pasó «lógicamente» a los resultados. Sus discípulos más notables fueron un tal Neuclydes y un tal Cant. Pues bien, Aries Tottle se mantuvo inexpugnable hasta la llegada de un tal Hog, apodado «el pastor de Ettrick», que predicó un sistema por completo diferente, que llamó inductivo o a posteriori. Su teoría lo remitía todo a la sensación. Hog procedía a observar, analizar y clasificar los hechos -instantiae naturae, como se les llamaba afectadamente- en leyes generales. En una palabra, el método de Aries Tottle se basaba en noumena, y el de Hog, en phenomena. Pues bien, tan grande admiración despertaba este último sistema que

Aries Tottle quedó inmediatamente desacreditado. Más tarde recobró terreno y se le permitió compartir el reino de la Verdad con su más moderno rival. Los savants sostuvieron que las vías aristotélicas y baconianas eran los únicos caminos posibles del conocimiento. Como usted sabe, «baconiano» es un adjetivo inventado para reemplazar a «hogiano», por más eufónico y digno.

Ahora bien, querido amigo, le aseguro rotundamente que expongo esta cuestión de la manera más leal, y basándome en las autoridades más sólidas; fácilmente podrá comprender, pues, cómo una noción tan absurda debió retrasar el progreso de todo conocimiento verdadero, que avanza casi invariablemente por saltos intuitivos. La noción antigua reducía la investigación a un mero reptar; y durante siglos la ciega creencia en Hog hizo que, por así decirlo, se dejara prácticamente de pensar. Nadie se atrevía a expresar una verdad cuyo origen sólo, debía a su propia alma. Ni siquiera valía

que aquella verdad fuese demostrable, pues los tozudos savants de la época sólo se fijaban en el camino por el cual se había llegado a ella. No querían mirar los fines. «¡Veamos los medios, los medios!», gritaban. Si al investigar los medios se descubría que no encajaban en la categoría Aries (o sea, Carnero), ni en la categoría Hog (o sea, Cerdo), pues bien, los savants se negaban a seguir adelante, declaraban que el «teorizador» era un loco y no querían nada con él ni con su verdad.

Ni siquiera puede sostenerse aquí que, gracias al sistema de reptación, fuera posible acumular grandes cantidades de verdad a lo largo de los tiempos, pues la represión de la imaginación era un mal que no se compensaba con ninguna certeza que pudieran dar los antiguos métodos de investigación. El error de aquellos Alamanes, Francos, Inglis y Amricanos (estos últimos, dicho sea de paso, fueron nuestros antepasados inmediatos) era análogo al del sabihondo que se imagina que va a conocer mejor una cosa sí la arrima a un centímetro de los ojos. Aquellas gentes se cegaban a causa de los detalles. Cuando seguían el camino del Cerdo, sus «hechos» por siempre eran tales, cosa que en sí hubiera tenido poca importancia de no mediar la circunstancia de que ellos sostenían que sí lo eran, y que tenían que serlo porque se presentaban como tales. Cuando tomaban el camino del Carnero, su marcha era apenas tan derecha como los cuernos de un morueco, puesto que jamás tenían un axioma que verdaderamente lo fuera. Debieron de estar muy ciegos para no verlo, aun en su época, pues ya entonces gran cantidad de los axiomas «establecidos» habían sido rechazados. Por ejemplo: Ex nihilo nihil fit, «un cuerpo no puede actuar allí donde no está», «no puede haber antípodas», «la oscuridad no puede nacer de la luz»; todas ellas, y una docena de proposiciones semejantes, admitidas al comienzo como axiomas, eran consideradas como insostenibles aun en el período del que hablo. ¡Gentes absurdas que persistían en depositar su fe en los axiomas como bases inmutables de la verdad! Aun si se los extrae de las obras de sus razonadores más sólidos, es facilísimo demostrar la futilidad, la impalpabilidad de sus axiomas en general. ¿Quién fue el más profundo de sus lógicos? ¡Veamos!. Lo mejor será que vaya a preguntarle a Pundit; volveré dentro de un minuto. ¡Ah, ya lo tengo! He aquí un libro escrito hace casi mil años y recientemente traducido del Inglis (que, dicho sea de paso, parece haber constituido los rudimentos del Amricano). Pundit afirma que se trata de la obra antigua más inteligente sobre lógica. El autor (muy estimado en su tiempo) era tal Miller o Mill, y nos enteramos, como detalle de cierta importancia, que era dueño de un caballo de tahona llamado «Bentham». Pero examinemos el tratado.

¡Ah! «La capacidad o la incapacidad de concebir algo -dice muy atinadamente Mr. Mill- no debe considerarse en ningún caso como criterio de verdad axiomática.» ¿Qué moderno que esté en sus cabales osaría discutir este truísmo? Lo único que puede asombrarnos es cómo a Mr. Mill se le ocurrió mencionar una cosa tan obvia. Todo esto está muy bien... pero volvamos la página. ¿Qué encontramos? «Dos cosas contradictorias no pueden ser ambas verdaderas, vale decir, no pueden coexistir en la naturaleza.» Mr. Mill quiere decir, por ejemplo, que un árbol tiene que ser un árbol o no serlo, o sea, que no

puede al mismo tiempo ser un árbol y no serlo. De acuerdo; pero yo le pregunto por qué. Y él me contesta -perfectamente seguro de lo que dice-: «Porque es imposible concebir que dos cosas contradictorias sean ambas verdaderas». Ahora bien, esto no es una respuesta aceptable, ya que nuestro autor acaba de admitir como truísmo que «la capacidad o la incapacidad de concebir algo no debe considerarse en ningún caso como criterio de verdad axiomática».

Pues bien, no me quejo de los antiguos porque su lógica fuera, como ellos mismos lo demuestran, absolutamente infundada, fantástica y sin el menor valor, sino por su pomposa e imbécil proscripción de todos los otros caminos de la verdad, de todos los otros medios para alcanzarla; y su obstinada limitación a los dos absurdos senderos -uno para arrastrarse y otro para reptar- donde se atrevieron a encerrar el Alma que no quiere otra cosa que volar.

Dicho sea de paso, querido amigo, ¿no cree usted que nuestros antiguos dogmáticos se hubieran quedado perplejos si hubieran tenido que determinar por cuál de sus dos caminos se había logrado la más importante y sublime de todas sus verdades? Aludo a la verdad de la Gravitación. Newton la debió a Kepler. Kepler admitió que había conjeturado sus tres leyes, esas tres leyes admirables que llevaron al gran matemático inglés a su principio, esas leyes que eran la base de todo principio físico y para ir más allá de las cuales tenemos que penetrar en el reino de la metafísica. Sí, Kepler conjeturó... es decir, imaginó. Era esencialmente un «teorizador», término hoy sacrosanto y que antes constituía un epíteto despectivo. Y aquellos viejos topos, ¿no habrían sentido la misma perplejidad si hubiesen tenido que explicar por cuál de los dos «caminos» descifra un criptógrafo un mensaje en clave especialmente secreto, y por cuál de los dos caminos encaminó Champollion a la humanidad hacia esas duraderas e innumerables verdades que se derivaron del desciframiento de los jeroglíficos?

Una palabra más sobre este tema y habré terminado de aburrirlo. ¿No es extrañísimo que, con su continuo parloteo sobre los caminos de la verdad, aquellos fanáticos no vieran el gran camino que nosotros percibimos hoy tan claramente... el camino de la Coherencia? ¡Cuán singular que no hayan sido capaces de deducir de las obras de Dios el hecho vital de que toda perfecta coherencia debe ser una verdad absoluta! ¡Cuán evidente ha sido nuestro progreso desde que esta afirmación fue formulada! Las investigaciones fueron arrancadas de las manos de los topos y confiadas como tarea a los auténticos pensadores, a los hombres de imaginación ardiente. Estos últimos teorizan. ¿Puede usted imaginar el clamor de escarnio que hubieran provocado mis palabras en nuestros progenitores si pudieran inclinarse sobre mi hombro para ver lo que escribo? Estos hombres, repito, teorizan, y sus teorías son corregidas, reducidas, sistematizadas, eliminando poco a poco sus residuos incoherentes... hasta que, por fin, se logra una coherencia perfecta; y aun el más estólido admitirá que, por ser coherentes, son absoluta e incuestionablemente verdaderas.

4 de abril.-El nuevo gas hace maravillas en combinación con el perfeccionamiento de la gutapercha. ¡Cuán seguros, cómodos, manejables y excelentes son nuestros globos modernos! He aquí uno inmenso que se nos acerca a una velocidad de por lo menos ciento cincuenta millas por hora. Parece repleto de pasajeros (quizá haya a bordo trescientos o cuatrocientos) y, sin embargo, vuela a una milla de altitud, contemplándonos desde lo alto con soberano desprecio. Empero, cien o aun doscientas millas horarias representan después de todo una travesía bastante lenta. ¿Recuerda nuestro viaje por tren a través del Kanadaw? ¡Trescientas millas por hora! ¡Eso era viajar! Imposible ver nada... Nuestras únicas ocupaciones consistían en flirtear y bailar en los magníficos salones. ¿Recuerda qué extraña sensación se experimentaba cuando, por casualidad, teníamos una visión fugitiva de los objetos exteriores mientras el tren corría a toda velocidad? Cada cosa parecía única... en una sola masa. Por mi parte, debo decir que preferiría viajar en el tren lento, el de cien millas horarias. Había en él ventanillas de cristal

y hasta se podía tenerlas abiertas, alcanzando alguna visión del paisaje. Pundit dice que el camino por donde pasa el gran ferrocarril del Kanadaw debió haber sido trazado hace aproximadamente novecientos años. Llega a afirmar que pueden verse huellas del antiguo camino, y que corresponden a ese antiquísimo período. Parece que los rieles eran solamente dobles; como usted sabe, los nuestros tienen doce rieles y están en preparación tres o cuatro más. Los antiguos rieles eran muy livianos y se hallaban tan juntos que, para nuestras nociones modernas, resultaban tan baladíes como peligrosos. El ancho actual de la trocha -cincuenta pies- se considera apenas suficientemente seguro... Por mi parte, no dudo de que en tiempos muy remotos debió existir una vía ferroviaria, como lo asegura Pundit; pues estoy convencidísima de que hace mucho tiempo, por lo menos siete siglos, el Kanadaw del Norte y el del Sur estuvieron unidos; ni que decir entonces que los kanawdienses se vieron obligados a tender un gran ferrocarril a través del continente.

5 de abril.-Me siento casi devorada por el ennuí. Pundit es la única persona con quien se puede hablar a bordo; pero el pobrecito no sabe más que de arqueología... Se ha pasado todo el día tratando de convencerme de que los antiguos americanos se gobernaban a sí mismos. ¿Oyó usted alguna vez despropósito semejante? Sostiene que tenían una especie de confederación donde cada persona era un individuo... a la manera de los «perros de las praderas» de que se habla en las fábulas. Dice que partieron de la idea más rara imaginable, a saber, que todos los hombres nacen libres e iguales... y esto en las mismas narices de las leyes de gradación, tan visiblemente impresas en todas las cosas, tanto en el universo moral como en el físico. Todos los hombres «votaban» (así le llamaban), es decir, se mezclaban en los negocios públicos, hasta que se acabó por descubrir que el negocio de todos es el negocio de nadie, y que la «República» (como llamaban a esa cosa absurda) carecía completamente de gobierno. Se dice, empero, que la primera circunstancia que perturbó seriamente la autocomplacencia de los filósofos que habían construido esta «República» fue el sorprendente descubrimiento de que el sufragio universal se prestaba a los planes más fraudulentos, por medio de los cuales se obtenía la cantidad deseada de votos, sin posibilidad de descubrimiento o de prevención, y que esto podía llevarlo a cabo cualquier partido político lo bastante vil como para no sentir vergüenza del fraude. La menor reflexión sobre este descubrimiento bastó para mostrar con toda claridad que la bellaquería debía predominar; en una palabra, que un gobierno republicano no podía ser otra cosa que un gobierno de bellacos. Entonces, mientras los filósofos se ocupaban de ruborizarse por su estupidez al no haber previsto tan inevitables, males, y trataban de inventar nuevas teorías, la cuestión fue bruscamente resuelta por un individuo llamado Populacho, quien tomó las cosas por su cuenta e inició un despotismo frente al cual las tiranías de los fabulosos Cerones y Heliopávalos resultaban tan respetables como deliciosas. Este Populacho (un extranjero, dicho sea de paso) parece haber sido el hombre más odioso que haya deshonrado la tierra. De gigantesca estatura, insolente, rapaz, sucio, tenía la hiel de un buey junto con el corazón de una hiena y el cerebro de un pavo real. De todos modos sirvió para algo, como ocurre con las cosas más viles, y enseñó a la humanidad una lección que ésta no habrá de olvidar: la de no correr jamás en sentido contrario a las analogías naturales. En cuanto al republicanismo, imposible encontrarle ninguna analogía en la faz de la tierra, salvo que tomemos como ejemplo a los «perros de las praderas», excepción que sólo sirve para demostrar, si demuestra algo, que la democracia es una admirable forma de gobierno... para perros.

6 de abril.-Anoche vi admirablemente bien a Alfa Lyrae, cuyo disco, a través del telescopio del capitán, subtendía un ángulo de medio grado, y tenía el mismo aspecto que presenta nuestro sol en un día neblinoso. Aunque muchísimo más grande que el sol, dicho sea de paso, Alfa Lyrae se le parece en cuanto a las manchas, la atmósfera y otros detalles. Sólo en el último siglo -según me dice Pundit- comenzó a sospecharse la relación binaria existente entre estos dos astros. El evidente movimiento de nuestro

sistema en el espacio había sido considerado (¡cosa extraña!) como una órbita en torno a una prodigiosa estrella situada en el centro de la Vía Láctea. Conjeturábase que cada uno de estos cuerpos celestes giraba en torno a dicha estrella o a un centro de gravedad común a todos los astros de la Vía Láctea, que se suponía cerca de Alción, en las Pléyades; calculábase que nuestro sistema completaba su circuito en 117.000.000 de años. Pero a nosotros, con nuestras actuales luces y nuestros grandes perfeccionamientos en los telescopios, nos resulta imposible imaginar la base de semejante suposición. Su primer propagandista fue un tal Mudler. Cabe presumir que la analogía lo indujo a postular tan extraña hipótesis; pero de ser así hubiera debido sostener la analogía en todo el desarrollo de su idea. Al sugerir un gran astro central, Mudler no incurría en nada ilógico. Empero, y desde un punto de vista dinámico, este astro central tendría que ser muchísimo más grande que todos los otros cuerpos celestes juntos. Cabía entonces preguntarse: «¿Cómo es que no lo vemos?» Precisamente nosotros, que ocupamos la región media del inmenso racimo, el lugar cerca del cual debería hallarse situado aquel inconcebible sol central, ¿cómo no lo vemos? Quizá en este punto el astrónomo se refugió en una noción de no-luminosidad y al hacerlo abandonó por completo la analogía. Pero, aun admitiendo que el astro central no fuera luminoso, ¿cómo explicar que el incalculable ejército de resplandecientes soles que se encaminan hacia él no lo iluminen? No hay duda de que lo que el sabio sostuvo al final fue la mera existencia de un centro de gravedad común a todos los cuerpos del espacio; pero aquí tuvo que renunciar de nuevo a la analogía. Nuestro sistema gira, es cierto, en torno de un centro común de gravedad, pero lo hace en relación con un sol material cuya masa compensa más que suficientemente las de todo el sistema junto. El círculo matemático es una curva compuesta por infinidad de líneas rectas; pero esta idea del círculo, que con relación a la geometría terrena consideramos como meramente matemática, distinguiéndola de la idea práctica de un círculo, esta idea es la única concepción práctica que cabe mantener con respecto a los titánicos círculos que debemos concebir, por lo menos en la fantasía, cuando suponemos a nuestro sistema y a sus semejantes girando en torno a un punto en el centro de la Vía Láctea. ¡Intente la más vigorosa imaginación humana dar un solo paso hacia la comprensión de un circuito tan inexpresable! Apenas resultaría paradójico decir que un relámpago, corriendo por siempre en la circunferencia de este inconcebible círculo, correría por siempre en línea recta. El camino de nuestro sol a lo largo de esta circunferencia, la dirección de nuestro sistema en semejante órbita, no puede, para la percepción humana, haberse desviado en lo más mínimo de una línea recta, ni siquiera en un millón de años; imposible suponer otra cosa, pese a lo cual aquellos astrónomos antiguos se dejaban engañar al punto de creer que una curvatura bien marcada habíase hecho visible en el breve período de la historia astronómica en ese mero punto, en esa absoluta nada de dos o tres mil años. ¡Cuán incomprensible es que consideraciones como las presentes no les indicaran inmediatamente la verdad de las cosas... o sea, la revolución binaria de nuestro sol y de Alpha Lyrae en torno a un centro común de gravedad!

7 de abril.-Continuamos anoche nuestras diversiones astronómicas. Vimos con mucha claridad los cinco asteroides neptunianos y observamos con sumo interés la colocación de una pesada imposta sobre dos dinteles en el nuevo templo de Dafnis, en la luna. Resultaba divertido pensar que criaturas tan pequeñas como los selenitas y tan poco parecidas a los hombres muestran un ingenio mecánico muy superior al nuestro. Cuesta además concebir que las enormes masas que aquellas gentes manejan fácilmente sean tan livianas como nuestra razón nos lo enseña.

8 de abril.- ¡Eureka! Pundit resplandece de alegría. Un globo de Kanadaw nos habló hoy, arrojándonos varios periódicos recientes. Contienen noticias sumamente curiosas sobre antigüedades kanawdienses o más bien amricanas. Presumo que estará usted enterado de que numerosos obreros se ocupan desde hace varios meses en preparar el

terreno para una nueva fuente en Paraíso, el principal jardín privado del emperador. Parece ser que Paraíso, hablando literalmente, fue en tiempos inmemoriales una isla -vale decir que su límite Norte estuvo siempre constituido (hasta donde lo indican los documentos) por un riacho o más bien un angosto brazo del mar-. Este brazo se fue ensanchando gradualmente hasta alcanzar su amplitud actual de una milla. El largo total de la isla es de nueve millas; el ancho varía mucho. Toda el área (según dice Pundit) hallábase, hace unos ochocientos años, densamente cubierta de casas, algunas de las cuales tenían hasta veinte pisos; por alguna razón inexplicable se consideraba la tierra como especialmente preciosa en esta vecindad. Empero, el desastroso terremoto del año 2050 desarraigó y asoló de tal manera la ciudad (pues era demasiado grande para llamarle poblado), que los más infatigables arqueólogos no pudieron obtener jamás elementos suficientes (como monedas, medallas o inscripciones) para establecer la más nebulosa teoría concerniente a las costumbres, modales, etc., etc., de los aborígenes. Puede decirse que todo lo que sabemos de ellos es que constituían parte de la tribu salvaje de los Knickerbockers, que infestaba el continente en la época de su descubrimiento por Recorder Riker, uno de los caballeros del Vellochino de Oro. No eran completamente incivilizados, sino que cultivaban diversas artes e incluso ciencias, pero a su manera. Se dice que eran muy perspicaces en ciertos aspectos pero atacados por la extraña monomanía de construir lo que en el antiguo americano se llamaba «iglesias», o sea, unas especies de pagodas instituidas para la adoración de dos ídolos denominados Riqueza y Moda. Al final, nueve décimas partes de la isla no eran más que iglesias. Las mujeres, según parece, estaban extrañamente deformadas por una protuberancia de la región donde la espalda cambia de nombre, aunque se consideraba que esto era el colmo de la belleza, cosa inexplicable. Se han conservado milagrosamente una o dos imágenes de tan singulares mujeres. Tienen un aire muy raro... algo entre un pavo y un dromedario.

En fin, tales eran los pocos detalles que poseíamos acerca de los antiguos Knickerbockers. Parece, sin embargo, que al cavar en el centro del jardín del Emperador

(que, como usted sabe, cubre toda la isla), los obreros desenterraron un bloque cúbico de granito, evidentemente tallado y que pesaba varios cientos de libras. Hallábase bien conservado y la convulsión que lo había sumido en la tierra no parecía haberlo dañado. En una de sus superficies había una placa de mármol con (¡imagínese usted!) una inscripción... una inscripción legible. Pundit está arrobado. Al desprender la placa apareció una cavidad conteniendo una caja de plomo donde había diversas monedas, un rollo de papel con nombres, documentos que tienen el aire de periódicos, y otras cosas de fascinante interés para el arqueólogo. No cabe duda de que se trata de auténticas reliquias americanas, pertenecientes a la tribu de los Knickerbockers. Los diarios arrojados a nuestro globo contienen facsímiles de las monedas, manuscritos, caracteres tipográficos, etc. Copio para diversión de usted la inscripción Knickerbocker de la placa de mármol:

Esta piedra fundamental de un monumento
a la memoria de
JORGE WASHINGTON
fue colocada con las debidas ceremonias el
19 de octubre de 1847,
aniversario de la rendición de
Lord Cornwallis
al General Washington en Yorktown,
A D. 1781,
bajo los auspicios de la
Asociación pro monumento a Washington de la
ciudad de Nueva York.

La precedente es traducción verbatim hecha por Pundit en persona, de modo que no puede haber error. De estas pocas palabras preservadas surgen varios importantes tópicos de conocimiento, entre los cuales el no menos interesante es que, hace mil años, los verdaderos monumentos habían caído en desuso -lo cual estaba muy bien- y la gente se contentaba, como hacemos nosotros ahora, con una mera indicación de sus intenciones de erigir un monumento en tiempos venideros, colocando cuidadosamente una piedra fundamental, «solitaria y sola» (me excusará usted por citar al gran poeta americano Benton), como garantía de tan magnánima intención. Asimismo, de esa admirable piedra extraemos la seguridad del cómo, el dónde y el qué de la gran rendición de que en ella se habla. En cuanto al dónde, fue en Yorktown (dondequiera que se hallara), y por lo que respecta al qué, se trataba del general Cornwallis (sin duda algún acaudalado comerciante en granos). No hay duda de que se rindió. La inscripción conmemora la rendición de... ¿de quién? Pues de «Lord Cornwallis». La única cuestión está en saber por qué querían los salvajes que se rindiera. Pero si recordamos que se trataba indudablemente de caníbales, llegamos a la conclusión de que lo querían para hacer salchichas. En cuanto al cómo de la rendición, ningún lenguaje podría ser más explícito. Lord Cornwallis se rindió (para servir de salchicha) «bajo los auspicios de la Asociación pro monumento a Washington», institución caritativa ocupada en colocar piedras fundamentales... ¡Santo Dios! ¿Qué ocurre? ¡Ah, ya veo, el globo se está viniendo abajo y tendremos que posarnos en el mar! Sólo me queda tiempo, pues, para agregar que, después de una rápida lectura de los facsímiles que aparecen en los diarios, advierto que los grandes hombres de aquellos días entre los americanos eran un tal John; herrero, y un tal Zacarías, sastre.

Adiós, y hasta pronto. Poco me importa que reciba usted o no esta carta, pues la escribo solamente para divertirme. Pondré de todos modos el manuscrito en una botella y lo arrojaré al mar.

Su amiga invariable,
PUNDITA

VON KEMPELEN Y SU DESCUBRIMIENTO

Después del muy meticoloso y elaborado ensayo de Arago, por no hablar del artículo en 'Silliman's Journal,' con la detallada declaración recién publicada por Lientenant Mury, no se supondrá, desde luego, que al ofrecer unos pocos rápidos comentarios en referencia al descubrimiento de Von Kempelen, tenga yo alguna intención de abordar el tema desde un punto de vista científico. Mi objetivo es simplemente, en primer lugar, decir unas pocas palabras sobre el mismo Von Kempelen (a quien, algunos años atrás, tuve el breve honor de conocer personalmente), ya que todo lo concerniente a él necesariamente debe, en este momento, ser de interés; y, en segundo lugar, revisar de un modo general, y especulativamente, los resultados del descubrimiento.

Puede estar bien, de alguna forma, comenzar las rápidas observaciones que tengo para ofrecer, denegando, muy decididamente, lo que parece ser una impresión general (tomada, como es usual en un caso como éste, de los periódicos), a saber: que éste descubrimiento, sorprendente como incuestionablemente es, sea inesperado.

Por referencia al 'Diario de Sir Humphrey Davy' (Cottle y Munroe, Londres, pag. 150), se verá en las pags. 53 y 82, que este ilustre químico no sólo ha concebido la idea ahora en cuestión, sino que realmente ha hecho progresos nada despreciables, experimentalmente, en el mismo exacto análisis hecho ahora realidad tan triunfalmente

por Von Kempelen, quien aunque no hace la menor alusión a esto, es, sin duda (lo digo con certeza, y puedo probarlo, si es necesario), deudor del 'Diario' al menos en el primer indicio de su propia empresa.

El párrafo del 'Courier and Enquirer', que está recorriendo ahora los círculos de la prensa, y que se propone reclamar la invención para un tal Sr. Kissam, de Brunswick, Maine, me parece, lo confieso, un poco apócrifo, por varias razones; aunque no hay nada imposible ni muy improbable en la afirmación que se ha hecho. No necesito entrar en detalles. Mi opinión sobre el párrafo se funda principalmente en su forma. No parece verdad. Las personas que cuentan verdades, raramente son tan específicos como el Sr. Kissam parece ser, sobre día y hora y lugar preciso. Además, si el Sr. Kissam realmente hizo el descubrimiento que dice que hizo, en la época designada -cerca de ocho años atrás- ¿Cómo es que no tomó las medidas, al instante, para sacar provecho de los inmensos beneficios que hasta el más tonto hubiera sabido que podrían haberle tocado a él, sino al mundo entero, por el descubrimiento? Me parece bastante increíble que cualquier hombre de inteligencia común pueda haber descubierto lo que el Sr. Kissam afirma haber descubierto, y más aún que posteriormente haya actuado como un bebé - como una lechuza- como el Sr. Kissam admite haber hecho. A propósito, ¿quién es el Sr. Kissam? ¿Y no es acaso el párrafo entero del 'Courier and Enquirer' una farsa hecha para 'dar charla'? Debe confesarse que tiene un increíble aire a bromita pesada. Muy poca credibilidad debe dársele, en mi humilde opinión; y si yo no estuviera bien informado, por experiencia, de cuán fácilmente los hombres de ciencia son mistificados, en cuestiones fuera de sus rangos usuales de investigación, estaría profundamente sorprendido de encontrar a un químico tan eminente como al Profesor Draper, discutiendo las demandas del Sr. Kissam (¿o es el Sr. Quizzem?) por el descubrimiento, en un tono tan serio.

Pero retornando al 'Diario' del Señor Humphrey Davy. Este folleto no fue diseñado para el ojo público, aún sobre la muerte del escritor, como cualquier persona bien entendida en la autoría puede verificar inmediatamente con la más leve inspección del estilo. En la página 13, por ejemplo, cerca de la mitad, leemos, en referencia a sus investigaciones sobre el protóxido de azoe: 'En menos de medio minuto siendo la respiración continua, disminuyeron gradualmente y fueron seguidos por análoga a suave presión en todos los músculos.' Que la respiración no fue 'disminuyeron,' no sólo está claro por el contexto subsecuente, sino por el uso del plural, 'fueron.' La oración, sin duda, estaba intencionada así: 'En menos de medio minuto, siendo la respiración [continua, estos sentimientos] disminuyeron gradualmente, y fueron seguidos por [una sensación] análoga a suave presión en todos los músculos.' Cientos de instancias similares van a mostrar que el manuscrito tan inconsiderablemente publicado, era sólo un rústico libro de notas, intencionado sólo para el propio ojo del escritor, pero una inspección del folleto convencerá a casi cualquier persona pensante de la verdad de mi sugerencia. El asunto es, Sir Humphrey Davy era casi el último hombre en el mundo en encomendarse a asuntos científicos. No sólo tenía un desagrado más que común hacia la charlatanería, sino que era mórbidamente temeroso de parecer empírico; así que, no importa cuán convencido pudiera haber estado de estar en el camino correcto sobre la materia ahora en cuestión, nunca hubiera hablado, hasta haber tenido cada cosa lista para la más práctica de las demostraciones. Realmente creo que sus últimos momentos se hubieran vuelto miserables, si pudiera haber sospechado que sus deseos de quemar éste 'Diario' (lleno de crudas especulaciones) hubieran sido desatendidos; como, parece, fueron. Digo 'sus deseos,' ya que él quería incluir este cuaderno de notas entre los varios papeles destinados 'a ser quemados,' creo que de esto no caben dudas. Si escapó a las llamas para buena o para mala suerte, aún queda por verse. Que el pasaje citado arriba, con los otros similares antes referidos, le dio a Von Kempelen el asunto, no lo cuestiono en el menor grado; pero repito, aún queda por verse si este descubrimiento trascendental (trascendental bajo cualesquiera circunstancias) será a la larga para utilidad o perjuicio de

la humanidad. Que Von Kempelen y sus amigos inmediatos obtendrán una rica cosecha, sería tonto dudarle un momento. Difícilmente serán tan débiles como para no 'realizarse,' a tiempo, mediante grandes compras de casas y tierras, con otras propiedades de intrínseco valor.

En la breve historia de Von Kempelen que apareció en el 'Home Journal,' y ha sido desde entonces extensivamente copiada, varias malinterpretaciones del Alemán original parecen haber sido cometidas por el traductor, quien dice haber tomado el pasaje de un tardío número del Presburg 'Schnellpost.' 'Viele' ha sido evidentemente malentendido (como lo es a menudo), y lo que el traductor da por 'aflicciones,' es probablemente 'lieden,' que, en su verdadera versión, 'sufrimientos,' le daría una contextura completamente diferente a toda la historia; pero, por supuesto, gran parte de esto es mera conjetura, de mi parte.

Von Kempelen, sin embargo, no es en modo alguno 'un misántropo,' en apariencia, al menos, más allá de lo que pueda ser en realidad. Mi encuentro con él fue por entero casual; y apenas si puedo presumir de haberlo conocido; pero el haber visto y conversado con un hombre de notoriedad tan prodigiosa como la que él a obtenido, u obtendrá en unos pocos días, no es un asunto menor, por éstos tiempos.

'The Literary World' habla de él, con seguridad, como de un nativo de Presburg (confundido, quizás, por la historia en 'The Home Journal') pero me complace ser capaz de sentenciar positivamente, por haberlo obtenido de sus propios labios, que él ha nacido en Utica, en el Estado de Nueva York, aunque sus padres, creo, son descendientes de Presburg. La familia está conectada, en cierta forma, con Maelzel, de Automaton-chess-player memory. En persona, él es bajo y corpulento, con grandes, gordos, ojos azules, pelo y bigote arenoso, una boca amplia pero agradable, buenos dientes, y creo que una nariz Romana. Hay algún defecto en uno de sus pies. Su discurso es franco, y su comportamiento notable por su cordialidad. Sin embargo, él mira, habla, y actúa tan poco 'misantrópicamente' como cualquier hombre que haya visto. Fuimos compañeros de residencia por una semana hará unos seis años atrás, en Earl's Hotel, en Providence, Rhode Island; y supongo que conversé con él, en varios momentos, por unas tres o cuatro horas en total. Sus temas principales eran aquellos del día, y nada de lo que me llegó de él me llevó a sospechar sus logros científicos. Dejó el hotel antes que yo, con intenciones de ir a Nueva York, y de ahí a Bremen; fue en la última ciudad que su gran descubrimiento fue hecho público por primera vez; o, mejor, fue allí que por primera vez sospechó haberlo logrado. Así principalmente es que sé personalmente sobre el ahora inmortal Von Kempelen; pero pensé que aún estos pocos detalles tendrían interés para el público.

Poca duda cabe de que la mayor parte de los maravillosos rumores circulantes sobre este asunto son pura invención, dignos de casi tanto crédito como la historia de la lámpara de Aladino; y aún, en un caso de esta naturaleza, como en el caso de los descubrimientos en California, está claro que la verdad puede ser más extraña que la ficción. La anécdota siguiente, al menos, está tan bien certificada, que podemos recibirla implícitamente.

Von Kempelen nunca había llegado a ser siquiera tolerablemente adinerado durante su residencia en Bremen; y a menudo, era bien sabido, se había tenido que recurrir a salidas extremas para acumular sumas triviales. Cuando ocurrió la gran conmoción por la falsificación en la casa de Gutmuth & Co., la sospecha fue dirigida hacia Von Kempelen, debido a la compra de una propiedad considerable en Gasperitch Lane, y a su rechazo, al ser cuestionado, a explicar como consiguió el dinero para la compra. A la larga fue arrestado, pero nada decisivo apareció contra él, al final fue puesto en libertad. La policía, sin embargo, mantuvo una estricta vigilancia sobre sus movimientos, y así descubrió que dejaba su casa frecuentemente, haciendo siempre el mismo camino, y dándole invariablemente a sus vigilantes una vuelta por el vecindario de ese laberinto de pasajes

angostos y retorcidos conocido por el apodo de 'Dondergat.' Finalmente, gracias a una gran perseverancia, lo rastrearon hasta un altillo de una vieja casa de siete historias, en un callejón llamado Flatzplatz, y, cayéndole sorpresivamente, lo encontraron, como imaginaron, en medio de sus maniobras de falsificación. Su agitación es representada como tan excesiva que los oficiales no tuvieron la menor duda de su culpabilidad. Después de esposarlo, revisaron su habitación, o mejor habitaciones, porque parece que ocupaba toda la mansarda.

Abriéndose en el desván donde lo atraparon, había un armario, diez pulgadas por ocho, acondicionado con algunos aparatos químicos, de los cuales aún no se ha determinado el objeto. En un esquina del armario había un incinerador muy pequeño, con un fuego encendido, y en el fuego una especie de crisol duplicado, dos crisoles conectados por un tubo. Uno de estos crisoles estaba casi lleno de plomo en estado de fusión, aunque sin alcanzar la apertura del tubo, que estaba cerca del borde. El otro crisol contenía algún líquido, que, cuando los oficiales entraron, parecía estar furiosamente disipándose en vapor. Ellos contaron que, al encontrarse atrapado, Kempelen tomó los crisoles con ambas manos (que estaban enfundadas en guantes que posteriormente resultaron ser de amianto), y tiró los contenidos en el piso embaldosado. Fue entonces que lo esposaron; y antes de proceder a registrar los límites buscaron en su persona, pero nada inusual fue encontrado en él, exceptuando una porción de papel, en el bolsillo de su saco, conteniendo lo que posteriormente fue determinado que era una mezcla de antimonio y alguna sustancia desconocida, en casi, pero no exactamente, igual proporción. Todos los intentos por analizar la sustancia desconocida han, hasta el momento, fallado, pero de que será analizada hasta el final, no caben dudas.

Saliendo del armario con su prisionero, los oficiales pasaron a través de una especie de antecámara, en la cual ningún material fue encontrado, hasta el dormitorio del químico. Aquí registraron algunas cajas y cajones, pero sólo descubrieron unos pocos papeles, de ninguna importancia, y alguna buena moneda, plata y oro. A la larga, buscando bajo la cama, vieron un gran baúl, común, sin bisagras, pasador, o cerradura, y con la parte superior yaciendo descuidadamente sobre el fondo. En el momento de sacar el baúl de debajo de la cama, encontraron que, con sus fuerzas unidas (había tres de ellos, todos hombres fuertes), no podían 'moverlo una pulgada.' Muy sorprendido por ello, uno de ellos se metió debajo de la cama, y mirando dentro del baúl, dijo:

¡'No es sorprendente que no podamos moverlo, es que está lleno de bordes de viejos pedazos de bronce!

Poniendo sus pies, ahora, contra la pared para así tener un buen apoyo, y empujando con toda su fuerza, mientras sus compañeros tiraban con las suyas, el baúl, con mucha dificultad, fue sacado de debajo de la cama, y su contenido examinado. El supuesto bronce con el cual estaba lleno estaba en pequeños, finos pedazos, variando del tamaño de una arveja al de un dólar; pero los pedazos eran de forma irregular, aunque de apariencia más o menos plana, en general, 'muy como luce el plomo cuando es arrojado derretido sobre la tierra, y allí sufre para enfriarse.' Entonces, ni uno de esos oficiales sospechó por un momento que este metal fuera otra cosa que bronce. La idea de que eso fuera oro nunca pasó por sus cabezas, por supuesto; ¿Cómo podría haber pasado, semejante fantasía descabellada? Y su sorpresa puede ser bien concebida, cuando al día siguiente se vino a saber, en todo Bremen, que el 'montón de bronce' que ellos habían acarreado tan despectivamente a la oficina de policía, sin tomarse la molestia de guardarse la menor cantidad, no sólo era oro - oro real - sino oro mucho más fino que cualquiera empleado en acuñación, de hecho, absolutamente puro, virgen, sin la más mínima mixtura apreciable.

No necesito repasar los detalles de la confesión y liberación de Von Kempelen (tan lejos como fue), ya que éstos son conocidos por el público. Que él finalmente ha realizado, en espíritu y en efecto, aunque no al pie de la letra, la vieja quimera de la piedra

filosofal, ninguna persona sana tiene la libertad de dudarle. Las opiniones de Arago merecen, por supuesto, la mayor consideración; pero de ninguna manera él es infalible; y lo que dice del bismuto, en su reporte a la Academia, debe ser tomado cum grano salis. La simple verdad es, que hasta este momento todo análisis ha fallado; y hasta Von Kempelen elige dejarnos tener la llave de su propio enigma publicado, es más que probable que el asunto quede, por años, en statu quo. Todo lo que hasta ahora se puede decir que se conozca medianamente es, que 'el oro puro puede ser hecho a voluntad, y muy fácilmente mediante plomo en contacto con otras ciertas sustancias, de tipos y en proporciones, desconocidas.'

La especulación, por supuesto, está ocupada en lo referente a los resultados inmediatos y últimos de este descubrimiento - un descubrimiento que pocas personas pensantes vacilarán en vincular al crecido interés por el asunto del oro en general, debido a los tardíos desarrollos en California; y esta reflexión nos lleva inevitablemente a otra - la excesiva falta de oportunismo del análisis de Von Kempelen. Si muchos se previnieron de aventurarse a California, por la mera noción de que el oro disminuiría tan materialmente su valor, a cuenta de su abundancia en las minas de allí, como para aportar la especulación de que un dubitativo vaya tan lejos en su búsqueda - ¿que impresión será forjada ahora, en las mentes de quienes están a punto de emigrar, y especialmente en las mentes de quienes de hecho están en la región mineral, por el anuncio de este asombroso descubrimiento de Von Kempelen? Un descubrimiento que declara, en tantas palabras, que más allá de su utilidad intrínseca para propósitos de manufactura (lo que sea que se entienda por utilidad), el oro ahora no tiene, o al menos pronto no tendrá (porque no puede suponerse que Von Kempelen pueda retener mucho tiempo su secreto), mucho más valor que el plomo, y un valor mucho menor que la plata. Es, por cierto, excesivamente difícil especular sobre las consecuencias futuras del descubrimiento, pero una cosa puede ser sostenida positivamente - que el anuncio del descubrimiento seis meses atrás hubiera tenido una influencia material sobre la colonización de California.

En Europa, hasta ahora, los resultados más llamativos han sido una alza del doscientos por ciento en el valor del plomo, y aproximadamente veinticinco por ciento en el de la plata.

FIN